

# RENACIMIENTO

(PUBLICACIÓN MENSUAL)

## SUMARIO:

JUAN PUJOL.....	<i>Historia de los partidos políticos en la República Argentina. (Conclusión).</i>
CARLOS VAZ FERREYRA (de Montevideo).....	<i>Moral para intelectuales.</i>
EZEQUIEL LEGUINA.....	<i>La Enseñanza Superior en Alemania por Francisco Oliver.</i>
VICTOR DOMINGO SILVA (de Santiago de Chile).....	<i>Ensayo sobre la literatura chilena.</i>
FLORENCIO CÉSAR GONZÁLEZ...	<i>Volcanismo en la América del Sur.</i>
JUAN B. DE LAVALLE (de Lima)...	<i>Una Loa limeña del siglo XVIII.</i>
ADOLFO POSADA.....	<i>La República del Paraguay. (Impresiones y Comentarios).</i>
JUAN JULIÁN LASTRA.....	<i>Himno al Verbo de la belleza.</i>
LUIS BAYÓN HERRERA.....	<i>El Placer de llorar. (Diálogo).</i>
LA DIRECCIÓN.....	<i>Revista de revistas.</i>
J. MAS Y PÍ.—F. C. GONZÁLEZ..	<i>Bibliografía.</i>
LA DIRECCIÓN.....	<i>Notas y Comentarios.—La Ley de defensa social.—Medallas del Centenario.—Afrenta á la civilización americana.—Agradecimiento á «La Semana».</i>

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

BUENOS AIRES

671 - ALSINA - 671

1911

# Algunos de los principales trabajos publicados en "Renacimiento"

Acevedo Diaz Eduardo (h.) .....	El Gran Trágico Argentino.
Dr. Alvarez Agustin .....	El Sentido del Progreso.
Barrenechea Mariano Antonio ..	Nietzsche.
Dr. Bianco José .....	Urquiza.
" " " .....	España á través del Atlántico.
Profesora Camaña Raquel .....	La Educación sexual de nuestros hijos.
" " " .....	Higiene Psíquica.
Dr. Carette Augusto .....	Impuesto proporcional y progresivo sobre la fortuna privada.
Dr. Damianovich Horacio .....	La teoría de la generación espontánea
Dr. Debenedetti Salvador .....	La Sumisión de los indios del Chaco.
Dr. Delfino Victorio M. ....	Estudio Histórico Nacional del Derecho.
Dr. De Veyga Francisco .....	Los Lunfardos.
Prof. De Achával Hugo .....	El Prometeo de Lugones.
Prof. Dumas Georges .....	Temas Psicológicos.
Dr. Fregeiro Clemente L. ....	La Batalla de Ituzaingó y el diario de campaña del Coronel Brandzen
Gallardo Carlos R. ....	Vida Social entre los Onas.
Ing. Gancedo Alejandro .....	Reformas á la Constitución Nacional.
Dr. Gondra Luis Roque .....	Alberdi.
Dr. González Joaquín V. ....	La Enseñanza de la Geografía.
Dr. González Calderón Juan A. .	Cuestiones de Política Argentina.
Prof. González Florencio Cesar. .	El Monumento á San Martín en Boulogne-Sur-Mer.
Hansen Emilio .....	La Moneda durante la lucha de la Independencia.
Dr. Ingegnieros José .....	Evolución Sociológica Argentina.
" " " .....	La Psicología en la Filosofía Científica.
Dr. Leguina Ezequiel .....	A propósito de la Naturalización de extranjeros.
" " " .....	Proteccionismo é Inmigración.
Dr. Leguizamón Onésimo .....	Monsieur Larroque.
Dr. Leguizamón Martiniano .....	La Iconografía de Juan de Garay.
Lewandosky y Mauricio .....	La República Argentina en el siglo XX.
Dr. Maglione Eduardo F. ....	Cosmopolitismo y Espíritu Nacional.
Malharro Martín .....	Conceptos de Arte.
Dr. Matienzo José Nicolás .....	El Centenario de Alberdi.
Mas y Pi Juan .....	Leopoldo Lugones.
Dr. Melo Carlos F. ....	La Cuestión Perú-Boliviana.
Mendia José M. ....	Legislación Electoral.
Dr. Moreno José .....	El Factor Climatérico en las razas tropicales.
Dr. Palacios Alfredo L. ....	Derecho Nuevo.
D <sup>ra</sup> . Piñero Horacio G. ....	Psicología Clínica. La Locura en familia.
Dr. Pujol Juan .....	Historia de los partidos políticos en la República Argentina.
Dr. Quesada Ernesto .....	Identificación Dactiloscópica.
Dr. Reyna Almados Luis .....	La Caza y la Pesca en las lagunas fiscales.
Dr. Rivarola Rodolfo .....	Política.
Dr. Rodó José Enrique .....	Rumbos Nuevos.
Dr. Rodríguez Etchart C. ....	Origen de las Emociones
Salas Carlos I. ....	Cronistas de Indias.
Prof. Senet Rodolfo .....	Evolución Psicológica Individual.
Dr. Sagarna Antonio .....	El Gobierno Comunal en Entre Ríos.
Dr. Suárez José León .....	Enseñanza Secundaria.
Ugarte Manuel .....	El Congreso Panamericano de 1910.
Dr. Unzain Alejandro M. ....	Los derechos reconocidos á la ancianidad.
Dr. Valette Luciano .....	El Cultivo de los peces en la Argentina.
Villaespesa Francisco .....	Guerra Junqueiro
Vucetich Juan .....	Aplicación de la Dactiloscopia á la delincuencia.
Dr. Vedia y Mitre Mariano. ....	La Guerra del Paraguay. Documentos Inéditos.
Dr. Willmart Raymundo .....	Chantecler

# Librería de J. Menéndez

Bernardo de Irigoyen 186

<b>Carlyle:</b> Los Héroes, con prólogo de Emilio Castelar é introducción de Leopoldo Alas (Clarín), 2 vols., encuadernados.....	\$ 4.—
<b>Lintilhac:</b> Précis historique et critique de la littérature française, 2 vols., encuadernados.....	» 6.—
<b>Luchaire:</b> Essai sur l'évolution intellectuelle de l'Italie, encuadernado.....	» 7.—
<b>Alcofurado:</b> Cartas amorosas de la monja portuguesa Mariana Alcofurado dirigidas al conde de Chamilly, capitán del ejército francés, encuadernado.....	» 4.—
<b>Capmany:</b> Filosofía de la elocuencia, 2 vols., encuadernado.....	» 6.—
<b>Rodríguez Villa:</b> El emperador Carlos V y su corte, encuadernado.....	» 20.—
<b>Becker:</b> Historia política y diplomática desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días, encuadernado.....	» 10.—
<b>Stuart Mill:</b> La esclavitud femenina, con prólogo de Emilia Pardo Bazán, encuadernado.....	» 3.—
<b>López, Joaquín María:</b> Lecciones de elocuencia en general, de elocuencia parlamentaria y de improvisación, 2 vols., encuadernados.....	» 25.—
<b>Amiel:</b> Diario íntimo, encuadernado.....	» 7.50
<b>Huret:</b> En Allemagne. La Bavière et la Saxe.....	» 2.—
<b>Larroumet:</b> La comédie de Molière. L'auteur et le milieu.....	» 2.50
<b>Larreta:</b> La Gloria de Don Ramiro. Una historia en tiempo de Felipe II.....	» 2.50
<b>Chasles:</b> Le parlement russe. Son organisation. Ses rapports avec l'empereur, encuadernado.....	» 5.—
<b>Malapert:</b> Leçons de philosophie, 2 vols., encuadernados.....	» 10.—
<b>Aubert:</b> La Finance Américaine, avec 20 photographies, tableaux et carte des chemins de fer américains, encuadernado.....	» 8.—
<b>Piñeyro:</b> Poetas famosos del siglo XIX, encuadernado.....	» 8.—
— Cómo acabó la dominación española en América, encuadernado.....	» 2.50
<b>Lobon de Salazar:</b> Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, 5 vols., encuadernados.....	» 20.—
<b>Bullon:</b> Los precursores españoles de Bacon y Descartes, encuadernado.....	» 4.50
<b>Kidd:</b> La civilización occidental, encuadernado.....	» 6.—
<b>Legouve:</b> El arte de la lectura, encuadernado.....	» 3.—
<b>Winthrop:</b> Elementos de finanza pública, encuadernado.....	» 5.—
<b>Stanley Jevons:</b> La théorie de l'économie politique, encuadernado.....	» 7.—
<b>Astrain:</b> Historia de la Compañía de Jesús, 3 vols., encuadernados.....	» 30.—
<b>Parnaso venezolano:</b> Colección de las mejores poesías de Andrés Bello, Rafael María Baralt, Fermín del Toro, José Antonio Maitín, Abigail Lozano, José Heriberto García de Quevedo, José Ramón Yepes, Rafael Arbelo, Juan Vicente Camacho, Cecilio Acosta, Francisco G. Pardo y Pedro José Hernández; 12 volúmenes, encuadernados.....	» 30.—

Estas obras se remiten al interior, por correo, debiendo los interesados agregar á los precios señalados \$ 0.50 por cada tomo para franqueo.

**Librería Nacional de J. Lajouane y Cía.**

LIBREROS EDITORES

**Bolívar 270 — Buenos Aires**

UNIÓN TELEFÓNICA 3817 AVENIDA

COOP. TELEFÓNICA 3112 CENTRAL

ACABA DE APARECER:

# **Colección de Obras y Documentos**

Relativos á la

**HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA**

de las

**PROVINCIAS DEL RÍO DE LA PLATA**

**Ilustrada con notas y disertaciones**

POR

**PEDRO DE ANGELIS**

**5 tomos in 4° mayor, elegantemente encuadernados... \$ 75**

(Franqueo para las Provincias: 3 \$)

Pídase el prospecto detallado de la obra á

**J. LAJOUANE Y C<sup>IA</sup>, EDITORES**

**270 - BOLIVAR - 270**

# "Continental"

Escritura visible y cintas en dos colores. Es la máquina que se presta mejor para cualquier trabajo.



Premiada con numerosas medallas y premios en las Exposiciones mundiales.

Enseñanza gratuita á quien lo solicite, sin obligación alguna

**Curt Berger y Cía** Sección Máquinas de Escribir

526 — SUIPACHA — 526

---

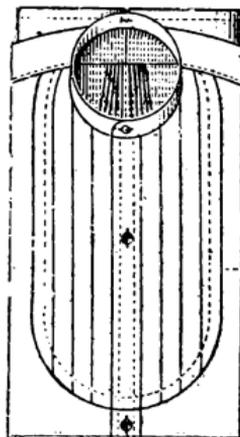
---

## COSTOYA H<sup>NOS</sup>

Vestir bien es de inteligentes

PARA ESTO CUIDAR LA ELECCION □ □ □ □

□ □ □ □ DE LA CASA QUE DEBE VESTIRLO



Sombreros, ropa interior y artículos fantasía  
todo de IMPORTACION DIRECTA

**BOLIVAR 197**



Coop. Telefónica 3213 Central

# Dr. Hilarión Larguía

CANGALLO 720

*Atiende personalmente su estudio de abogado y se ocupa especialmente en gestiones financieras y administrativas.*

HORAS DE OFICINA: 1 Á 3 P. M.

---

---

## ABOGADOS

**Dr. Carlos F. Melo**

Cangallo 522

**DOCTORES**

**Eduardo F. Maglione  
y Hugo Novaro**

Reconquista 325

**DOCTORES**

**Hector Lafaille  
y Luis Pascarella**

Estudio: Alsina 557

**Dr. Justo L.**

de Gomara (h.)

Corrientes 645

**Dr. Cástulo L. Furnus**

Cangallo 442

**Disponible**

# RENACIMIENTO

## CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

(ADELANTADA)

CAPITAL		INTERIOR	
Trimestre.....	\$ 4.50	Trimestre.....	\$ 5.00
Semestre.....	» 8.50	Semestre.....	» 9.00
Año.....	» 16.—	Año.....	» 17.50

### EXTERIOR

Año..... \$ oro 8.—

***Tiraje 3.000 Ejemplares***

***Giros á nombre de Florencio César González***

ALSINA 671

---

## CONCURSO "RENACIMIENTO"

### LEY DE DEFENSA SOCIAL

Ver las últimas páginas de este número

---

## TARIFA DE AVISOS

---

En las páginas interiores destinadas á los avisos, rige la siguiente tarifa:

Por una publicación:

Página entera .....	35 \$ m/n.
Media página .....	20 » »

Por dos publicaciones:

Página entera .....	60 » »
Media página .....	35 » »

Por tres publicaciones:

Página entera ....	80 » »
Media página .....	50 » »

Los avisos profesionales se cobran con un 50 % de descuento á nuestros subscriptores.

# “SCIENTIA”

REVUE INTERNATIONALE DE SYNTHÈSE SCIENTIFIQUE

Direction : G. Bruni—A. Dionisi—F. Enriques—A. Giardina—E. Rignano  
4 numéros par an, de 300-350 pages chacun.

On se plaint de plus en plus des effets de la spécialisation à outrance à laquelle les hommes de science sont condamnés. *Scientia* a été fondée en vue de contrebalancer ces fâcheux effets. Elle publie des articles qui se rapportent aux branches diverses de la recherche théorique, depuis les Mathématiques jusqu'à la Sociologie, et qui tous sont d'un intérêt général: elle permet ainsi à ses lecteurs de se tenir au courant de l'ensemble du mouvement scientifique contemporain.

*Scientia*, qui est dans sa cinquième année d'existence, a conquis du premier coup la faveur du monde savant, grâce à la collaboration qu'elle s'est assurée des autorités scientifiques les plus éminentes de l'Europe et de l'Amérique. Elle a publié, outre les articles de ses Directeurs: MM. Bruni, Enriques, Dionisi, Rignano, des travaux de MM. Mach, Poincaré, Picard, Tannery, Borel, Boutroux, Volterra, Levi-Civita, Zeuthen, Arrhenius, George Darwin, Schiaparelli, Seeliger, Lowell, Maunder, Crommelin, Eddington, Bohlin, Pulseux, Moreux, Herz, Suess, Chwolson, Lebedew, Righi, Bouasse, Brunhes, Ritz, Fabry, Zeemann, G. H. Bryan, Soddy, Ostwald, Wallerant, Lehmann, Sommerfeldt, Ciamician, Abegg, Bayliss, Höber, Bottazzi, Fredericq, Demoor, Boruttau, Poa, Galeotti, Ebstein, Asher, Raffaele, Delage, Caullery, Rabaud, Le Dantec, Semon, Driesch, Hartog, Russell, Wiesner, Haberlandt, Ziegler, Uexküll, Bethe, Sherrington, Bohn, Pierson, Claparède, Janet, Rey, Pikler, Hoernes, Sollas, Jespersen, Meillet, Simmel, Ziehen, Cunningham, Westermarck, Kidd, Laundry, Edgeworth, Bonar, Pareto, Loria, Carver, Fisher, Sombart, Oppenheimer, Scialoja, Ph. Sagnac, Salomon Reinach, Guignebert, Loisy, ecc.

*Scientia* joint au texte principal, portant les articles dans la langue de leurs auteurs, un supplément avec la traduction française de tous les articles allemands, anglais et italiens. Elle est ainsi accessible à quiconque connaît outre sa propre langue, la seule langue française.

Prix de l'abonnement: 25 francs, — 20 mk., — 20 sh.

DIRECTION ET REDACTION: MILAN, Via Aurelio Saffi, 11

## APARECÍO

# LEOPOLDO LUGONES

# Y SU OBRA

POR JUAN MAS Y PI

Un tomo en excelente papel antiguo, de 240 páginas

\$ 2 m/n.

EDICIÓN DE «RENACIMIENTO»

A los suscriptores se les enviará franco de porte previo envío del importe á esta administración en sellos de correo ó giros postales.

# HISTORIA UNIVERSAL

— POR —

CÉSAR CANTÚ

Entendemos realizar una obra de alta cultura, propiciando por un sistema liberal de ventas en pequeños pagos periódicos, la difusión de los grandes libros, tales como la HISTORIA UNIVERSAL DE CÉSAR CANTÚ, que por su importancia excepcional y su elevado costo estaban hasta ahora excluidos de innumerables hogares.

Y nos congratulamos que este propósito pueda ser realizado gracias a la excelente organización y a la habil dirección del BANCO PROVEEDOR DEL RIO DE LA PLATA, la honorable institución argentina a cuyo cuidado confiamos, a través del cámano, la parte financiera de nuestra oferta.

Merced a esfuerzos comunes y a no haber escatimado genero alguno de sacrificios, ofrecemos llenos de confianza al público una nueva edición de la HISTORIA UNIVERSAL DE CÉSAR CANTÚ, como la mejor y la mas completa de todas las conocidas.

Impresa con sumo esmero en hermoso papel, ricamente encuadernada, adornada con preciosas laminas, muchos retratos y mapas; tampoco deja nada que desear respecto de la parte material.

GARNIER Frères  
EDITEURS

Paris 1911.



El pago se efectúa en diez mensualidades de pesos 10 moneda nacional desde el mes siguiente de entregada la obra completa.

La entrega de la obra, compuesta de 11 gruesos volúmenes, se hace inmediatamente de recibido el pedido.

Embalaje gratis, flete a cargo del comprador.

Por pago al contado 5 por ciento de descuento.

25

Los pedidos deben dirigirse al Señor Gerente del

10 \$  
POR MES

## BANCO PROVEEDOR

DEL RIO DE LA PLATA

327 Reconquista ——— Buenos Aires

Sírvase ordenar se me envíe la HISTORIA UNIVERSAL DE CÉSAR CANTÚ avisándome las formalidades a llenar.

Nomb. y apell.

Dirección .....

Ocupació .

# LA COOPERATIVA NACIONAL DE CONSUMOS

Institución fundada para hacer de cada consumidor un comerciante de sus propios consumos.

## CONSEJO DE ADMINISTRACION

PRESIDENTE, Sr. Adolfo G. Luro; VICEPRESIDENTE, Sr. Antonio Yrazu.

VOCALES: Señores doctor Enrique S. Pérez, doctor Carlos Meyer Pellegrini, Enrique Santamarina, Enrique de Uribe, Nicolás Mihanovich (hijo).

Capital autorizado en  $\frac{m}{n}$  de c/l . . . \$ **4.000.000**

Capital subscripto en  $\frac{m}{n}$  de c/l . . . „ **3.500.000**

Capital á subscribir en  $\frac{m}{n}$  de c/l . . . „ **500.000**

## LA ÚLTIMA EMISIÓN

La última serie de 25.000 acciones nominativas de la Cooperativa ha quedado abierta.

Agotadas ésta quedará definitivamente cerrada la suscripción.

Apresúrese Vd. á aprovechar esta oportunidad de unirse á las 30.000 familias que forman la más progresista cooperativa de Sud-América.

### Las ventajas que la Cooperativa le ofrece son:

1.º Obtener mercadería de primera calidad, artículos siempre puros, marcas absolutamente legítimas, pesos rigurosamente exactos.

2.º Gozar como socio de un 10 % de descuento en todas las compras que haga en nuestros establecimientos.

3.º Disfrutar como accionista de un dividendo anual que representa la devolución de las utilidades que hubieran producido sus propios consumos.

4.º Tener todas estas ventajas en los ramos más importantes que absorben la mayor parte de nuestros gastos como son: **bazar, modas, bonetería, calzado, comestibles, confecciones, fantasía, layette, lencería, menaje, perfumería y sastrería.**

NOTAS.—Las acciones de la Cooperativa valen **velute pesos**  $\frac{m}{n}$  y pueden pagarse en cuotas mensuales de **dos pesos.**

Ninguna persona puede subscribir más de **100 acciones.**

## LA COOPERATIVA NACIONAL DE CONSUMOS

**263, SUIPACHA, 275 - Buenos Aires**

SUCURSALES.—CAPITAL FEDERAL: Lima esq. Humberto I. LA PLATA: Calle 7 esq. 54. AVELLANEDA: Avenida General Mitre, 146. SAN FERNANDO: Constitución esq. 25 de Mayo. ROSARIO: Córdoba esq. Entre Ríos. TUCUMÁN: Calle 24 de Septiembre, 436. AZUL: Calle Alsina, 179.

# RENACIMIENTO

AÑO II.

MARZO 1911.

N.º 8.

CIENCIAS: GEOGRÁFICAS - SOCIALES - FILOSÓFICAS.  
LETRAS - BIBLIOGRAFÍA.

DIRECTORES

FLORENCIO CÉSAR GONZÁLEZ — JUAN MAS Y PÍ

## INTRODUCCIÓN Á LA HISTORIA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

(*Conclusión*)

He aquí las ventajas y los inconvenientes del hombre que se presentaba á dirigir el país. No encontró obstáculo desde el primer día de su gobierno porque mostrándose como superior (y lo era) á la clase ilustrada, que era la dominante, esta clase alucinada como él respecto de la organización real del pueblo, lo miró como el hombre más capaz de organizar definitivamente el país, y lo subió al poder, apoyado y sostenido en ella, que era, por entonces, el elemento más desarrollado y por consiguiente el más fuerte. Rivadavia organizó la parte ilustrada del país, la puso en el camino del progreso, pero nada más hizo. Este movimiento organizador en la clase ilustrada, que hasta entonces había estado en guerra y en confusión, es la causa de la calma y prosperidad que disfrutó el país mientras se verificaba. Efectivamente, todos los disturbios de los años anteriores, debían venir á parar en esta situación tranquila. El partido ilustrado del país había estado hasta entonces desorganizado y flotando entre la anarquía y la consunción en que le dejaban los esfuerzos que hacían para sostener la guerra exterior. La una prove-

nía de la falta de tendencia común, y la otra de la escasez y pobreza del país: pero llega en fin el momento en que el mismo desorden hace sentir la necesidad del orden, el momento en que todos los fragmentos de la sociedad incapaces ya de desunirse más, echan la vista hacia atrás, conocen y se lamentan del aislamiento y esterilidad de su tendencia desorganizadora; en fin, aquellos momentos que sufre todo pueblo en ciertas circunstancias, en que todos los individuos, todas las clases suspiran por una situación en que viven y desarrollan, bajo la armonía del todo, los trabajos y las fuerzas de cada uno: así pues la tendencia común que hasta entonces había faltado, estaba ya dada; los sucesos la habían establecido, y no la política ni la sabiduría de Rivadavia, como equivocadamente lo han asegurado los escritos superficiales que se han puesto en manos del pueblo después. Para que Rivadavia mereciera el renombre de político, de que ha disfrutado después, era preciso que hubiera sabido aprovecharse de esta circunstancia tan favorable que ponía en sus manos un partido medianamente ilustrado, impregnado de cierto espíritu de asociación, para trabajar apoyado en él, en hacer común, en hacer popular, esto es, en dar á las masas esa tendencia armónica, que los sucesos habían dado á la parte ilustrada del país. Desgraciadamente Rivadavia no conoció el país ni su situación real. Se contentó con dominar en las asambleas públicas, con lucir sus talentos, y hacerlos comunes al círculo que lo rodeaba, con agrandar este círculo por medio de la educación universitaria que engrosaba de año en año el número de sus adeptos; en fin, Rivadavia se ocupó únicamente en organizar un partido ilustrado á cuya cabeza creía y quería estar perfectamente.

¿Pero no nos será permitido preguntar á este político, qué pretendía hacer con las masas? ¿Por qué las había olvidado? ¿Por qué no calculaba los medios de influir sobre ellas, y de levantarlas con prudencia al estado político? Nada vemos en sus obras que anuncie una determinación fija y constante de unirse á las masas, y de atraerlas al movimiento progresivo de su partido. Pero como este partido estaba en el gobierno, organizándolo Rivadavia, organizaba el gobierno, y de ahí resultó el aparato de organización social que nos alucinó en aquel tiempo.

Sin embargo, esto era hacer un gran servicio, porque hacía diez años que el gobierno estaba desorganizado. Además, un gobierno organizado tiende necesariamente á organizar el país en que se establece, y su acción, aunque sea lenta, produce costumbres y á la larga, la organización real del todo. Pero esta acción se la ha dado á los gobiernos la Providencia y no Rivadavia. Así es que en muy pocos años lo vemos desorganizar el gobierno, apoyado siempre en su partido solo, creyendo que en estas nuevas circunstancias era tan fácil organizar el país á su antojo, como lo había sido en las anteriores, cuando los sucesos le habían dado las cosas preparadas, y sin presentar obstáculos á sus ideas. Rivadavia, sin comprender el fondo de las cosas, sin comprender la razón que lo había hecho capaz de dar al país un gobierno hecho, sin saber en fin, que él mismo y todas sus obras habían sido la consecuencia precisa de la necesidad que exigía un desarrollo individual de las fuerzas de cada provincia, y de las circunstancias de dominar la parte ilustrada, creyó que todo era la consecuencia de su talento y de su voluntad, y del apoyo que se había granjeado en los hombres ilustrados y que, por consiguiente, podía cambiar las cosas, darles otro sentido y otra forma, sin que lo exigiesen ni las circunstancias, ni las necesidades del país, sólo para recuperar una posición que había perdido y para satisfacer un deseo de honores y de mando, que estaba limitado á él y su partido. Se contó tal vez con la ignorancia de los pueblos, y con la indiferencia que debía resultar de ella, pero se engañaron, porque á falta de los hombres, enseña la Providencia, que siempre y en todas partes tiene ministros que ejecutan sus leyes.

La revolución parlamentaria que acabó con el gobierno de los señores Heras y García, acabó también con el movimiento organizador en que había entrado. No había equilibrio todavía entre los intereses y las exigencias de cada una de las provincias; por consiguiente, todas resistieron á la mancomunidad á que se les obligaba. La poca franqueza é insidia con que se procedió en este cambio, prueban también que no era pedido por ninguna necesidad real del país, y que sólo se debía á la influencia numérica y personal con que se contaba en el cuerpo legislativo. Este movimiento tan inoportuno, que apenas puede uno convencerse que haya alucinado á hombres de talento y de capacidad, ha

sido el principio fecundo de todas las otras evoluciones de nuestra historia. Como la administración del país había estado hasta entonces dirigida por hombres de letras, en quienes necesariamente debía dominar el espíritu civil, la clase militar recibió por una ley de reforma un retiro honroso y un premio efectivo de sus servicios. La guerra, que se continuaba sobre los campos de Junín y Ayacucho, no era ya una guerra de la Nación Argentina, ésta al menos no tenía que soportar sus efectos, por el contrario, esa guerra tan lejana había extraído de nuestro seno toda la clase militar; y uno que otro valiente, que se retiraba á vivir entre nosotros, venía á confundirse entre la masa común de ciudadanos, y sin medios ni capacidades de retirar sus intereses de los de las otras clases del país. Así, pues, la feliz circunstancia de haberse alejado tanto la guerra, hizo posible y fácil la ley de la reforma, y la ley de la reforma confundió el elemento militar con los otros que componían nuestro pueblo, le quitó su fuerza exclusiva y lo hizo entrar en la organización general.

Pero un monarca extranjero había usurpado el mando de una provincia á la que nos ligaba una misma cuna y un mismo porvenir. Ocupada hasta entonces la República Argentina en la guerra de su independencia no había tenido lugar para pedir al déspota una satisfacción por el ultraje que le había hecho en ello. Pobre, recién nacida, por decirlo así, había tenido que sufrir que sobre la frente de su hermana se levantase la bandera de un monarca que devoraba su seno. Pero este tiempo había pasado. Seis años de vida habían bastado á darnos la fuerza que necesitábamos para llenar la misión providencial de nuestra patria que era llevar la libertad y la civilización para ingertar con ellas las cabezas de nuestros hermanos. Éramos capaces ya de hacer la guerra y la hicimos. No tenemos que lamentarnos de ello, porque esa guerra nos ha dado una influencia real en toda la parte oriental del Plata, ha cortado las alas á una monarquía que nos amenazaba, obligándola á retirar sus fuerzas á distancias desde donde ya no puede ofendernos. Ha levantado en medio de esa monarquía y la República Argentina, otra República basada en los mismos principios políticos, en las mismas influencias, y que es por consiguiente un baluarte inexpugnable para el Brasil, y un principio roedor de su organización monárquica que

acabará por destruirla y levantar sobre su suelo otra república representativa. Si la guerra del Brasil nos ha causado males inminentes por un lado, por otro nos ha rodeado de ventajas, y nos ha establecido una posición tan precisa, tan libre de influencias extrañas, que no puede uno menos que considerarla como la segunda faz de nuestra revolución. No solo era preciso que destruyésemos la tiranía colonial, sino que el desarrollo ulterior de nuestra civilización exigía que venciésemos en América el principio monárquico, que le quitásemos toda influencia sobre nosotros, y que le señalásemos un límite, allá lejos de nuestras fronteras, que no le fuera dado traspasar. Estas son las inmensas ventajas de esa guerra contra la que se ha gritado tanto; sus males pasarán y entonces nuestra situación será mejor: por otra parte, esos males eran necesarios, había que hacer pasar por esa fragua el metal para que se volviese compacto, *Ardescit et virescit* (1). Esos males eran pasos necesarios en nuestro camino, eran crisis tan inevitables en el desarrollo de nuestro cuerpo social, como lo son las crisis que sufre en su desarrollo el cuerpo físico. Hecha la Revolución Oriental, nosotros debíamos lanzarnos á sostenerla, porque de no ser así, el Imperio habría triunfado sobre esa revolución, habría asegurado su poder sobre la provincia, después habría invadido nuestro territorio, y nos habría obligado á una guerra mil veces más destructora, porque hubiera sido sostenida en nuestro seno, y mil veces más peligrosa, porque hubiera sido contra un poder más fuerte. Así, pues, aún suponiendo que hubiéramos triunfado (lo era natural) quedábamos más débiles y menesterosos, que lo que quedamos por haber sostenido la revolución oriental.

Pero esta guerra, inevitable para la República Argentina, volvía á poner en pie, volvía á dar cuerpo, acción y poder á la clase militar que había hecho la guerra de la independencia, y que, como he dicho antes, estaba desprovista de toda educación civil y política. La formación de un ejército era el principio de grandes cambios, porque si triunfaba tenía que volver en masa al seno de la República. Venía á ser por esto el elemento más

---

(1) Ardiendo adquiere fuerzas.

fuerte de ella, porque las masas aún no estaban organizadas, y por consiguiente, la fuerza no había caído todavía á las manos del ciudadano. Así, pues, al volver triunfante el ejército al seno de la nación, venía á ser lo más fuerte de ella, y el jefe del elemento más fuerte venía á ser el jefe de la nación. Esto importaba una revolución porque era sacar del gobierno á la clase ilustrada para colocar la clase militar. ¿Y las masas sufrirían el dominio militar? ¿Se alinearían bajo la bandera de un caudillo para resistir la insurrección? . . . Si el ejército era destruido, el Brasil invadía nuestro territorio, y desde entonces era preciso levantar los pueblos y hacer la guerra con montoneros. Habríamos triunfado, y entonces se verificaba también una revolución, porque las masas quedaban por el triunfo con el poder, y su caudillo á la cabeza de la nación. Estas eran las consecuencias directas de la guerra del Brasil; veamos como las atenuaron ó las corrigieron los políticos.

Rivadavia y su partido ambicionando el poder se proponen subir; para esto era necesario desorganizar el país, porque el gobierno del señor Heras no presentaba ningún flanco débil por el que se le pudiera atacar y hacerlo descender de la magistratura. Al menos para conseguir era preciso esperar. Esperar es el todo de las Repúblicas; porque en saber esperar es en lo que consisten las costumbres democrático-representativas, y son cabalmente estas costumbres las que siempre se ha visto que faltaban á los hombres ilustrados de nuestro país. El partido, pues, de Rivadavia, no supo esperar á que se le presentase la ocasión de subir al poder, sin tocar las instituciones del país. Los hombres políticos de ese partido no concibieron otro medio de llegar al gobierno, que hacer un cambio que resistían todos los intereses de la provincia, y contrario á la posición real del país. Rivadavia y su partido habían debido su influencia anterior y su renombre á la aceptación franca que habían hecho de las condiciones y circunstancias en que estaba el país. Todas estas se reducían al desarrollo de la individualidad provincial, libre é independiente de toda acción central. Desarrollo que á la larga, y no por medio de una ridícula ley de congreso debía plantificar este sistema de organización central que se ha llamado *Unidad*. Esta era la razón cierta de la influencia que obtuvo Rivadavia en su primer

gobierno, y para destruir esta influencia que había pasado al gobierno del señor Heras tuvo que desorganizar el país y que imponerle violentamente un sistema enemigo de las simpatías y de las necesidades públicas. La ambición los hizo errar y dar á conocer que no eran sino unos políticos mediocres, incapaces de conocer el alcance de los movimientos y la situación real de los pueblos. Erigieron una presidencia nacional; pero como esta presidencia era nula y no disponía de elemento alguno en la nación mientras durasen las instituciones presidenciales, promovieron la cuestión de la capitalización para dar al presidente el gobierno de la provincia capital y poner á su disposición sus elementos. Desde entonces sucumbió el gobierno presidencial del señor Heras y se levantó el gobierno nacional contra la intención de todos los pueblos, y sin más apoyo que una mayoría legislativa, insignificante, porque sólo era movida por una mera influencia personal.

Se ve pues por esto, que esos mismos hombres que habían organizado nuestro sistema gubernativo, estaban muy lejos de haber renunciado á sus pasiones individuales, y que por el contrario hicieron valer su influencia para deshacer lo mismo que habían levantado. Sus cabezas estaban llenas de ideas fecundas, pero no simpatizaban con el orden público sino cuando estaban á su frente, y demasiado han demostrado que cuando necesitaban trastornarlo para satisfacer su ambición, no tenían escrúpulo de desorganizar, y ni tampoco tenían talento ni alcance para concebir la situación real de los pueblos, y las consecuencias inevitables de la combinación de estas circunstancias con sus medidas políticas. No solamente han mostrado hasta aquí que les faltaban costumbres, sino también tino político. La ilusión que entonces padecieron condena ahora su capacidad ante el tribunal de la historia.

Efectivamente, todos los pueblos del interior miraron con aversión la idea de la capitalización y el gobierno nacional del año 26. Lo que no podía dejar de suceder, porque esta idea chocaba, por las razones que antes expuse, con sus intereses inmediatos y con su estado. No podían sentir la necesidad de un poder central y unitario, porque ni su civilización, ni su industria, ni su población estaba en ese estado de incremento y de grandeza que

crea intereses comunes y vínculos fuertes de asociación general; por el contrario sus masas incultas, sus ciudades divididas por desiertos, su corta población y sin gran movimiento mercantil, su industria miserable, todo, todo en fin era pequeño y necesitaba un desarrollo individual y limitado á cada provincia. ¿Y entonces, cómo dejar de calificar de absurda la política pomposa de la presidencia? ¿Cómo no ver en los legisladores que apoyaban esa política hombres medianos, pues que se alimentaban con ideas extrañas al país que gobernaban? ¿O bien ambiciosos pueriles que no sabían encontrar otro medio de gobernar que el chocar con los intereses reales de la nación?

Sucedió lo que debía suceder; un congreso decretó y los pueblos desobedecieron. El congreso quiso ejecutar y la guerra civil volvió á brotar en todos los ángulos de la República. La guerra civil y las calamidades que eran consiguientes á la guerra del Brasil, desacreditaron rápidamente á los hombres que gobernaban, quienes al fin rodeados de obstáculos y de dificultades tuvieron que resignar el poder en otras manos. Entonces subió al poder la oposición. Veamos ahora de lo que ella se componía y lo que hizo, ó las medidas políticas que aplicó al país.

Necesario es notar que todos los hombres que podemos llamar discípulos de la civilización extranjera, siguieron al gobierno del año 26 en sus extravíos; unos pocos (como era natural que sucediese en un país, donde la parte ilustrada estaba reducida á una minoría sumamente notable) combatieron con decisión, con elocuencia y con bastante razón las consecuencias exageradas é intempestivas que se quería realizar en la marcha del país: sin pertenecer por sí mismos á la gran masa popular que resistía también esas consecuencias y su aplicación, por una antipatía de puro sentimiento, de pura ignorancia tal vez, pero no de una ignorancia que formaba la situación anormal y precisa de la República; ellos se encontraron comprometidos con estas masas en la defensa de unos mismos intereses y penetrados de creencias iguales en sí, y respecto de las cuales no había otra diferencia que el haber los unos llegado á ellas por un examen analítico y racional de la situación del país, mientras que estas creencias eran para los otros un resultado inmediato de las ideas y de los hábitos de que hasta entonces se había compuesto

su modo de vivir y de ver las cosas. La oposición de los primeros nacía, pues, de la aplicación que hicieron de los principios políticos á las tendencias y al estado de las masas: la oposición de estas era hija de esas mismas tendencias á que necesariamente las inclinaba la ignorancia contraída bajo el régimen colonial, extraviada ya y corrompida bajo el régimen patrio por la influencia de los caudillos. He aquí como la oposición política se unió con la oposición popular contra el gobierno de Rivadavia. Esta unión coincidió con las pretensiones, con las pasiones y con la ambición del partido retrógrado, á cuya cabeza estaban ya Rosas y los Anchorena .....

Grandes son los servicios que el partido de Rivadavia ha hecho al país, más á pesar de ellos nunca ha contado él con la adhesión ni con el séquito de las masas. Este hecho tiene sin duda alguna causa. ¿Cuál es? Para determinar bajo un régimen verdaderamente político volvamos los ojos al régimen colonial, y veremos esas masas en el estado más notable de barbarie: la educación no habia sido ni tentada siquiera durante tres siglos; la acción política que es otro verdadero medio de civilización habia estado prohibida, separada del modo más positivo de las manos del pueblo. Los gobiernos patrios, pues, heredaron este pueblo, ó hablando con la debida propiedad, en este estado fué que este pueblo se heredó á sí mismo. ¿Qué le restaba hacer? Sus medios de gobierno y sus recursos todos estaban absorbidos por las guerras y las exigencias primordiales de la conservación.

Educar las masas por el medio lento de la doctrina era imposible ya, desde que para semejante obra se requería un excedente de *hombres especiales* y hábiles que este país estaba muy lejos de poseer. No quedaba otro medio propio para iniciar las masas que el muy peligroso de darles la acción política (1). Todas las constituciones y todos los reglamentos se la otorgaron. Pero semejante derecho cayendo sobre nuestros pueblos produjo fenó-

---

(1) La acción política no importaba para nuestro pueblo la libertad: ésta no estaba atacada, él no concebía tampoco ninguno de los calamitosos resultados que daría su pérdida.

menos especiales. Ellos no comprendieron ni el objeto ni el empleo que debía hacerse de estos medios, lo que ciertamente era muy natural, pero por un impulso particular iban acostumbrando su voluntad á poner su confianza en un hombre, en un caudillo. He aquí el paso necesario con que nuestro pueblo debía empezar á marchar progresivamente hacia la democracia. Este hombre, elegido por las simpatías populares, no tuvo condiciones, porque las masas no se adherían á él por un juicio político, ni por creerle capaz de cumplir con leyes que ellas mismas no comprendían; el secreto de su adhesión estaba siempre en la analogía de los hábitos, y en la estrechez de las miras.

El gobierno presidencial estaba pues bajo todos aspectos en una contradicción manifiesta con los hábitos y las miras de esos caudillos. Estos á su vez, ó gobernaban ya algunas provincias hermanas, ó susurraban bajo el fastuoso sillón de Rivadavia. Los pueblos esperaban con ansia el resultado de esta lucha; se adherían al lado que los llamaban sus hábitos y las únicas ideas que tenían, ellos no eran culpables por no haber llegado á saber más. Sus intereses no estaban aún bien determinados, diré que aún no existían, porque esa gran mayoría, que compone la masa de nuestra nación, aún no había llegado á la propiedad, ésta no estaba todavía subdividida y necesitaba en su seno una revolución formal, hija de la revolución política de Mayo. Los campos estaban como divorciados de las ciudades, la mezcla entre las dos poblaciones necesitaba consumarse. Las masas pues no tenían una industria cierta; su trabajo era dependiente del capitalista del pueblo, no tenían intereses inmediatos de comercio, no tenían en fin, una propiedad que conservar, no teniendo nada de esto, no podían tampoco llegar á concebir de antemano todos los extravíos del gobierno fundado sobre el caudillaje: antes por el contrario, deseaban la revolución para á su favor llegar á la propiedad y realizar también sus simpatías y sus voluntades respecto de los gobiernos. He aquí la revolución que decididamente esperaban las masas.

El partido gobernante no comprendió el secreto de semejante posición, siguió arrojando un sarcasmo injusto sobre los andrajos y la ignorancia del pueblo, se enajenó su corazón y con razón, porque ese corazón no tenía la culpa de ser ignorante, ni esas manos la tenían de ser pobres.

Dentro de toda esta gran masa de oposición era donde figuraba la fracción ilustrada de que antes he hablado. Hija también como los ministeriales, de las ideas y de la civilización europea, combatía contra estos en nombre de la prosperidad pública pero los combatía en su campo y usando de sus mismas armas. Su voz se levantaba en la tribuna y en el público se oía por medio de la discusión y de la prensa. Los caudillos y el pueblo como ineptos para sostener la lucha en esta arena, esperaban en unas partes, y en otras hacían la guerra de un modo parcial, resistían con las armas los ataques que no se descuidó en promover contra ellos el gobierno nacional, pero estaban muy distantes aún de tener la iniciativa ó de ser los principales agentes del movimiento político. Quiroga empezaba entonces, López crecía y Rosas acechaba. Tal era el estado que las cosas políticas presentaban en el año 27.

En este momento fué cuando se dió á conocer en la escena política el principal agente de la oposición. Era un hombre que hasta entonces había jugado un rol nada importante y muy subalterno en los negocios públicos: tan ilustrado como ambicioso y audaz, se lanzó á lo más ardiente de la lucha, hizo pie y levantó su voz en medio del respetable congreso de la nación en el año 26. Supo escoger también su papel, comprendió con tal exactitud la posición neta del país, desplegó tanta actividad y tanto tino en la elección y empleo de sus medios, que en muy poco tiempo derrocó la presidencia nacional y sobre sus ruinas se elevó al gobierno como jefe de la oposición, pero por las vías constitucionales. Caudillo y gran patriota al mismo tiempo, supo distinguir con talento los medios de que se había valido para triunfar, y las pasiones que había puesto en juego, del objeto y del término á donde se debía llevar al país. Percibió que aunque el pueblo estaba opuesto á los hombres que manejaban el poder público, no era enemigo de los principios constitucionales, ni de las libertades y garantías que esos hombres habían contribuído tan eficazmente á establecer y cimentar en la provincia de Buenos Aires. Y efectivamente, así era; la parte baja y más numerosa del pueblo no había comprendido las cuestiones políticas, su ignorancia la ponía en las manos del primer atrevido y ambicioso que supiera halagar con decisión sus sentimientos, atacando

las personas que gobernaban sin escrupulizar mucho sobre los medios. Tal hizo Dorrego. Provisto de toda la inmoralidad que necesita el jefe de una facción que ambiciona el gobierno, reunió en su mano todos los elementos de ruina que minaban el gobierno nacional. Por otra parte el partido tradicional y retrógado; Rosas, los Anchorena y sus parciales, necesitaban un jefe experto y capaz de guerrear con sus enemigos en la tribuna y en la prensa: tal jefe no podía salir de entre ellos, su educación, sus hábitos, sus estudios y su carácter, todo en fin contribuía á alejarlos de esta lucha constitucional, para la que sin duda alguna eran sumamente incapaces. Todo esto hacía que semejante partido, provisto como estaba de medios poderosos, y representando en cierto modo el atraso de nuestras masas, se adhiriese al jefe de la oposición constitucional, ayudándole á conseguir la victoria que dos años hacía que se disputaba.

JUAN PUJOL.

---

## MORAL PARA INTELLECTUALES

---

(FRAGMENTO DE UN LIBRO)

### ALGUNAS SUGESTIONES SOBRE «EL CARÁCTER»

Si se tratara de definirlo, diríamos con mucha facilidad que es la disposición, ó el hábito, ó la práctica de ajustar siempre y en todos casos nuestra conducta á lo que creemos bueno y deseable.

No ya definirlo, sino reconocerlo en la práctica, es cosa bastante menos fácil.

Puede asegurarse que la mayoría de los hombres, generalmente, no reconocen el carácter, en el sentido en que lo hemos definido, y lo confunden muy fácilmente con otras manifestaciones ó variedades mentales.

Los primeros que son tomados por hombres de carácter, son los declamadores, esto es, los que hacen frases, ó los que toman actitudes, que son frases en acción, sin que corresponda todo ello al fondo mismo psicológico de su vida. Es un caso de sugestión vulgar, que á veces es hasta de autosugestión; muchas veces los declamadores, ellos mismos acaban por tomarse por hombres dotados de carácter. El poder de la palabra es asustador, y tenía razón el Ajax de Sófocles cuando condensaba la experiencia de su vida en el temor á la palabra. Con palabras se puede hacer casi todo. A veces un mismo hecho, aún sin tergiversarlo en lo más mínimo, según las palabras con que se le narre ó se lo califique, se nos presenta como de alcance ó mérito muy diferentes! y ¡cuántas veces lo vemos, no en los grandes casos, sino simplemente en la vida ordinaria: por ejemplo, en la vida pública! Supónganse ustedes la noticia dada por un diario; de que cierto funcionario que ha sido, por ejemplo, hostilizado en su puesto por sus superiores, no va á renunciar el cargo. Tomemos *el mismo* suelto, en el cual se anuncia que el funcionario en cuestión no va

á renunciar; si yo procedo ó epilogo ese suelto con dos líneas en que diga: «El funcionario Tal no suelta el puesto, no se desprende del puesto ni á dos tirones», ó algo análogo, entonces mi suelto da la impresión de que ese funcionario es un hombre servil; si esas dos líneas son por ejemplo, éstas: «El funcionario en cuestión permanece firme en su puesto», entonces *el mismo* suelto, narrando *el mismo* hecho, dará la impresión de referirse á un hombre enérgico. Pues bien: hay muchos hombres que, debido simplemente á la declamación con que revisten sus palabras ó sus actos, pasan engañosamente por hombres de carácter, y empiezan á menudo por engañarse á sí mismos.

La segunda variedad humana que da fácilmente la ilusión del carácter, la constituyen *los violentos*. Para el examen del público, para el juicio de la mayor parte de los hombres, los violentos son hombres de carácter, siendo así que justamente el tipo supremo del débil, es el violento, esto es, el que no tiene la fuerza necesaria para ser dueño ni de sí mismo, cuanto más de los otros hombres ó de los acontecimientos: es el que depende de sus pasiones, es el que no puede reflexionar, es el que no puede ni siquiera ponerse en la situación mental necesaria para ser recto y justo.

Un tercer tipo de hombres confundidos erróneamente también con los de carácter, son los obstinados, aquellos en que la obstinación hace las veces de carácter en la práctica, pero viene á ser lo contrario del carácter. Y, por razones parecidas, también son á menudo tomados por hombres de carácter los simplistas y los estrechos de espíritu, esto es, aquellos que, por no tener la amplitud necesaria de inteligencia y de comprensión para apreciar la complicación de las cuestiones ó para resolver los hechos y los problemas con un criterio rico y elevado, guardan en su vida esas actitudes sencillísimas que se pueden reducir á muy simples fórmulas. Supongamos el caso más común: un hombre hace oposición al gobierno, y hace oposición siempre, en todos los casos; todo lo que haga el gobierno es malo; todo lo ve y le resulta y le parece malo, y todo lo califica de malo, ese, para el pueblo, es un hombre de carácter. Si, en cambio, ese hombre, aunque el gobierno sea malo en general, y él lo haya dicho; si, en un cierto caso particular, encuentra un acto bueno, y lo ve bueno, y lo califica de bueno, generalmente ese hombre, ante la opinión pública, baja:

no es un hombre «*de una pieza*». Lo que hay es, sencillamente, que su actitud no puede resumirse con una fórmula verbal simplista, porque su criterio es amplio y su moral también.

En cuanto al *verdadero* carácter, suele presentarse en dos variedades — hablo aquí por esquemas: — estrecha, ó unido á una inteligencia bien amplia. En el primer caso, el hombre de carácter es indudablemente más feliz: no ve las complicaciones de su actitud, no siente dudas, resuelve todas las cosas sencillamente. Posiblemente, á este tipo han pertenecido muchísimos de los grandes caracteres de la historia, sobre todo de esos hombres de acción que no fueron más que hombres de acción; en el fondo, poco complicados. Tal vez á este tipo pertenezca también el hombre de carácter tal como suelen describirlo ciertas ficciones optimistas (por ejemplo: los tratados de moral demasiado sencillos) que nos explican el cumplimiento del deber en los hombres de carácter como un acto, que no sólo no suscita ninguna duda, sino que se realiza en todos los casos de una manera casi maquinal. Poco á poco, y por este tipo que nos parece tan respetable, se llega, sin embargo á una variedad de hombres de carácter que casi sería inferior: especie de inconscientes. Yo afirmo, al contrario de lo que se enseña ó se dice generalmente, que el hombre que no sufriera en ningún caso al cumplir su deber, sería un anestésico afectivo... si no fuera un caso de mitología moral.

Ahora, la forma más elevada del carácter, existe allí donde éste aparece unido, bien combinado, con una inteligencia superior. Lo curioso es que esta forma de carácter, es la que más difícilmente es reconocida. ¿Por qué? Por razones muy sencillas: Para esa inteligencia elevada, los problemas dejan de ser claros y precisos; y, entonces, dejan de tener las soluciones completamente hechas, no digo todos los problemas, pero muchos de los que se presentan en la vida: en moral, hay problemas claros, pero hay también problemas oscuros. De manera que una de las manifestaciones de ese hombre de carácter del tipo elevado, es, muchas veces, la duda. Ciertos problemas morales, en que intervienen, por ejemplo, móviles diferentes, verbigracia, el respeto á la ley, y la piedad, no son problemas claros; más: generalmente hay que resolverlos, en cierto modo, por grados. En esos casos, la acción

del hombre de carácter y de amplia inteligencia, mirada *desde afuera*, no parece tan clara como cuando el hombre de carácter tiene una inteligencia estrecha. ¿Comprenden? No se ve una raya; no es un trazo rígido, su acción; sino que se ve un poco de oscilación; indudablemente está la dirección general, se ve dónde parte, y á donde va, y si se pudiera analizar toda la psicología de este hombre, se vería su esfuerzo inmenso por adaptar con toda la precisión posible su conducta á su moral; pero es que en él intervienen móviles distintos.

Una imagen podría expresar tal vez mejor que una descripción. Si se pudiera trazar el surco que la conducta de un hombre deja sobre los acontecimientos, el hombre de carácter de tipo superior no dejaría precisamente una línea recta, rígida, como la de una máquina; dejaría, sí, una línea de dirección general firmísima, con puntos de partida y puntos de llegada claros, pero con ciertas oscilaciones, debidas á la duda y á la piedad.

También á este hombre de carácter del tipo superior le está reservado el remordimiento; vive continuamente obseso, entristecido, *problemizado* en su vida; porque, debido á ese deseo, nunca contentado, de pureza y de superioridad moral, no tiene nunca la seguridad de haber resuelto claramente los problemas.

Como les digo, el hombre de carácter de esa especie es muy á menudo desconocido; no se lo puede *formular*, no se puede encontrar una fórmula verbal, simple, que dé razón de lo que es, de lo que piensa, de lo que siente y de lo que hace; parece á veces que se trata de un hombre débil, contradictorio. Sea nuestro ejemplo anterior: ese opositor al gobierno, que en un momento dado encuentra bueno un acto de este, y lo declara, generalmente está perdido ante la opinión, tal vez más perdido que los que hayan defendido siempre á un mal gobierno; se lo encuentra indeciso, se lo encuentra vacilante; y efectivamente, mirada *desde afuera*, su conducta puede confundirse perfectamente con la de un individuo moralmente débil.

Y todavía hay que tener en cuenta que el carácter, generalmente, no se revela más especialmente en ciertos grandes actos, en ciertos grandes «gestos» más ó menos trágicos, los cuales muy á menudo suelen corresponder á ese valor que se desarrolla en el animal acorralado. Los actos de carácter que hacen impresión

sobre las masas, son, por ejemplo, la renuncia insultante de un funcionario hostigado, la oposición política permanente, absoluta, de un hombre que tal vez se vea reducido á esa actitud. Entretanto, otros actos de carácter, más hondos, más profundos, y más fuertes, más firmes, no se ven por su misma naturaleza: esos casos, tan comunes en la vida, de sacrificar por ejemplo, una amistad provechosa ó malquistarnos con un individuo del cual va á depender tal vez nuestro bienestar ó nuestro éxito, por un acto de franqueza ó independencia, quizá á propósito de una simple pequeñez—pequeñez, no moralmente, sino desde el punto de vista práctico; el hacer de pequeñas cuestiones, cuestiones grandes, porque lo son desde el punto de vista moral; un funcionario, por ejemplo, que resiste una imposición para el nombramiento de un escribiente con la misma energía y efectos funestos para él, que si resistiera en una cuestión espectable, en que, á lo menos podría obtener popularidad ó aplausos. Toda esa clase de pequeños hechos: nuestro caso de antes, del ciudadano que por un simple escrúpulo de sinceridad, se abstiene de ingresar á uno de los partidos de un país, si los encuentra ilógicos, sacrificando así, sin el menor aparato, el éxito material de toda su vida. Las *verdaderas* renunciaciones á candidaturas ó posiciones, que se hacen casi siempre de antemano y privadamente, no autorizando ciertos trabajos, no aceptando cualquier compromiso. . . . El sacrificio inmenso y amargo del que se resigna á servir un puesto bajo la autoridad superior de un hombre inepto ó malo, ó compartiendo responsabilidades (por ejemplo: en una corporación) con hombres de esa especie, de manera que ante el juicio público, que no discierne responsabilidades, él, personalmente, sufrirá en su propio crédito. Todo eso, generalmente no se ve: ó no se ve el acto, ó no se aprecia su alcance; y, por todas estas razones, los hombres de carácter del tipo más elevado tienden á no ser reconocidos ó á no ser bien reconocidos. Más: cuando esa necesidad de pureza moral se lleva hasta los detalles, la impresión que se hace sobre los demás hombres es, muy á menudo, una impresión desfavorable, no porque los hombres tiendan á juzgar desfavorablemente la moral, sino porque generalmente creen ver otros móviles en lo que, explicado por las solas razones de moralidad, les parecería excesivo é inverosímil. Esas actitudes firmes, rígidas, relativas á hechos

que pasan vulgarmente por pequeñeces ó por insignificancias, casi nunca son atribuídas á razones de orden puramente moral; el que procede así, es generalmente tomado por un obstinado, por un caprichoso, por un orgulloso ó simplemente por un loco.

Por lo demás, los ejemplos de carácter que se me han ocurrido hasta ahora preferentemente, esto es, los que se relacionan sobre todo con la actitud que puede asumirse para con los poderosos, no son, en nuestra época social, ni los únicos importantes ni los únicos necesarios. En las épocas democráticas, sobre todo, hay una forma de carácter que es tal vez la más rara y la más difícil de todas, y es aquella que se relaciona con nuestra independencia personal respecto á las masas, y de la cual es un caso particular la independencia personal en sus relaciones con la reputación. Ustedes conocen seguramente esos estudios de psicología de las masas, iniciados tan magistralmente por Taine en su juicio (sin duda muy exagerado y falseado por su misma exageración, pero que contiene un fondo de verdad apreciable) con respecto á la psicología de la Revolución francesa; estudios que, en nuestros tiempos, han sido llevados adelante por muchos autores. No se trata, naturalmente, de hechos nuevos. Cuando los romanos expresaban su célebre aforismo: *Senatoris viri boni, senatus autem magna bestia*, tenían ya el sentimiento de esa inferiorización del hombre cuando se reúne en masas, cuando procede colectivamente; pero el estudio científicamente realizado, de esos estados, corresponde á la época moderna. La conclusión de estos estudios es que la reunión de los hombres no da, en manera alguna, una resultante igual á la suma de sus cualidades; la resultante es siempre más baja, ó tiende á serlo. Pues bien: en la época moderna, la organización actual exige una de las formas á la vez más raras y más necesarias de carácter: es la que consiste en conservar la independencia personal contra las influencias de las masas, de las turbas, del público, de la gente, de la opinión, de todo lo que es colectivo: conservar *la persona*. Realmente es imposible ponderar los efectos empequeñecedores y rebajantes que el *amasmiento*—diremos—ó el arrebatañamiento, puede producir sobre los hombres; aún los más elevados están expuestos. Y dicho sea de paso, se trata de un sentimiento—el de la independencia personal contra lo colectivo—que debe cultivarse desde el principio

desde la infancia, con mayor razón desde la adolescencia, pues desde el principio ya ejerce sus efectos el mal y ellos obran fácilmente en los espíritus jóvenes. Al citarles el siguiente hecho, no tengo más propósito que el de presentales un ejemplo que los impresione: cuando yo era Decano en la Sección de Enseñanza Secundaria, tuve ocasión y obligación, de disgustar á los estudiantes, oponiéndome á uno de esos pedidos de prórroga de exámenes que son tan comunes. Fui, naturalmente, objeto de insultos y ofensas de todo género; y, finalmente, un grupo de estudiantes pasó por mi casa, en momentos en que no había en ella más que mi madre, en el balcón y arrojaron piedras.

Y bien: tengo la seguridad absoluta que ninguno de los jóvenes que formaban parte de aquel grupo, absolutamente ninguno, tenía personalmente, ni la bajeza de sentimientos ni la cobardía que se necesita para ejecutar un acto de esa naturaleza. ¿Qué era, entonces? Sólo la influencia absolutamente deletérea que produce la colectivización, el arrebañamiento; todos los hombres, salvo los muy selectos, sufren por esta influencia; y la historia nos muestra casos en que la humanidad ha descendido, de ese modo por debajo del nivel de la bestia.

Una forma, pues, del carácter, la más difícil de todas y sobre todo aquella que deberá ser por nuestra parte objeto del mayor cuidado, de una atención más continua, es esa; y dentro de ella, la que se relaciona con la reputación: la resignación, la conformidad; no diré el placer, en manera alguna; pero el saber soportar, el sufrir que nuestra reputación, que el concepto de los hombres sobre nosotros padezca en cualquier grado, antes de desviarnos del cumplimiento de nuestro deber. Teóricamente, así formulada como máxima, parece ésta, la cosa más sencilla del mundo; sentida y hecha es la más difícil de todas. Y, sin embargo, son situaciones en que nos encontramos muy á menudo en la vida. En la vida pública, sea en la vida política, sea en la vida del funcionario, es menester (ó si no, no entrar en ella), estar absolutamente preparado para soportar la impopularidad y para afrontarla en todo momento en homenaje al deber. Son las situaciones más comunes del funcionario. En realidad, lo que un funcionario hace, piensa y siente, dentro de esa máquina complicadísima que es la Administración, cuya acción es la resultante de

tantas fuerzas y de tantas voluntades; lo que es, lo que piensa y lo que siente el funcionario,—nadie lo sabe. El que es miembro, por ejemplo, de una corporación que toma resoluciones contrarias á su opinión personal ó que no coinciden completamente con ella, tiene que ser juzgado por esas resoluciones; nunca se sabrá cuál fué su parte personal, lo que él discutió, lo que él sostuvo, lo que él combatió, las opiniones que dejó en salvo: eso, no llega al público. Aun sin necesidad de ese caso particular, todo funcionario es un engranaje de una máquina, depende de otros; hasta los más elevados de todos dependen de sus inferiores en la ejecución de las medidas que dictan.

Y, por lo demás, la reputación es caprichosa: se distribuye un poco al azar. Si no es exacto, naturalmente, decir que se distribuye en razón inversa de los méritos, es inexacto también decir que se distribuye en razón directa: tiene toda clase de caprichos. Los mismos actos ejecutados en diferentes hombres, son juzgados á veces, no se sabe por qué, de diferente manera. ¿No han visto ustedes, por ejemplo, cómo ciertos actos inmorales en determinados hombres, son severamente juzgados, y como esos mismos actos inmorales en otros hombres, no son objeto de censura? ¿No han visto cómo la opinión elige á veces á un hombre, entre muchos culpables de las mismas faltas; á un funcionario que ha cometido actos de improbidad, á un político servil,—y lo hace *expiatorio*, y condensa en él todas las culpas, las propias y las ajenas, en tanto que otros individuos, reos absolutamente de los mismos delitos, pasibles de las mismas responsabilidades, no reciben sanción de opinión? ¿Han visto cómo, por otra parte, ciertos actos elevados y nobles de ciertas personas, son perfectamente comprendidos y perfectamente juzgados y hasta recompensados por la opinión; y como otros actos, absolutamente iguales, de otras personas, no lo son, y hasta son desnaturalizados y tergiversados, y atraen para sus autores la hostilidad, aún el odio? . . .

¡Extraña cuestión, la de las relaciones que existen entre la moralidad y el éxito! No se puede dar absolutamente ninguna regla: Las ficciones optimistas á que ya me he referido, los libros de moral, las historietas moralizadoras, enseñan á los niños, y á veces á los hombres, que la moralidad y el cumplimiento del deber son siempre reconocidos. Ni es exacto el hecho, ni el pro-

cedimiento está pedagógicamente libre de toda crítica. Si alguien tomara demasiado en serio esas enseñanzas, esa confianza en la sanción de opinión, más adelante al recibir los desengaños tan frecuentes en la práctica, correría peligro de ceder, de aflojarse moralmente ante la falta de la recompensa en que se acostumbró á creer. Hay, pues, algo de *mistificación* á este respecto, aunque la intención sea sumamente honrada. Ahora, naturalmente, sería más absurdo todavía irse á la doctrina opuesta: decir, como se afirma á veces vulgarmente, que las recompensas sociales de opinión ó publicas, están en razón inversa de los méritos. En realidad, no se ve una regla clara; posiblemente, si alguna pudiera formular—pero sumamente vaga, sumamente fluctuante—tal vez fuera ésta, que entre paréntesis, es un poco amarga: Me parece evidente, ante todo, que una moralidad muy deficiente ó inferior tiende á ser obstáculo para el éxito, y que, en este punto, y en este grado, las ficciones optimistas á que me he referido, tienen razón; me parece también que una moralidad mediana facilita el éxito: que á medida que crece la moralidad, tiende á asegurarlo mejor, *hasta cierto grado*: que no cometer inmoralidades grandes, es una buena condición de éxito en la vida. Pero creo también, y esto es lo amargo, que cuando la moral pasa de cierto grado, cuando llega á hacerse demasiado severa, demasiado estricta, demasiado escrupulosa, empieza á ser un obstáculo. Naturalmente, esto no quiere decir que sea un obstáculo absoluto ó decisivo; con una moralidad perfecta y rigurosa se imponen gran cantidad de personas (por lo demás, también con una moralidad deficientísima se imponen otras, sobre todo en el caso de que esa moralidad deficientísima esté unida á una inteligencia superior. . .).

Pero si todas estas fueran leyes, serían tan vagas, tan indecisas, que el número de excepciones casi igualaría al número de casos en que las leyes se cumplieran. No es, por consiguiente, en nombre del éxito como puede predicarse la moral práctica; la recompensa no es esa.

¿Cuál será entonces? ¿La «satisfacción del deber cumplido»? —Si; pero, entendámonos; porque *aquí también hay otra mistificación* que importa desvanecer; hay que saber en qué sentido ha de entenderse esa llamada *satisfacción* del cumplimiento del deber.

Para las ficciones optimistas es satisfacción pura, tranquilidad

absoluta, serenidad completa, puro placer; el hombre recto, ni sufre ni duda; su estado es de serenidad y beatitud. Eso es falso; es falso, y tiene que serlo. Para tomar un solo caso: ¿Cuántas veces el cumplimiento del deber no se traduce, no tiene fatalmente que traducirse, en sufrimientos ajenos? Sean los deberes más sencillos: el funcionario que debe destituir de su puesto á un inferior por una falta cometida; el legislador que debe tomar una medida que hará sufrir á muchos hombres. . . no necesito seguir citando: continuamente el cumplimiento de nuestro deber se traduce en sufrimientos ajenos. Eso sólo bastaría para que lo que se llama la satisfacción del deber cumplido, no fuera una satisfacción tal como generalmente es descrita; sin contar con los sufrimientos de la duda, y de los remordimientos, que, como tantas veces lo hemos mostrado, tienden á hacerse más intensas á medida que la moralidad acrece; y sin contar con los sufrimientos personales, sencillamente,—y con que somos hombres. . .

Otra comparación es la que necesitamos aquí para que ustedes me comprendan bien. A los niños les gusta el dulce; el sabor más agradable para ellos es el azúcar, la dulzura pura; después, cuando nuestro paladar se hace más formado y más viril, empieza á agradarnos un poco de agrio, de ardiente, de picante, y hasta de francamente amargo. Al ponderar la satisfacción del deber cumplido, podemos, pues, ser sinceros, como será sincero el hombre que diga á un niño que le gusta el limón ó el bitter; pero mentiría si dijera á ese niño que el limón ó el bitter tienen gusto á azúcar.

La mistificación á que me refiero, consiste, pues, en hacer azúcar de la satisfacción del deber cumplido. No: es acre, es ardiente es amargo! Contiene, mezclada á inefable dulzura, una considerable proporción de dolor, de indignación, hasta de orgullo; y con todo eso el alma superior y fuerte se compone el más estimulante y viril y magnífico de los placeres, que una vez bien gustado, ya no se puede abandonar ni substituir por otro alguno.

CARLOS VAZ FERREYRA.

---

# LA ENSEÑANZA SUPERIOR EN ALEMANIA

POR FRANCISCO J. OLIVER

---

Utilizando con acierto su permanencia en Alemania, el doctor Oliver ha realizado un estudio de las universidades germánicas, y concretado los resultados del mismo en un trabajo, cuya brevedad aumentará sin duda el número de sus lectores, y facilitará con ello la difusión de las opiniones del ilustre autor. Porque en el caso la brevedad no es resultado de una superficial y somera observación impresionista, sino consecuencia de una síntesis. Se ve que al doctor Oliver, á diferencia de lo que le pasara á aquel que no tuvo tiempo para ser breve, el tiempo le ha alcanzado para resumir.

«Mucho me ha preocupado,—escribe en la Introducción,—en medio de los múltiples detalles de la organización y acción universitaria, poder llegar á sintetizar, á extraer las causas principales que motivan el notable desenvolvimiento de esas universidades y el prestigio universal de que gozan. Varios son los factores que á ello contribuyen de manera directa ó indirecta, como veremos en el curso de este estudio, pero los principales consisten en:

1.º Carácter y tendencia de la enseñanza que constituye las universidades en centros de producción científica en vez de escuelas profesionales.

2.º Selección del profesorado y base económica en que descansa su acción.

3.º Organización de los seminarios como escuelas de método de investigación personal de los alumnos.

No creo imposible ni muy difícil adoptar en estos puntos el sistema universitario alemán, y tengo la firme convicción de que con él, alcanzaríamos resultados análogos, llevando nuestras universidades á un alto nivel de eficiencia y renombre».

Y en otro lugar expresa: «Cuando se ha tratado de nuestra organización militar hemos tomado profesores, métodos y armamentos donde los hemos encontrado mejores, prescindiendo de toda consideración sentimentalista ó ajena al fin bien definido, al propósito de nuestra defensa.

En la misma forma debemos proceder en nuestra reforma universitaria, que no es cuestión administrativa ó exterior, sino de esencia, de enseñanza y para ello tenemos el modelo alemán que en sus puntos principales y en sus resultados es indiscutiblemente superior á todos los que nos puede ofrecer el resto de Europa».

Al explicar con clara exactitud la constitución y el funcionamiento de aquellos institutos, el autor se detiene con especial preferencia en lo relativo á la organización del profesorado. El acreditado sistema de los privatdocentes merece toda su aprobación y sus alabanzas, al par del carácter general de la enseñanza, orientada toda en el sentido de la investigación personal y de la labor original de maestros y estudiantes. Alguna crítica franca, como la del procedimiento de un examen seguido para la concesión del título doctoral, muestra la independencia de su criterio, y la constancia de sus personales opiniones contrarias á tal género de pruebas de preparación. El estilo, de llaneza didáctica solo se señala, en general, por su concisa claridad; pero entre las excepciones, no dejaremos de recordar aquel elocuente pasaje en que el autor declara, que no hay nada que conforte y discipline tanto el espíritu como el estudio completo y profundo de una cuestión hasta agotarla, hasta poder decir: sobre este punto he llegado al máximum de lo que se sabe en el momento actual, y he ido todavía un paso más allá.

El sistema de los privatdocentes constituye, sin disputa, un estímulo para la investigación científica, puesto que abre á quienes á ella se dediquen, la perspectiva de una carrera honrosa y bien remunerada. Como tal estímulo de la labor científica no puede menos de ser indicada su adopción entre nosotros. ¿Que los resultados inmediatos no serían, ni con mucho, comparables á los alcanzados en Alemania? No lo dudamos. Pero para activar los lentos progresos intelectuales del país, todos los exitantes, todos los acicates son pocos, ninguno sobra. Por lo demás, la adopción

del sistema no ofrecería inconvenientes, siempre que se apreciaran con seriedad los títulos que invocaran los aspirantes á la docencia privada.

Al combatir el analfabetismo, difundiendo la instrucción elemental, invócase amenudo el nombre de la ciencia para oponerlo al de la ignorancia que se busca hacer desaparecer. Pero la ciencia no consiste tan solo en los rudimentos que se aprenden, más ó menos de memoria en las escuelas primarias, ni se reduce al contenido de los tratados que se asimilan en los colegios secundarios: ella es, más que nada, alta é insaciable curiosidad intelectual, y método de afanosa investigación. En tal concepto, la ciencia es esencialmente universitaria, y las universidades alemanas constituyen templos admirables dedicados á su culto. Del fuego sagrado que ellas solícitas alimentan, importaría transportar acá una brasa.

Como ha escrito recientemente A. Tibal, en *La Revue*: La enseñanza universitaria alemana es desinteresada y ajena en gran parte á consideraciones utilitarias. Este hecho no deja de tener importancia. Porque aquel que ha pasado por el «trienio académico» no olvida jamás que durante tres años, cuando el no había llegado á los veinte, gustó con toda libertad de espíritu de los frutos del árbol de la ciencia. Por monótona, mezquina y prosaica que sea la tarea que deban cumplir después, día tras día, la realizarán con más inteligencia, más ánimo y alegría, porque sabrán que su actividad no es tan sólo maquina y rutinaria, sino guiada, aunque sea de lejos, por grandes principios; ellas podrán elevarse por encima de la fastidiosa y deprimente minucia del oficio, y su espíritu conservará su vitalidad, su energía y su iniciativa. Y no solamente serán trabajadores mejores, sino también mejores ciudadanos y hombres más dignos de llamarse tales, porque no se mantendrán indiferentes á las ideas que gobiernan y transforman su pueblo y su época.

Los profesores universitarios de Alemania fueron quienes realizaron, con su prédica incesante, la unidad del espíritu nacional germánico, que trajo luego, como consecuencia, la unidad material del imperio. Y aún en la actualidad, á pesar de la atmosfera de utilitarismo, producida por el gran desarrollo de las industrias y del comercio en el país, las universidades alemanas continúan

siendo el refugio seguro del tradicional idealismo germánico. Analogamente: la revolución argentina fué preparada y en gran parte realizada por universitarios, y en esta época, en que los progresos económicos infunden á la generalidad sentimientos materialistas, nuestras universidades deben ser también fuente inagotable de idealismo, ardiente foco de espíritu nacional.

EZEQUIEL LEGUINA.

---

## ENSAYO SOBRE LA LITERATURA CHILENA DE HOY

---

Si, aparte la función de juzgar, no tuviera la crítica otros aspectos interesantes, nos hallaríamos imposibilitados para acceder á los deseos de la Dirección de RENACIMIENTO: no se puede ser juez y parte y, por consiguiente, estamos implicados para hablar de la literatura trasandina. Pero como quiera que cada día gana más terreno la crítica de meras opiniones, — de impresiones, más bien,—hénos aquí dispuestos á vaciar las nuestras en unas cuantas páginas.

Quizás seamos parciales al afirmar que el momento actual es uno de los más interesantes de aquella literatura. Si nos equivocamos, es, por lo menos, una equivocación de buena fe. Con la generación actual, empieza á formalizarse en Chile el tipo del escritor, del profesional de las letras. Deja la literatura de ser una afición ó una entretención más ó menos culta é inofensiva y va derecho á constituirse en profesión. Nosotros no sabríamos decir si hay en esto ventajas, ó no las hay. Nos limitamos á apuntar el fenómeno, deseando de todas veras que no pase inadvertido para los interesados.

Hasta hace poco, los más grandes literatos chilenos eran al mismo tiempo sus más grandes políticos, sus más grandes estadistas y hasta sus más grandes militares. Los hombres representativos lo reunían todo. Eran hombres de ideas y de acción, de sentimiento y de palabras. Debiase esto á la escasa difusión de la cultura, concentrada, puede decirse, en lo más saliente, en la flor de las familias opulentas, base de nuestra flamante aristocracia. Pero no en vano el presupuesto de instrucción pública es en Chile uno de los más copiosos. La escuela ha democratizado la cultura, y, mientras los vástagos patricios van, por lo general, á derrochar su sangre y su dinero á los bulevares del

Sena, la modesta burguesía chilena es la que da los profesores, los escritores, los artistas, el tipo del trabajador intelectual contemporáneo.

Difícilmente se encontrará ahora en Chile un senador, y sobre todo un diputado, cuyo ejercicio intelectual vaya algo más allá de la oratoria parlamentaria. El tipo de los Lastarria, de los Vicuña Mackenna, de los Walker Martínez, literatos al mismo tiempo que políticos, ha desaparecido totalmente. Espurgad en ambas Cámaras y encontraréis tal cual economista, ó profesor, ó periodista: literato no encontraríais uno, ni con la clásica linterna del filósofo heleno. Tampoco podríamos decir si hay ventajas en esto para el país. Lo que podría asegurarse es que la literatura sale ganando, por el mayor perfeccionamiento, que es el fruto natural de la especialización.

Bueno es que se sepa, pues, que la clase poderosa, la que tiene el dinero y el poder, y que en estas Repúblicas de menor edad toma á menudo el nombre de «clase dirigente», no es en Chile la más intelectual. Acaso es por su cultura mundana, su conocimiento de las lenguas extranjeras y su mayor facilidad de viajar, la que gusta y saborea más los placeres intelectuales, pero de ningún modo es la que produce mas. ¡Resulta una tontería estudiar—¿para qué?—cuando se puede pasar la vida tan agradablemente en mil otras ocupaciones! Pero para ser justos, hay que decir que, en Chile, sólo la bohemia encuentra los caminos cerrados. El talento literario, si va aparejado de la voluntad, tiene allí todavía un vasto porvenir. Por desgracia—ó por fortuna—los escritores chilenos están divorciados de la política, no quieren nada con ella; y en países como Chile, en donde la cosa pública lo absorbe todo, no hay otra manera de influir eficazmente en el medio que la de incorporarse á la política. Cuestión fatal.

\*  
\* \*

Manuel Ugarte, que tiene en alto concepto á nuestra literatura, nos ha dicho, en carta particular, que á su juicio los dos movimientos literarios de Hispano-América en los últimos tiempos han tenido su origen en Chile. Se refería Ugarte al decadentis-

mo,—ó más propiamente modernismo—del que es jefe nato é indiscutible Rubén Darío, y á la nueva tendencia naturalista y humanitaria, que ha alejado á los intelectuales de su «torre de marfil» y los ha llevado á reconciliarse con su ambiente, para interpretar, junto con el paisaje, todos los aspectos del alma nacional.

En efecto la primera gran campanada de los nuevos de América, fué dada por Darío en la ciudad más comercial de Chile, en Valparaíso, con la publicación de su libro «Azul. . .»; en 1886. Y en esto hay que enmendarle la plana al joven crítico peninsular Andrés González Blanco, que fija como fecha de iniciación del movimiento la de 1890, á partir de la aparición de un libro de Salvador Rueda. Tened en cuenta que cuando «Azul. . .» empezó á trastornar las jóvenes cabezas de la América Austral, ya hacía tiempo que en las selvas del trópico habían lanzado su canto unos «pájaros azules» que se llamaban Julián del Casal y José Martí. Y de esa época son también los nombres de Manuel Gutiérrez Nájera y de Francisco de Icaza. Hay un folleto crítico de Darío que se llama «A. de Gilbert». Este es el nombre literario de un admirable muchacho chileno, Pedro Balmaceda Toro, hijo primogénito del desventurado presidente á quien mató la revolución del 91. Balmaceda Toro fué nuestro primer modernista. De un gusto artístico exquisito y de una cultura refinada, era un terrible soñador dentro de su cuerpo contrahecho. Él y Darío se comprendieron. A la superioridad de su talento se debe la formidable influencia de la nueva escuela, que el poeta nicaragüense ha hecho triunfar en el corazón mismo de España. Antes de «A. de Gilbert» y de Darío, nadie en Chile había escrito cosas de una belleza tan extraña. Se estaba todavía en pleno período de oda quintanesca y de poema nuñearciano. Nadie sabía hacer cuentos,—el cuento moderno, se entiende, fino, delicado, la pequeña novela de un momento. Fué aquella una renovación. ¿A qué hacer su historia cuando, después de todo, no tiene con la historia de cualquier innovación otra diferencia que la de la época y del sitio, y cuando en la República Argentina y en la propia Península Española, la juventud ha acabado por imponer lo que en un comienzo fué objeto de toda clase de agresiones?

En cuanto á que el soplo de humanismo y de naturalismo

sano que anima á la poesía de hoy, sea de origen chileno, creemos que el agudo escritor argentino nos hace demasiado favor. La reacción contra la literatura oropelesca, excesivamente retórica, que ha sido el abuso de los modernistas, la reacción contra lo que en Chile llamamos el «tropicalismo literario», se ha producido espontáneamente en todos los países. La literatura chilena es demasiado pequeña, y está demasiado aislada, sobre todo, para que pueda ejercer influencia apreciable en sus vecinas. Darío se impuso, porque del «último rincón del mundo» pasó á Buenos Aires, y de esta Capital á Madrid. Pero la opinión de Ugarte tiene su explicación fácil, y está en que país alguno de América se apresuró más que el nuestro á manifestar su cansancio por los artificialismos sentimentales y verbales en que se habían encerrado los nuevos; en país alguno, la juventud comprendió más pronto que la fórmula del «Arte por el Arte», tal como la entendían y la entienden aún muchos americanos es absolutamente vacía y no lleva á ninguna parte sino el fracaso definitivo por egolatría y abulismo.

También anduvieron un tiempo nuestros escritores, nuestros poetas especialmente, enamorados de la belleza fría y neutra— de la belleza de joya y de arabesco — de esa literatura que pretende ser sutil y quintaesenciada, que lo es, sin duda, en quienes tienen un talento poderoso y personalísimo como Rubén; pero que resulta absurda, incongruente y ridícula en la inmensa mayoría de esos literatoides que citan á Beaudelaire sin haberlo leído una sóla vez en el original, ó estiman que el mayor mérito de Pablo Verlaine consistió en no haber tenido nunca hogar. También en Chile hubo muchos que, dudosos de su talento, se dieron á buscarlo en el Diccionario ó en la taberna y elevaron el neologismo á la dignidad de creación aunque fuese un disparate. Pero eso pasó pronto. Y es justo decir que el señor Vargas Vila, con toda la plétora de sus metáforas, gustó siempre en Chile por las mismas razones que el señor Taboada: porque hacía reír.

El arte por el arte, el decadentismo puro, no hizo, pues, prosélitos en Chile, sino en escaso número. A nuestro juicio no pasan de tres los libros chilenos inspirados en sus procedimientos. Hay que confesar, sí, que todos, cual más y cual menos

estaban inficionados. Nació el amor por lo raro, por lo no visto ni oído, y fácilmente se incurrió en extravagancias. Pedro Antonio González, el más grande de los líricos chilenos, el primero que haya dado una nota nueva y personal, no se libra del contacto y hay muchos de sus poemas en que parece haber obedecido demasiado servilmente al consejo de Verlaine: «Música, ante todo!» Gracias á que González tenía también plasticidad y color, y á que era, en su vivir bohemiesco, un filósofo y un artista: todo un poeta. De aquel ciclo vibrante, de aquélla generación que es la que suele recordar Rubén en sus crónicas, son los nombres de Alfredo Irarrázabal, Pedro O. Sánchez, Narciso Tondreau, Francisco Concha Castillo y algunos más. Inicióse por entónces, muchacho aún, Emilio Rodríguez Mendoza, con un librito de cuentos «Gotas de Absintio» (qué título!) que prologó el propio Darío. El gran decadentista chileno — que sigue siéndolo á pesar de sus volubilidades socialistas ó anárquicas — es Antonio Bórquez Solar, de quien se cuentan tantas anécdotas como de Don Ramón del Valle-Inclán. Que no es poco decir.

El grande, el eminente servicio que las letras chilenas deben á Darío y á sus originalidades es la renovación que produjeron. El ambiente chileno es á menudo comparable á un charco, donde todo está en paz. Agua mansa era en 1840, cuando lo agitaron los emigrados argentinos y, más que todos, Sarmiento; y agua mansa en 1885, cuando Darío fué á decirnos que se podían escribir cosas muy bellas sin necesidad de imitar á Becquer ni á Don Ramón de Campoamor. Los modernismos del ilustre poeta nicaragüense no han hecho basa en Chile; no han podido hacerla, porque no dicen con nuestra idiosincrasia étnica, porque no nos calzan bien. Allí todos gustamos de lo que él escribe, todos encontramos que sus cosas son bellas, exquisitas, admirables; pero abrid cualquier libro chileno y no hallaréis (no digo el talento porque es más difícil) pero ni el más nimio prurito de imitarle ó de glosarle. Fué un reinado fugaz el suyo. Ahora, le agradecemos su acción, le aplaudimos su obra; pero no le seguimos. ¡Omnia transit!

La última evolución de la literatura, ó más bien, de la poesía chilena, se marca con la aparición de los libros «Veinte años» de Diego Dublé Urrutia, y «Poesías» de Samuel A. Lillo. Veinte

años tenía efectivamente, aquel poeta, y era aún estudiante. Estábamos en 1898, vale decir en una época en que no se hablaba sino de princesas pálidas y de senos ebúrneos. Y el libro de Dublé Urrutia empezaba así:

Cuento los amores y las alegrías  
en que se mecieron mis primeros días;  
canto los recuerdos de mis buenos años,  
sus blancas visiones y tiernos engaños;  
canto las rosadas bienaventuranzas. . . .

Así en ese tono, familiar, campestre, de una sencillez «oliente á yerba-buena», según él mismo decía. Y cantaba su salvaje y gloriosa tierra de Arauco, sus robles, sus encinas, sus copihues, sus lagos, sus volcanes, vaciando en versos claros y armoniosos un sentimiento ingenuo, nostalgias de colegial, ensueños de muchacho filósofo, en fin, lo que sinceramente podía sufrir, ó gozar ó pensar un veintenario que tuviera un alma poética. El éxito del libro fué inmenso. Y todos, crítica y público, dijeron que había nacido por fin el poeta nacional, el intérprete en cuya boca debían tomar forma los íntimos dolores y las aspiraciones de la raza. Las «Poesías» de Lillo, de carácter eminentemente descriptivo, no alcanzaron tanta resonancia.

Por otra parte, prosistas como Díaz Garcés y Silva Vildósola predicaban con el ejemplo, incitando á los jóvenes escritores al cultivo de una literatura robusta y genuina y al desprecio de importaciones tan brillantes como falsas. En 1900, alrededor de la revista «Instantáneas» se levantó un grupo de jóvenes de muchísimo valer que cerraron la puerta á los ebúrneos y á los glaucos; y de 1901 á 1905, Marcial Cabrera Guerra, fundador y director de «Pluma y Lápiz», favoreció la iniciación de todos los muchachos que tenían «algo que decir», siempre que supieran decirlo. En «Instantáneas» diéronse á conocer ventajosamente Augusto Thomson, Ignacio Pérez Kallens, Guillermo Labarca Hubertson, el doloroso poeta Carlos Pezoa Veliz y Antonio Orrego Barros, que escribe en dialecto popular; y en «Pluma y

Lápiz», Magallanes Moure, el humorista Gil, Jorge González, Miguel Luis Rocuant y el que escribe estas líneas. Y no olvidemos á Francisco Contreras que era en aquellos tiempos un «preciosista» y que ha evolucionado hacia la concepción de una belleza sana y vigorosa. Pero ya la farmacopea decadentista estaba mandada guardar. Se celebraba lo nuevo pero no lo extravagante, se exaltaba lo original pero no lo absurdo.

\*  
\* \*

Y llega para nosotros la parte más delicada de nuestro trabajo: lo actual. Sintetizando, antes de analizar, puede decirse que es general en nosotros la tendencia á hacer una literatura nuestra, esto es, á reflejar en nuestra obra el ambiente físico y psíquico de nuestros hombres y de nuestras cosas. Queremos que un libro chileno lleve en sí el sello de su indiscutible nacionalidad, no porque esté impreso dentro de las fronteras patrias, sino porque encarne y refleje lo que dentro de esas fronteras vive: llámese alma ó paisaje.

La discrepancia está en el procedimiento, no en el propósito. Unos como Labarca Hubertson, Federico Gana y Rafael Maluenda, producen el cuento campestre y cuidan siempre de hacer hablar á la gente rural el lenguaje que le es propio, sin lo cual creen que la nota de ambiente no está dada; otros tienden, como Fernando Santivan, Mariano Latorre y N. Yáñez Silva, á la psicología mundana; otros, como Honorio Henríquez y Januario Espinosa, tratan el paisaje y ahondan un poco en las almas sin abusar del diálogo plebeyo; y otros, en fin, como Baldomero Lillo, encendidos en piedad por los explotados del trabajo, pintan dramáticamente la vida humilde, con francos propósitos de reivindicación. Pero,—salvo este último, que con todo su horror, es veraz,— nadie ha dado una sensación tan intensa y tan exacta del paisaje y de toda la vida nacional como Joaquín Díaz Garcés, en sus «Páginas Chilenas».

Joaquín Díaz Garcés ha sido, generalmente, calificado de humorista. Si este epíteto no se hubiera empequeñecido, le vendría bien. Pero él es algo más que un humorista. Es un artista que observa y narra y describe admirablemente, sin intención de

hacer reír. No es suya la culpa si los hombres y las cosas que observa son ridículas, y si el ridículo tiene la propiedad de hacernos cosquillas.

Hay otros escritores, como Leonardo Penna (I. Perez Kallens) Augusto Thomson y la Sra. Mariana Cox-Stuven, que se desprenden totalmente de su ambiente y estudian las almas en su región pura. (Ibamos á aludir á Maeterlinck, pero tenemos el pudor de las citas.) Se les da un ardite la nacionalidad, y los personajes de sus cuentos y sus libros no tienen ninguna. Son almas. Almas flotantes, desarraigadas de todo cuerpo, como están ellos intelectualmente desarraigados del terruño. Esta es, en Chile, debemos confesarlo, literatura de excepción.

En cuanto á la poesía, justo nos parece consignar que se acentúa en sus cultivadores un sano anhelo de sinceridad. El mismo Antonio Bórquez Soler, con ser el menos joven de los jóvenes y el que se honró siempre de tener escentricidades bulevardescas, ha cedido á la tendencia humanista que caracteriza la producción más nueva, la que de acuerdo con las fuentes de inspiración de Concha Castillo, de Lillo y de Dublé Urrutia, ha venido con Pezoa Véliz, con Magallanes, con Jorge González y otros, á ser la poesía chilena de nuestros días.

Carlos Pezoa Véliz, muerto á los 30 años, era como hemos dicho, un poeta doloroso. Escribió poco, porque padecía también de la tortura de la forma. Un verso perdido, una imagen anodina, un epíteto flojo ó muy usado, le sacaban de quicio. A todos los dolores de su vida, agregó ese: el ansia de la perfección. Escribió poco, pero dejó cosas admirables que alguna vez haremos conocer del público argentino. Samuel A. Lillo, consecuente con sus principios, sigue siendo el poeta descriptivo, enamorado del paisaje chileno con sus ásperas montañas, sus vallecitos risueños y sus profundas selvas ó sus pintorescos archipiélagos. En su último libro «Canciones de Arauco», pinta escenas y leyendas de su tierra araucana. Manuel Magallanes Moure, que era también más descriptivo que sentimental, ha evolucionado: su libro reciente «La jornada» contiene poemas que acusan el desgarramiento de un alma, torturas desconocidas en la apacible manera que daba carácter á sus primeros versos. Miguel Luis Rocuant, dado á la filosofía, permanece ajeno al paisaje y se recrea, por

lo general, en espacios á donde no siempre es grato alcanzarle. Jorge González es un poeta sensitivo, de intimidad. Y en cuanto á los nombres más nuevos, tenemos á Ernesto Montenegro, á Julio Munizaga, á Pedro Prado, á Ignacio Verdugo, á Allan Samhady, á Carlos Mondaca y á Máximo Jara: los tres últimos autores de sendos libros, «Horas perdidas», «Por los Caminos...» y «Juventud». Nombres casi olvidados y que corresponden á poetas de verdadera inspiración son los de Ricardo Fernández Montalva y Oscar Sepúlveda, tempranamente muertos.

Al hacer esta rápida revista, sentimos no tener á mano nuestros libros. Así nos habríamos dado la satisfacción de reproducir algunos fragmentos por los cuales los lectores de RENACIMIENTO pudieran juzgar, á su vez, nuestros juicios. A pesar de nuestro gusto por los versos, no conseguimos que se nos quede en la memoria nada de lo ajeno... ni de lo propio.

La producción novelesca es escasa en Chile y tendrá que serlo mientras la afición de la lectura no se desarrolle en más vasta proporción. Nuestros novelistas de más nota son Luis Orrego Luco, — de los tiempos de Rubén, — Emilio Rodríguez Mendoza, y, en general, los autores de cuentos que hemos citado más arriba y todos los cuales han escrito una ó dos novelas. Gustavo Silva publicó hace algún tiempo «El Doctor Leroy», novela de costumbres provincianas y el joven Joaquín Edwards Bello se estrenó ruidosamente con la novela «El Inútil», del género *de clave*, explotado también por Orrego Luco.

Una escritora de temperamento delicado y vibrante es la señora Inés Echeverría de Larraín, cuyos libros de impresiones críticas y viajeras han obtenido un éxito enorme en el país. Maravilla cómo, en un medio tan ajeno á cuestiones literarias como el gran mundo de Santiago de Chile, puedan producirse ejemplares de intelectualidad semejante. Tiene la señora Echeverría, como la señora Cox-Stuven, cuando quiere hacer crítica, una justeza de observación y una sagacidad que ya quisieran para sí muchos críticos.

Y ya que á críticos nos referimos, queremos terminar este estudio aludiendo á la crítica literaria chilena, cuyo mayor mérito, á nuestro juicio, consiste en la honestidad y cuyo mayor defecto en la relativa incapacidad en que se encuentra para cumplir sus fun-

ciones debido á la pequeñez y á la inercia del ambiente. Todos hacen allí crítica. Pero críticos profesionales, por decirlo así no son sino Pedro N. Cruz, Omer Émeth (Presb. Emilio Vaïsse), Eliodoro Astorquiza y la señora Amanda Labarca H. Se llevan ellos muy malos ratos, á pesar de toda su buena intención, porque nadie se resigna honradamente á que le encuentran sus cosas detestables ó mediocres, ó que encuentren buenas ó pasables las cosas de los demás. El papel más ingrato es el que tienen ellos, y no el más inútil. Siempre es ingrato hacer justicia. No obstante lo cual, nos apresuramos á hacérsela desde estas páginas, aún á riesgo de que se nos impute que procuramos ganarnos voluntades.

El teatro en Chile, — la literatura teatral — es subrepticio: vive del favor de las compañías europeas y su producción es casi nula. Y en cuanto al periodismo, eso cada día tiene menos que ver con la literatura . . .

VÍCTOR DOMINGO SILVA.

Buenos Aires, Marzo 1911.

---

## VOLCANISMO EN LA AMÉRICA DEL SUR

---

La América del Sur tiene para el estudio del volcanismo particular importancia, por cuanto es en este continente donde se comprueba en forma inconcusa que aquel fenómeno se presenta consecuentemente á la aparición de montañas de formación moderna. La costa oriental del Atlántico carece, no sólo de volcanes, sino también de toda traza de anteriores existencias, lo que se explica fácilmente: dos son los caracteres orográficos principales de la América del Sur: El macizo brasileño y el cordón Andino. Entre ambos caracteres no existe solución de continuidad; los grandes llanos del Amazonas, Colombia y Chaco los separan. Aquel, oriental, es esencialmente antiguo y está hoy aceptado por geólogos y geógrafos que los Andes son de formación anterior.

La América como Australia son, pues, tipo Pacífico, orográficamente consideradas.

Es sobre la línea del Pacífico, parte integrante del Círculo de Fuego, donde el volcanismo se nos presenta con caracteres de una actividad constante y enérgica y la que encierra mayor interés para cualquier estudio sobre volcanismo.

La constitución tectónica de esa cordillera, nos demuestra que está formada por montañas á pliegues y que ellas son en su parte más oriental, bordes de fractura.

Sus costas, sacudidas de continuo por maremotos, indican la actividad volcánica del fondo marino. En este sentido, desde el Cabo Parima y en unos 10 grados de latitud norte, fué sacudido el Pacífico en 1896 por un violento maremoto. Desde los 15 grados de latitud sur hasta los 35 de latitud, también sur, las costas de Perú y Chile sufrieron idéntico fenómeno en Agosto de 1868 y desde los 30 grados hasta los 45 en 1835.

La actividad del volcanismo ha sido intensa en los últimos años y muchos volcanes que dormían un largo sueño, bajo su cubierta de nieve, han despertado con erupciones que han llenado de inquietud á los habitantes de pueblos y ciudades vecinas.

Hacer un estudio detenido de los volcanes existentes en todo el largo de la costa sudamericana del Pacífico, es algo difícil, pues muchas de esas regiones continúan siendo desconocidas. De éstas las que nos ofrece mayores vacíos, en las obras modernas, es la referente á los Andes Colombianos. Fuchs (1) ni siquiera menciona los volcanes de esta región.

Por estas razones me concreto á hacer una sucinta relación de los más importantes existentes en el Ecuador y Perú y especialmente de los situados en los Andes argentinos-chilenos.

**VOLCANES DEL ECUADOR.**—Estos fueron bien estudiados por Humboldt. Posteriormente, el número de volcanes activos ó semi-activos (solfatáricos) descubiertos, han modificado la cifra fijada por aquel.

Fuchs cuenta ocho volcanes activos. Ratzel (2) y Lessona consideran solamente á siete como activos en la parte septentrional de los Andes, agrupados en la siguiente forma: Cotopaxi y Sancay á oriente de la serie principal y á unos 200 kl. del mar; en el mismo alineamiento coloca al Sahama, como al más elevado de ellos sobre una base extratificacada de 5.000 metros. En la cordillera central cita al Ruiz como más septentrional, al Tolima, Puracé y Pasto.

Además de los nombrados, Fuchs enumera como activos en la en la misma región al Cumbal, que se halla en estado solfatárico.

De lo que no hay duda, es que el más hermoso é importante de los volcanes del Ecuador, es el Cotopaxi, alto, 5.900 metros, notable por la regularidad de su cono é inspirador de poesías á los ardientes poetas tropicales. Su cima está cubierta de nieves perennes. Se le conocen 14 erupciones; la última en 1869.

---

(1) Fuchs. *Les Volcans et les tremblements de Terre*. Alcan. Paris.

(2) *La Terra e la Vita*. Versión italiana, 1905.

**VOLCANES PERÚ-BOLIVIANOS.**—Están situados en la sección andina, conocida con ese nombre y que naciendo en el golfo de Guayaquil, se continúa hacia el sur hasta próximamente el golfo de Arica. Algunos autores cuentan 15 volcanes en esa región. Fuchs eleva esa cifra á 19. Este autor da como el más meridional de éste sistema al Llullaico, de 6.000 metros de altura y que produce erupciones intermitentes; pero veremos más adelante que tal volcán es de pertenencia del sistema argentino-chileno.

**VOLCANES CHILENO-ARGENTINOS.** — Llegamos á la región que para nosotros presenta mayor interés, pues el estudio del volcanismo en ella cae dentro del propósito principal de cualquier trabajo de Geografía Física Argentina.

Es acaso la región andina Argentina-Chilena, la más conocida en el presente, de toda la cordillera. (1). Pero este conocimiento data de nuestros días, es reciente. Se necesitó que se presentara el peligro de un conflicto armado con la nación vecina, para que ese límite natural interpuesto entre ambos países, fuera objeto de cuidadosos estudios.

Antes de esa época, pocos geógrafos habían dedicado sus estudios al «Andes magestuoso». En nuestro país no existe una obra que en conciencia haya tratado el estudio orográfico general de esa cadena de montañas. En Chile algunas como la de Pissi, son tan incompletas que debemos aceptar sus datos como verídicos, tan sólo en lo referente á limitadas regiones. Además, incurre en negaciones fáciles de rebatir con los datos recogidos en estudios posteriores. Y si de la orografía podemos expresarnos así, ¡con cuánta más razón debemos aplicar esta opinión á lo poco que se ha escrito sobre el volcanismo de esa región!

El Dr. Stübel, en los últimos tiempos, y más tarde el geólogo Hauthal perteneciente al Museo de La Plata, han estudiado los volcanes de los Andes Argentinos-Chilenos.

En este trabajo, pues, he hecho abandono total de las opiniones de geógrafos europeos, incompletas y pobres, y me he ateni-

---

(1) Este término es relativo, porque es notorio que existen grandes regiones mal ó poco conocidas.

do á los datos de Pissis, Hauthal y á los consignados en el último mapa del profesor Delachaux. (1)

Como método que facilita el estudio de la distribución de los volcanes en esta parte de los Andes, los he dividido en las mismas tres regiones ó secciones en que puede dividirse la cordillera argentina: Norte, Central y Patagónica.

Hasta hace poco se ha creído que los volcanes de los Andes argentino-chilenos, se hallaban en su mayoría situados en las montañas de Chile. Bien, pues, el territorio que queda al oriente de la cordillera de la costa, es más rico, sino en volcanes activos, á lo menos en montes de constitución volcánica. El sinnúmero de cráteres extinguidos en la Patagonia y la misma constitución basáltica y lávica que cubre extensas regiones de ella, demuestra que ha existido en esa parte del continente una enorme actividad ignea.

Los primeros 70 volcanes que cita Hauthal, están situados en la región Norte del sistema andino chileno-argentino, cuyo límite septentrional, podemos decir que pasa por el grado 22 y cuyo límite sur sería el grado 27.

Debemos recordar que en su parte boreal, ésta sección norte se confunde con el sur de la altiplanicie andina y que muchos de los volcanes incluidos entre esos 70, están situados en ella y en el territorio de los Andes, que es una continuación de la misma.

La gran mayoría de tales volcanes son apagados aún cuando existen muchos en estado solfatárico. Su número en esa región debe ser mayor, si recordamos que esa parte sur de la altiplanicie andina presenta una configuración tectónica, que demuestra que numerosas erupciones han sacudido su suelo.

Es en ella donde empiezan á verse perfectamente alineados los volcanes con una dirección invariable de norte á sur.

El más septentrional del grupo es el Sapaleri situado más ó menos á los 23 grados de latitud sur. Al sur de éste existen otros tres de 5.200 á 5.700 metros de altura.

Del grupo de los 70 volcanes el menor número pertenece á Chile.

---

(1) Uno de los geógrafos que ha dejado estela luminosa de su paso por la cátedra. Fallecido en 1908.

Tienen importancia además:

*Pastos Grandes* (5.250 metros) del que dice el general Cerri en su informe sobre el Territorio de los Andes: «Varias vertientes de aguas se desprenden del grupo de contrafuertes que circundan al grande y hermoso nevado de *Pastos Grandes*, de 6000 metros de altura; esas aguas son calientes unas, frías otras y algunas termales.» Hauthal da á este volcán 5.250 metros de altura. Según fotografías que he visto, este volcán tiene su cumbre completamente nevada.

*Volcán* (5.600 metros) con otro grupo numeroso en territorio argentino y *Azufre* (5.680 metros) en territorio chileno; éste se halla en estado solfatárico. Su nombre proviene de la enorme cantidad de azufre que en estado natural cubre sus faldas. Tiene á su pie una laguna cuyas aguas están cubiertas en parte por una capa de azufre de color muy amarillo (1).

*Antofalla*, forma un extenso grupo de siete volcanes, en el territorio de los Andes (*Pajonal*, *Patos*, *Lila*, *Antofalla*, *Cajero y Laguna Verde*).

*Fierro* (4.800 m.), es el último de los volcanes de la región norte, está situado cerca del grado 30 y á ese nucleo pertenecen varios volcanes perfectamente alineados de Norte á Sur, en un espacio pequeño.

El grupo más oriental de esta región está situado en la provincia de Salta y lo forman los volcanes de *Poma*.

Al partir, en mi clasificación, del volcán *Sapaleri* como más septentrional, lo hago teniendo en cuenta el plan de distribución en tres zonas de los volcanes andinos de esta región. Pissis en cambio divide en dos zonas: la del norte y la del sur; aquella la hace partir del volcán *Llullaillaco* (6.500 m.) en el grado 24 y 42 minutos. Esta división es errónea, porque ese autor no tiene en cuenta á los volcanes del centro: *Azufre*, *Mercedario*, *Aconagua*, *Juncal*, *La Plata*, *Tupungato*, por cuanto no los considera sinó «como á cerros muy altos formados de traquitas ó escorias». Ya Humboldt y otros autores afirmaban que eran volcanes, y últimamente Hauthal expresa: «sobre el origen volcánico de esos montes no cabe la menor duda».

---

(1) Hauthal. Obra citada.

REGIÓN CENTRAL. La región volcánica central comienza proximalmente en el grado 31 con el volcán *Azufre* y termina á la altura del 41 con el *Tronador*. Sabemos que orográficamente ésta región es bien conocida. La constituyen tres cordones montañosos; el más alto y *occidental* es de constitución más moderna que los otros dos; el *central*, que corre paralelo á el y que se corta en diversos puntos; por último el cordón *oriental* que forma un arco á ambos y con los cuales se une en la región volcánica de *Payen*; el último cordón es el de formación más antigua.

Los principales volcanes de esta región estan situados en el cordón más occidental. Pocos y de escasa importancia se hallan en los cordones orientales.

Hauthal señala 40 volcanes en la región central, de los cuales el más oriental es el grupo de *San Rafael* y *Diamante*, ubicados ya fuera de la cordillera; no en plena pampa, como dice Hauthal, sinó en las ondulaciones que rodean al pueblo de San Rafael. El volcán de este nombre me es conocido; su cono no se eleva á más de 100 metros; su cráter está completamente destruido, y el mismo cerro, hasta la forma de tal ha perdido. Parece que se trata de un volcán antiquísimo, porqué en la región no se conserva memoria de su ninguna actividad en el pasado. Examinemos los más importantes:

El alineamiento del *Azufre*, *Mercedario*, *Aconcagua*, *Juncal* y *La Plata* que corre de N. á S. E., forman en este extremo los tres últimos un triángulo, á poca distancia uno de otro. Son montes volcánicos por su constitución geológica; no conozco ningún autor que haga mención de erupciones de esos volcanes.

Más al sur, el alineamiento de los volcanes *San José* y *Maypo*. Este último, según Pissis, consta de 4 conos volcánicos. El *Tupungato* es una elevada montaña con nieves perpetuas.

Al O. de la laguna del Diamante ubica Hauthal el volcán *Cauquenes*; pero esto no es propiamente un volcán sino una región con rastros volcánicos, situada cerca de Rancagua.

Algunos de los que forman el alineamiento de N. E. á S. O. y constituído por el *Tiguirica*, *Planchón*, *Peteroa*, *Descabezado Chico*, *Descabezado Grande* y *Azul*, se hallan en estado solfatárico, como el primero y tercero de los nombrados. *El Peteroa* tiene un cráter de 3 kilómetros de ancho. *El Descabezado Grande*, según

Pissis fué el primer volcán que se formó en el cordón occidental. *El Azul* erupió por última vez en 1847.

Al S. E. del *Azul* y rectamente al sur de la cuenca lacustre de Malhaue está situado el grupo volcánico del *Payen*, que es el principal de este grupo con 3600 metros de altura.

Otro alineamiento empieza al S. O. de la laguna Maule, se continúa hacia el sur con los volcanes *Yeguas* (de doble cráter) y grupo de *Chillan* formado por los volcanes *Nevado* y *Volcán Viejo*, célebre por sus fuentes termales. El primero tuvo su última erupción en 1861; tres años después entró de nuevo en erupción por varios meses. Durante la erupción de 1861 las lavas se precipitaron por espacio de dos meses en el valle de Santa Gertrudis; las aguas del Nuble se calentaron al extremo de morir los peces. En ese lapso de tiempo ofreció raros fenómenos de luz y de fuerza. En el mismo alineamiento, *Antuco*, en el extremo del valle de las Lajas; hermoso cono que también entró en erupción en 1861. Arroja continuamente vapor de agua. Por último *Collaqui*, *Trilope*, *Lonquimay* y *Llai Mus*; este último digno de ser recordado porqué en la erupción de 1864 despidió una columna de humo de una altura doble á la de su cono es decir de 5.500 metros. Más al sur aún, encontramos al *Villarica*, *Quetropillan*, *Osorno*, *Calbuco*, y al *Tronador* al occidente del Nahuel Huapí.

REGIÓN PATAGÓNICA. — El encadenamiento que se continúa al sur del Lago Nahuel-Huapí, es el que contiene mayor número de volcanes. Su límite norte es el límite sur de la región central.

Estos volcanes, como los de la sección norte se presentan alineados y casi todos estan en territorio chileno.

Los principales son: *Michi Mahuida*, *Corcobado*, *Yanteles* y *Máca*.

Frente á Viedma, el Dr. Francisco P. Moreno ha creído que existen volcanes apagados, en lo que constituye el grupo de Fitz-Roy; esto no ha podido comprobarse. Hauthal no menciona ningún cerro en ese monte. Lo que si parece comprobado, es que al sur del grado 44 no existe señal cierta de volcanes, aun cuando algunos autores afirman lo contrario. Hay lacolitos (volcanes abortados) lo que tal vez ha creado la confusión.

En la parte oriental de la Patagonia, cerca de la costa, existen grupos de viejísimos volcanes desmoronados y apagados; de tal carácter son los situados al N. del Cabo Vírgenes.

FLORENCIO CÉSAR GONZÁLEZ.

---

## UNA LOA LIMEÑA DEL SIGLO XVIII

---

Sonaban las tres, las graves campanas de nuestra iglesia metropolitana, con ese sonido místico, melancólico que tanto conoce todo buen limeño y que despierta alrededor de las iglesias todo el pasado colonial, cuando procesionalmente descendía la escalera descansada y amplia de la casa de los arzobispos, bariendo suavemente los tendidos escalones con la cola de su larga capa morada, el caballero DON JOSÉ ANTONIO GUTIÉRREZ DE SEVALLOS (1), duodécimo arzobispo de Lima. Era uno de aquellos días luminosos y alegres del estío; era el 3 de Febrero del año de 1744, día de sol y de límpido cielo de transparente azul, que bañaba en luz las torres de la catedral y que prestaba su fuego á los viejos y puros bronces de las campanas en ese instante más bulliciosas que antes, tal vez porque ya les respondían con sus sonidos argentinos ó roncós, sus buenas hermanas moradoras de otros campanarios que surgen aquí y allá de entre los gallineros, las ventanas teatinas y las blancas hileras de ropas tendidas, como para romper la monotonía de la alta perspectiva de nuestra muy noble ciudad. En el patio solitario y fresco, iluminado por el sol y al pie de la última grada de la señorial escalera, esperaba hacia ya rato, la calesa arzobispal. De tarde en tarde abando-

---

(1) «Discrepan los autores que tenemos á la vista en la ortografía del apellido de este prelado; escribelo Zevallos, monseñor García Sanz; Cevallos, el Dr. D. José Manuel Bermudez en sus «Antigüedades de esta Santa Iglesia Metropolitana de los Reyes (1815). M. S. Bibliot. Nac.) y el general Mendiburu en su Diccionario; y Cevallos, Córdova y Urrutia en sus «Noticias Históricas y Estadísticas sobre Lima», «Galería de retratos de los arzobispos de Lima» (1541-1891). Texto por J. A. de Lavalle y Arias de Saavedra. En la introducción y loa se escribe Sevallos, razón por la cual conservamos así el nombre al estudiar este documento.

naba aquella carroza de gala, dorada como un altar, coloreada y noble como un escudo de armas, la obscura cochera en que dormía. Cochero y paje de peluca y librea daban la última mano á los arneses y quitaban el polvo á los cristales de aquel sagrado relicario.

Al Seminario—dijo solemnemente el reverendísimo señor de Sevallos al arzobispal calesero, poniendo en el cómodo estribo un pie cuidadosamente calzado con zapato negro de luciente charol y hebilla de oro. Inclínose grandemente la colgante calesa, metióse en ella, acomodó cuidadosamente sus amplias vestiduras y quedó nuestro arzobispo como en una vitrina confortable y digna. Con su ilustrísima dentro, con su perfume evocador de viejos cofres y de cajas de sándalo guardadoras de pasados secretos, crugiendo con tristeza, arrancó perezosamente el carro-mato por la rampa que va de la escalera á la puerta del palacio arzobispal, que hoy, Fabio, ¡oh dolor! ni es arzobispal, ni es palacio, ni tiene calesas y en cuyos rincones tranquilos y en cuyas cocheras vacías sólo habitan laboriosas arañas hiladoras de encajes.

Dando grandes tumbos, ya por lo grande de las piedras del pavimento, ya por los salientes remaches de sus ruedas, complaciente y manso, llegó el ex-inquisidor de Cartagena al secular caserón en que fundara el Seminario, Toribio el santo limeño, para gloria de Santo Tomás y como quieto asilo de las larvas que crecen alimentándose con la Summa del angélico doctor de Aquino.

Fundó Santo Toribio el Seminario en lugar próximo á su palacio para poderle vigilar y dirigir y en un barrio venerable y sagrado de esta ciudad conventual. A la sombra de las torres sonoras de la metropolitana anida una capilla: el Sagrario y junto á la capilla, comunicándose con la iglesia madre, por pasillos y patios frescos y risueños, en que florecieron jazmines y naranjos, está la casa de los arzobispos. En la calle que voltea del Arzobispo, llamada del Seminario de Santo Toribio y en la acera derecha, en una finca de corredores espaciosos de aspecto de abadía ó casa parroquial, estaba el Seminario; hoy se componen y revenden en dicha morada los muebles que son despojo del tiempo y de la moda; también antes había en ella despojos que tales eran

los segundones y los hijos menores á quienes el mayorazgo dejaba pobres y encontraban en la vida eclesiástica comodidad, ocio, porvenir risueño y tranquilo; también entonces se componían ó se pretendía componer almas en esos lugares en que hoy se componen muebles. Lo que va de ayer á hoy! Los muebles si que han cambiado; allí donde otrora estaban los grandes sillones de vaqueta obscura, tachonados de cobre, los largos sofás en que reposaban los maestros y en que se durmieron tantas siestas, se hacen hoy endebles é incómodos muebles de nuevo estilo. Dejemos estas tristezas. La calle del Seminario une la manzana arzobispal con el vastísimo convento de San Francisco, con su templo admirable y su cementerio desaparecido y hasta cuentan que San Francisco estaba unido con el convento de San Pedro de los jesuitas por un largo y obscuro subterráneo.

En aquel barrio místico advertíase el día á que estas líneas se refieren, desusada animación. Celebrábase en el real Seminario la feliz llegada de las bulas pontificias del Ilustrísimo señor doctor don Joseph de Sevallos, el Caballero, y había comedia y había loa. Había también gran número de curiosos á las puertas, que la novelería limeña no es sólo de estos tiempos. El desfile de casacas y tricornos y golillas, de priores y de frailes de todos los hábitos, daba vida á la calle. Una hilera de calezas esperaba á la sombra á sus dueños y regalaban la vista con sus colores, sus escudos dorados, sus forros de seda blanca y azul, sus grandes y lucientes lunas, sus enormes ruedas rojas, tan distintas de los coches severos de estos días untados de funerario barniz.

DON JOSÉ ANTONIO DE MENDOZA CAAMAÑO Y SOTOMAYOR, uno de los más inútiles avaros (1) de nuestros virreyes, había acudido con albisima peluca y su más recamada casaca á solemnizar el acto, que aún cuando en eterna pugna arzobispos y virreyes, el ceremonial y la etiqueta los unían en las festividades. La Real

---

(1) El marqués de Villagarcía economizó en los diez años de su gobierno 216 mil seis cientos cincuenta y siete pesos de plata gruesa del cuño de Lima, que dejó á D. Pedro Bravo de Lagunas á fin de que se los remitiese á España.

Audiencia estaba ya reunida y con ella gran parte de la nobleza limeña. En esto llegó la calesa del agasajado.

Y ya que tenemos, bien que mal, el escenario vamos á la escena, que es lo que nos interesa. Representábase aquel día la comedia de Calderón «Lances de amor y de fortuna», según lo reza la loa que le sirvió de introducción, en la cual Numa en persona dice:

Esperad; que aún no se ha dicho  
con que candente festejo  
nuestros júbilos explican  
la gratitud del obsequio  
en su cómica armonía.

APOLLO.— Con en que el docto D. Pedro  
Calderón, Fénix del Pindo,  
remontó en sutil ingenio  
de su celebrada pluma,  
cuyo título aplaudido,  
los siempre inmortales vuelos;  
nos ha ofrecido discreto,  
Lances de amor y fortuna  
para nuestro desempeño.

NUMA.— Pues empiecen ya las voces  
á dirigir el torneo.

(Toman luces y al compás de la música se da principio al sarao).

Así en el Seminario, como en esas comedias que aún hoy se improvisan en las distribuciones de premios de los colegios, sonaron en Lima del siglo XVIII los versos de Calderón y en aquel sagrado recinto vivieron por un rato, aquellos buenos hispanos, la vida de Barcelona en donde la escena pasa.

Ya desde aquí la ilustre Barcelona  
Se mira opuesta á la celeste lumbre,  
Pues á la luz del alba se corona,  
Opuesta al ceño de una y otra cumbre.  
El mar, que sus extremos aprisiona,  
Mucha prisión da á mucha pesadumbre

Cuando en su terso espejo nos retrata  
La luna de zafir ceñida en plata (1).

Mas tornando á la introducción y á la loa limeña que sirvieron de exordio á la comedia calderoniana, preciso es confesar que lo que imprime un sello repugnante á estas composiciones representadas ó recitadas á la entrada de los virreyes y arzobispos y publicadas con el nombre de selvas, florestas ó ramilletes, es la adulación y el servilismo cortesano tan arraigados en estas comarcas, que aún superviven. Somos parcos, tacaños en el elogio franco, más cuando á él llegamos por apasionamiento ó conveniencia somos desmedidos ó hiperbólicos; endiosamos tristes medianías y todos se vuelven distinguidos y talentosos y sus artículos y sus lecciones ó sus discursos son muy buenos y muy notables. Este vicio estimulador de vanidades y que secundado por la repetición indiscutida han hecho de pobres seres, hombres superiores y capaces, es viejo, muy viejo y aparece con inmenso y educador relieve en esta antigua loa. El sapientísimo doctor don Francisco Izquierdo Roldán, rector por aquellos días del Seminario y Catedrático de Lengua de la Real Universidad, declara al festejado señor de Cevallos que imprime la loa porque «siempre conviene que se estampen en el papel sus heroicidades como ejemplo, para imprimirse en la tela de nuestros corazones como imitación» y que sus soberanos timbres son tan inmensos que demandan todas las esferas de la elocuencia «y cuando parece se han decantado todas, siempre se resta algo más que decir; que es lo mismo que contempla el Psalmista Rey en Dios al Salmo 70 «Adicium super omnem laudem tuam»; palabras que parecen contradictorias y que en ellas se paraliza su sagrada pluma; porque si sobre todas las alabanzas de Dios ha de añadir otras (como promete) luego no eran todas; porque sobre lo que es todo no puede añadirse más: pero aunque parece inaccesible paradoja, no es sino constante verdad; porque son tan inmensurables las excelencias de Dios y de los Prelados

---

(1) Escena VIII. Jornada segunda. Lances de Amor y de Fortuna. Biblioteca Rivadeneyra, pág. 43.

(que gozan por participación tan soberano paralelo) que cuando parece que se han ponderado todas, siempre se restan otras muchas que añadir á la integridad del elogio». Y el buen Roldán, el serio rector adoraba las loas y pretendía justificar su triste adulación; para él esta Obra (por antonomasia) Loa, es entre todas las elucubraciones del discurso á la que por excelencia le compete loar del obsequiado objeto de los blasones; tiene más licencia que otras para elogiar, sin que pueda aparecer adulación el encomio que es propio carácter de su entidad. Y más cuando se trata de Bulas Pontificias porque entonces ¡oh adorable Izquierdo rector!, el mayor encarecimiento no es sino moderación; y la mayor retórica no es hipérbole sino realidad.

He leído esta loa en uno de mis solitarios paseos matinales á la sombra de un jacarandá en una senda perdida y sola. Volvía ya el día y el sol se nimbaba con sus rayos aureos y cálidos la serranía lejana. Por entre unas hiedras oscuras que trepan por un terroso muro revolotean varias mariposas blancas, alegres con la luz y con la vida, beben los brillantes que el rocío ha dejado sobre las hojas y se perciben en sus afanes de un amor tan aereo é inmaterial como sus alas. ¡Cómo pudieran ser nuestros amores como los de las mariposas leves, que no como aquellos idios idilios que protegía Venus en las selvas umbrías! En una fuente obscurecida por la sombra de los sauces y cuyos cristales no rompe la brisa, unos gorriones juguetones revolotean rozando levemente con las alas el limpio espejo de las aguas. En un pozo vecino una moza lavaba un cántaro y en la pradera verde, perfumada con el aroma de las flores, de los pastos frescos, de la tierra humedecida y fecunda, pacía un ganado.

Camilo, el pastor, que es ya mi amigo y á quien encanta la botonadura dorada del chaleco, estudia un aire en su flauta para que bailen sus hermanas que son «pallas» en una cuadrilla que sale allá por la pascua. Y lo mejor, y lo que más me encanta, es una burra blanca, muy blanca, hermana debe ser de aquella otra que en la aldea próxima conduce al Dios hijo en el día de Ramos; ésta, solo se preocupa de acariciar mansamente á un asno niño, su tiernísimo hijo. Si, esta senda y esta hiedra nido de mariposas, esta fuente y esta pradera tienen inmensamente más poesía que aquellas hojas amarillentas en que tan monótonamen-

te hablan Numa y Apolo. Prefiero el idilio de la burra blanca á la loa del señor arzobispo. Me encanta más la linda sencillez de Camilo el pastor que el clasicismo trasnochado del licenciado Félix de Alarcón, autor de tal engendro. Que engendro es, por ventura, turbar la calma radiosa del Olimpo, llamando á Apolo y á Minerva, á Neptuno y á Clío, á Quirino y á Numa, y á Doris y á Galatea para balbucear en monótonos octosílabos las muy pasmosas hazañas del arzobispo Cevallos.

Introducción, loa y comedia deben tener cierta unidad estética, cierta relación en cuanto al asunto y á los personajes. Así la loa (1) que Calderón escribió para su comedia «Los tres Mayores prodigios» y en la cual figuran, según el gusto de la época, las ninfas Pales y Flora, Hércules, Sanson y Teseo, exponía el argumento de la comedia:

Que esto hizo la antigüedad  
En sus fiestas muchas veces,  
Escuchad pues su argumento,  
Antes que se represente.

No sucede así en la «introducción» de la loa limeña del licenciado Alarcón que forma un híbrido conjunto con la loa y los españoles é «indios vilelas»; todo el Olimpo Helénico figura en «Lances de Amor y de Fortuna»; En ella viven y hablan soldados la loa, mientras que los de la comedia son tipos genuinos del siglo XVII. Es el más abigarrado y heterogéneo conjunto que se puede soñar; en él hay dejo serrano, armonías griegas, lealtad y amor hispanos. La introducción consiste en una lucha y discusión entre un soldado español que impide la entrada á dos indígenas que pugnan por ver al arzobispo.

IND. I.—Dijanos intrar qui emporta  
Qui me señor arzobispo  
Nos vea.

---

(1) En la colección Hartzembusch de la Bibliot. Rivadeneyra. 1851, t. I, pág. 264.

SOLD. —Muy linda loa,  
 Para principiar la fiesta  
 Fuera mostrarle esta droga;  
 Ea, salid.

Los indios llaman al soldado «Señor Veracocha» y resulta que quieren entrar á rendir homenaje al ilustrísimo Cevallos porque son los Vilelas, indios del Tucumán, á quienes redujo y obligó á vivir en sociedad formando al efecto una población que se llamó San Juan de los Vilelas.

Somos en fin, los velelas  
 Quenes debemos el glorea  
 Di qui á la loz nos traese  
 Sacándonos de las sombras  
 Con so plata, con so anillo,  
 Con so piedá, so pirsona  
 Llinándonos de socorros  
 Careños y tantas cosas,  
 Qui no poide noistra loinga  
 Como la toya Ispañoia  
 Esplecar

Como tocasen ya los instrumentos (estromintos, dice la loa), el soldado accede y les deja entrar:

que en esto de introducciones  
 oy la presente tan sola  
 por preescindir de puñetes  
 no acaba como las otras.

Por lo dicho las otras introducciones acababan á golpes, supongo que eran como una de esas escenas de títeres, en que tan maestro fué nuestro Valdivieso; aún esta tiene mucho de ellas. ¡Qué loa, señor, qué loa! ¡Qué paganismo! Apolo y Minerva dejan de ser los dioses serenos de la Hélade para tornarse en esos figurones risibles, goyescos, que adornan nuestras iglesias.

¡Qué falta de frescura y de naturalidad! Esa poesía muerta se parece á aquellos horribles ramos de flores de mano rígidos y sin vida. Es una de esas joyas antiguas complicadas, curiosas pero de mal gusto, reveladoras de las escenas y de las tendencias artísticas de ese momento lejano en que se huía sistemáticamente de la vida y del modelo natural, en que reinaba el amaneramiento, la hinchazón, el conceptismo; en que Churriguera, Góngora, Marini dirigían el arte; en que triunfa el barroquismo. Todo esto lo tuvimos en la Colonia, exagerado, aumentado por el espíritu criollo. ¿Por qué ir á resurrecciones imposibles de un paganismo incomprendido cuando la vida colonial ofrecía al arte modelos y situaciones originales? La Colonia tuvo un tipo lleno de poesía y de encanto en la saya y manto, tuvo sus amores trágicos, sus lances y aventuras al pie de los balcones moriscos y de las rejas tupidas y floridas, en una calle silente á la mala luz de un candil; tuvo su época caballeresca que invita á la comedia histórica de capa y espada; sus dramas y sus conflictos entre la sangre azul y la belleza criolla; tuvo sus místicos que inspiran autos y loas, Toribio el Santo, Rosa de Lima, Martín de Porres, Juan Masías; tuvo torturas inquisitoriales (de ellas sacó Victoriano Sardou uno de sus dramas más intensos: «La Sorcière») é intrigas palaciegas. Pero más que la vida, sus escenas y sus tipos puede la imitación á veces salvadora, muchas otras funestas y el arte colonial fué el arte de imitación, fué planta trasplantada de un jardín enfermo y á la que la fecundidad americana solo pudo modificar levemente. Era la época del culteranismo, del conceptismo, de las recónditas agudezas; eran los tristes días en que Artiaga escribía su comedia «La Gridonia ó cielo de amor vengado», en que Alonso Bonilla daba á la estampa su «Nuevo jardín de flores divinas, en que se hallará variedad de peregrinos pensamientos»; en que Francisco Manuel de Melo componía «Las tres musas del Melodino». En las carabelas y en los galeones vinieron con los hispanos, junto con el buen arte de Lope y de Calderón, con los lienzos de Murillo y de Velásquez, el alambicamiento y el conceptismo y se escribieron entonces esas nunca bien apreciadas coronas fúnebres llamadas «Parentación real, luctuosa pompa y suntuoso cenotafio» . . . ó «Puntual descripción, fúnebre lamento y suntuoso túmulo de la regia doliente pompa» . . .

El Parnaso, supongo que también en carabela, como Neptuno y sus Nereidas no hayan recurrido á otro artificio, se había trasladado á la Colonia. Hasta 1824 en el telón del teatro de Lima, veíase pintado el Parnaso y el conde de las Torres, había escrito en él esta octava reveladora del gusto del autor y del público.

Útiles de este Pindo refulgente  
 Son auxilio á hospitalica indigencia  
 Que Apolo como médico excelente  
 Si aquí da el metro, allá la Providencia.  
 Mi farsa es una acción grave y decente  
 De hermosa política é influencia,  
 Y el que otro vicio hallare en el que inflama  
 Aproveche la luz, deje la llama.

No era extraño que en una edad en que se ascendía hasta el Troyano Priamo buscando el linaje del padre mercedario Ponce de León, en que un árbol genealógico de mi familia me asigna como ilustre antecesor á Hércules, el de los trabajos, al hijo esforzado de Júpiter y de Alcmena (¡Cómo ha venido á menos la fuerza de la estirpe!), se hiciese descender á los sagrados dioses del Olimpo olvidado, á la sala del Seminario, y hacerles luchar y dividirse como en tiempos mejores por Griegos y Troyanos, por cantar las hazañas del caballero de Sevallos. Y ¡qué magnas hazañas, qué santas, que portentosas! Pues que su Itma «pasó diferentes ríos y pantanos en un cuero de vaca, tirado de indios con una sogá».

Dexo por no dilatarme,  
 El terror de los caminos,  
 los riesgos, las arduidades;  
 pues los sitios pantanosos,  
 que al Horizonte se esparcen  
 surcados en piel indócil,  
 al tiro de cuerda frágil.

Un día la «Fortuna instable» le quebró el coche y no pudo desayunarse hasta las seis de la tarde. Dignísimo arzobispo

gran esfuerzo es el vuestro, más para evitar vanidades, si es que aun podeis tenerlas, permitid que os recuerde que Cervantes el día que dió al Quijote la última plumada ni aun á esa hora pudo desayunarse y no por habersele quebrado la calesa sino por la ingratitud y la injusticia de los hombres. Y así continúa el autor dando cuenta de otros hechos y otras obras «que en esta corte ha dirigido su rara Sindérisis y singular comprensión»: elevó los arcos del claustro del Seminario, le construyó «suntuosas escaleras que lo ilustran y amplían».

.....

Más es tan difícil ser sencillo y original en estos tiempos. Sería necesario para ello ser como Camilo el pastor de la flauta, ó barrer como lo pides Eça amigo, los detritus de veinte siglos de literatura para volver á la perdida virginidad. Será necesario olvidar todos los lugares comunes, las frases hechas, toda la «infección de trivialidad» que depositan en nuestros espíritus la vida y el periódico, el folleto y el libro. Para ello, adorable Eça, no encuentro otro remedio que el que propones: la renovación del espíritu de Adán por medio de una tónica residencia en Patagonia ú Hotentotia que le quite el polvo y la inmundicia de tantos años de mala literatura.

Esta loa que es símbolo del espíritu de la época y una curiosidad histórica, tiene también su interés bibliográfico, no solo por sus raras viñetas, por el tipo de sus letras y su distribución, sino sobre todo por no estar catalogada. Se trata de un raro ejemplar desconocido (1). Está impreso en Lima, en la calle de Mercaderes en el año de 1744. José Toribio Medina, el bibliógrafo más laborioso y más vasto de América, á la par que el más altruista, no consigna esta pieza en el año de 1744 de su admirable obra, tan desconocida entre nosotros: «La Imprenta en Lima», que comprende desde el año 1584 hasta el 1824. (Santiago MCMIV-I. II. Números 948 á 959) (2).

---

(1) Pertenece este raro ejemplar á una valiosa colección de documentos que posee D. Carlos Mackehenie, espíritu artista y culto consagrado al estudio de nuestra historia.

(2) Consigna si en el número 942 una «Breve relación del aplauso con que esta ciudad de Lima ha celebrado la llegada de las Bulas Originales de

Teniendo por mausoleo la catedral magestuosa y sonora, en su bóveda oscura, lóbrega, en su tumba de mármol, duerme santamente el caballero de Sevallos el inmenso sueño del olvido y del misterio. Allí reposa sus hazañas y sus agitaciones aquel de quien dijo maliciosamente Villarroel que «tenía muchas ayudas de costa para errar en el punto; ser muy caballero, muy rico, muy reciente prelado con su punta de colérico» (7), aquel por quien el licenciado Alarcón turbó la paz serena del Olimpo, en medio de la cual Júpiter creaba divinamente la Regla y el Orden, por quien despobló la Acrópolis altar de la ciudad, pedestal de los dioses, dejándola sola abandonada en lo alto de la colina, entre el cielo azul y haciendo salir de entre sus capitales y sus frisos rotos las augustas sombras de los dioses paganos para hacerlos declamar como muñecos en esta peregrina loa.

JUAN BAUTISTA DE LAVALLE.

---

su Arzobispado el Itmo. señor D. Joseph Antonio de Cevallos el Cavallero... » etc.

(7) Fr. Gaspar de Villarroel. «Gobierno Eclesiástico», tomo II, pág. 54.

# LA REPUBLICA DEL PARAGUAY

---

(IMPRESIONES Y COMENTARIOS)

## II.

### POR EL RÍO Y POR LA HISTORIA

Entramos en el río Paraguay, quedando á nuestra derecha el Paraná: allí mismo, en la unión de los dos grandes ríos, el Paraná deja su curso de oriente á occidente para seguir la dirección en que baja el Paraguay, hacia el Sur. Desde la confluencia con el Paraguay, río arriba el Paraná, es para los geógrafos Paraná Medio y sirve de límite natural y político entre la Argentina, provincia de Corrientes y en parte Misiones, y el Paraguay; hacia villa Encarnación, el Paraná viene inclinándose en general del Norte á Sur. Su nacimiento está en tierra del Brasil, sierra del Espinhazo; por todo el trayecto de su primer trozo llámanle Alto Paraná; en él se halla el salto de la Guayra, de tres kilómetros de ancho y 17 metros de altura; el Paraná tiene, en total, hasta el Plata, un recorrido de unos 4.700 kilómetros; como 700 menos que el Amazonas y unos 700 más que el Volga.

El Paraguay es el más importante afluente del Paraná; su extensión es de 1.500 kilómetros, su ancho medio (por los territorios paraguayos), de unos 400 metros; su profundidad, de cuatro á cinco; viene de *As Sete Lagoas* del Estado de Matto-Groso, en el Brasil, formando al principio, antes de verter en los pantanos de los Jarayes, dos brazos principales ó ríos Cuyabá y Paraguay-Mi; antes de los pantanos, misteriosos un tiempo . . . las aguas que

constituirán luego el Paraguay van del Noroeste á Suroeste, á partir de allí el gran río marcha de Norte á Sur.

El río Paraguay ofrece un aspecto harto distinto del que presenta el Paraná en su región inferior: es *más río*, quiero decir, tiene un curso y una marcha más definidos, más determinados y encajonados en márgenes bien distintas y constantes; no se pierde tan libre en llanadas inmensas.

Este Paraguay debió atraer con especial fuerza la atención de las gentes, y realmente por él, por su curso penetró la acción curiosa é inquieta de las de los tiempos heroicos. El curso del río era naturalmente el más excitante llamamiento á la penetración. Y el Paraguay tenía su leyenda atractiva, que los historiadores recogen.

«Paraguay—escribía el P. Lozano, cronista de la provincia de Tucumán—quiere decir río coronado en la lengua de los guaranis, que es la nación principal de la provincia de este nombre, derivado de la dicción *y* que significa río y *Paragua*, que es corona de plumas, por las muchas que usaban los indios que pueblan sus márgenes (1). Su nacimiento es totalmente incógnito, porque aunque algunos ponen sus fuentes en el lago de los Xarayes, que tiene 10 leguas de ancho y 100 de largo, en distancia de 300 de la ciudad de la Asunción, capital de la provincia del Paraguay, con todo eso, según consta de la Argentina, los españoles navegaron 60 leguas más adelante de los Xarayes, por el mismo río Paraguay, y escribe el mismo autor, que aunque el resto no lo anduvieron los primeros conquistadores, se entendía iba á dar á la célebre laguna de Dorado, de que tanta memoria hay en la historia de las Indias. A la cual presunción coadyuva otra reciente noticia que dió un español llamado Juan García, natural de la Asunción. Este estuvo muchos años cautivo entre los infieles payaguás, que trajinan de continuo todo este río; y saliendo de su cautiverio en los primeros años de este siglo, refería muchas veces en la Asunción cómo había navegado en com-

---

(1) No es unánime la opinión de los historiadores sobre el origen del nombre Paraguay. Estímase por algunos que viene de *Payagua-i*. Agua de la Payaguás; así llamaban á la región los carios, habitantes de la costa occidental en la época del descubrimiento.

pañía de los payaguás por el río arriba, y habiendo pasado el gran lago de los Xarayes, llegaron á una gran serranía, por debajo de la cual corría el río Paraguay, y que valiéndose de luces, por la obscuridad de aquellas tenebrosas y dilatadas bóvedas, como por defenderse contra unos disformes murciélagos, á que llaman los indios *andirás*, que, ocultos en aquel paraje, acometen á los hombres, atravesando en tres días aquella admirable fuente, y salieron á la otra banda; allí, navegando río arriba, llegaron á un lago inmenso, cuyo fin no pudieron registrar y desde donde se volvieron atravesando otra vez por debajo de la serranía (1). «Ello—sigue el padre—refirió aquel cautivo, que si es verdad, es cosa maravillosa, y prueba va el río Paraguay hasta la laguna del Dorado, pues todos ponen su situación hacia aquellos parajes» (2).

Tiene el Paraguay, hoy tan difinido, limitado, y caído, una gran historia, tan colosal como su naturaleza; llena de leyendas, cuajada de heroísmo y de tristezas, y aun éstas, también heroicas muchas veces. En la conquista de esta parte de América es el Paraguay el nombre más importante quizá, el de mayor significación un momento, y su río, el camino por donde quiere cuajar aquel soberbio imperio colonial, que acaso se asienta desde el primer instante con una orientación equivocada, merced á atracciones de leyenda, de ambición, de conquista, de riqueza.

Y probablemente no podía ser de otra manera.

En rigor, casi toda la epopeya del descubrimiento de América se realizó, como era posible, á saltos, por casualidad, persiguiendo mil veces objetivos imposibles ó equivocados y distintos de los que luego se logran. Las expediciones que realizan el descubrimiento del Plata, con Solís, van en busca de paso hacia el Sur «que condujese al codiciado comercio de la Especería» (3). Descubierta el mar del Sur por Núñez de Balboa, la preocupación

---

(1) *Descripcion Chorographica del terreno, rios, árboles y Animales... del gran Chaco. Gualamba...* por el Padre Pedro Lozano. Córdoba, 1733, págs. 19-20.

(2) Ob. cit., pág. 20.

(3) Garay: *Historia del Paraguay* (1896, Madrid), págs. 3 y 4.

principal del Rey era descubrirle una comunicación con el del Norte. La muerte trágica de Solís, en el río de su nombre, luego el Plata, retrajo á las gentes de acudir hacia aquel lado. Fué en 3 de Abril de 1526 cuando Gaboto, el genovés ó veneciano, al servicio de Carlos V salía de San Lúcar, con cuatro embarcaciones, tres de ellas proporcionadas por la Corona (la *Capitana*, la *Santa María del Espinar* y la *Trinidad*) y armada la otra por Miguel Rufis, confidente de Gaboto, «Sebastián Gaboto, ó Cabot, veneciano—escribe P. Charlevoix—que en 1496 había descubierto en compañía de su padre y sus hermanos la isla de Terranova y una parte del continente cercano, estando al servicio del Rey de Inglaterra Enrique VII, al verse desatendido de los ingleses. . . pasó á España, donde la fama que tenía de ser habilísimo navegante hizo que obtuviera el empleo de piloto mayor de Castilla. El famoso navio *La Victoria*, único de la flota de Magallanes que regresó á España y el primero que dió la vuelta al mundo, acababa de traer de las Molucas especería y otros géneros preciosos. Los negociantes de Sevilla comprometieron á Gaboto á conducir allí una expedición, encargándose ellos de los gastos. Consintió él, mas como no se contentaba con estar únicamente al servicio de una Compañía de comercio, quiso tener comisión del Emperador, y habiéndose dirigido á Madrid, hizo con Carlos V una capitulación que se firmó á 4 de Marzo de 1525. Contenía en substancia que Gaboto iría al frente de una escuadra de cuatro navíos en calidad de Capitán general y Martín Méndez, que había sido Tesorero de la escuadra de Magallanes y regresado en la nave *Victoria*, sería su teniente; que pasaría el Estrecho, iría en seguida á las Molucas, de donde navegaría á descubrir el *Tarsis*, el *Ofir* y el *Cipango*, que se creía ser el Japón, cargando allí sus naves de oro y plata y de todas cuantas preciosidades tienen aquellos países» (1).

Gaboto no fué al Estrecho; «llegado á la entrada de la bahía en que desagua el que entonces se denominaba río de Solís, resolvió no pasar más adelante, así por no tener suficientes víveres para pasar el Estrecho de Magallanes, como porque su

---

(1) Ob. cit., págs. 58-59.

tripulación empezaba á amotinarse» (1); exploró el río, penetró primero en Uruguay que conceptuó la corriente principal; reconocido el error, subió por el verdadero río principal, unas treinta leguas, levantando un fuerte, *Sancti-Spiritus*, en la boca de otro río—llamado por los españoles Río Tercero—ó *Carcarañá* (2). Dejó en el fuerte una guarnición, y él siguió el Paraná arriba hasta llegar á la confluencia de este gran río con el Paraguay. Gaboto siguió primero por el más ancho, el Paraná; pero «viendo que tiraba al Este, temió adelantarse demasiado hacia el Brasil, volvió á la confluencia y tomó Paraguay arriba» (3).

Allí, hacia las regiones donde nos encontrábamos, debió ser donde el navegante que conquistaba esta gran vía de penetración por el Continente americano, fué asaltado por los indios, quienes le mataron 25 hombres, haciéndole tres prisioneros. Gaboto tomó pronto la revancha, haciendo gran botín, que se cree procedía de Alejo García, asesinado por aquellos indios, pero que Gaboto estimó propio y originario de los indios mismos. Y parece tener el caso bastante importancia: «No dudó Gaboto que tanto oro y tanta plata provenía de las minas del país que andaba buscando, y vino á confirmarse en este juicio, porque, habiendo hecho alianza con otros indios á quienes el temor de sus armas ó el buen trato había impulsado á buscarlo por amigo, no solamente le proveyeron con abundancia de bastimentos, que empezaban á faltarle, sino que le trocaron barras de plata por mercaderías de España de poco valor. No dudando, pues, que había minas de plata en aquel país, dió al río Paraguay el nombre de Río de la Plata, que ha engañado á cuantos ignoraban el origen de semejante denominación».

Según Azara, hay en los relatos sobre Gaboto que se fundan en las referencias de Rui Díaz y del P. Lozano bastantes fábulas. «Rui Díaz— escribe Azara— y el P. Lozano dicen que Gaboto

---

(1) Charlevoix, pág. 60.

(2) V. Charlevoix, ob. cit. I, pág. 63; nota del P. Muriel: Charlevoix llama á ese río Zacaranna ó Zacarunn, Muriel, añade: «Ni uno ni otro, sino *Carcarañá*; nombre que formaron los españoles derivándolo de las aves de rapiña que se llaman *Caracaras*.

(3) Charlevoix, pág. 64.

subió navegando hasta que por los 25° 38' 38" de latitud en el sitio llamado de La Angostura, dieron los agaces una batalla naval con 300 canoas, logrando coger un botecillo en que iban Juan Fúster, Héctor de Acuña y Antonio Rodríguez. . . ; que después subió Gaboto hasta el sitio llamado la frontera, que está en los 25° 23' 30" de latitud, donde adquirió de los guaranis las piezas de plata y oro que envió al Rey con un agente. Y como aquellos países no producen metales, dice Rui Díaz que los trajo del Perú de modo que explica el portugués Alejo García, á quien mataron los guaranis robándole. Pero todo es increíble, porque el Diego García que encontró Gaboto saliendo del río Paraguay dice en su relación hecha al Rey, que Gaboto no pasó de los 27°; por consiguiente no pudo tener otra batalla que la de Ñembucú ni ver un indio guaraní en el río Paraguay. Tampoco despachó á sus agentes con las planchuelas de plata desde donde suponen, sino luego que llegó á Sancti-Spíritus, porque sólo así pudieron llegar á manos de S. M. antes del fin de Julio de 1527. . . (1).

Claro es que no se van á discutir ahora tan interesantes por menores, ni en estos *comentarios* se trata de hacer erudición, fácil después de todo, ni en rigor nos importa sutilizar sobre la exactitud de la historia; mas nos encanta en ella la vaguedad de la leyenda, la cual, además, nos pone en la corriente más central de la historia, que aquí nos indica, al parecer claramente, de qué suerte por las planchuelas de plata enviadas por Gaboto al Rey, se debió formar en España otra leyenda de un gran país de riquezas, de minas y de misterios, en la hermosa América paraguaya. Y la leyenda tejida en España quizá fué luego, muy pronto, la sugestión de esta otra americana, que tan fácilmente se descifra, pero que tan fácilmente se comprende, y que, así borrosa, como ella se nos ofrece, llena de encanto, de sublime encanto, el navegar por estos grandes ríos, nobles y solemnes, misteriosos aún; especialmente por el admirable Paraguay, que se desliza entre el Chaco desconocido en tantas partes, y las selvas paraguayas, frondosas, intrincadas, saturadas de rumores y de salvaje poesía.

La acción de la leyenda plateada influía sin duda en la Corte

---

(1) Ob. cit., II, págs. 21-22.

de España. «Instaba Gaboto — escribe Azara — á la Corte para que se le aprontasen los auxilios que tenía pedidos como necesarios á la continuación de sus descubrimientos; pero el Erario exhausto del Rey nada le podía facilitar. En esas circunstancias, incitado de las ponderaciones de Gaboto, se le metió en la cabeza á D. Pedro de Mendoza, Gentil hombre de Cámara de S. M. y mayorazgo rico de Guadix, hacer al Rey una propuesta ofreciendo terminar dichos descubrimientos (1)», bajo ciertas condiciones, entre las cuales figuraba la de abrir comunicaciones con el Perú. En esa expedición de Pedro de Mendoza fué, como es sabido, cuando se hizo la primera fundación de Buenos Aires, cerca del Riachuelo (2), y en ella, también, cuando, para cumplir la condición estipulada con el Rey, intentó Mendoza, con Ayolas, buscar, río arriba, una comunicación con el Perú. Sin duda, esta preocupación, animada por la sal de una leyenda dorada, es la que da la primera importancia, en la conquista y en los descubrimientos, al Paraguay; río arriba, el Dorado, río arriba el Perú. Alrededor de este núcleo legendario y llamativo, de estas atracciones, formóse el Paraguay ó Río de la Plata, que con ambos nombres se denominó en un principio la comarca, que, como dice Guevara, por tanta extensión de «linderos le concedió el título de Gigante de las provincias indias» (3).

Hubo, sin duda, atractivos ilusorios, incentivos extraños y fantásticos, que á veces, según nos cuenta el gran escritor, cultísimo escritor Manuel Domínguez, paraguayo insigne, se simbolizaban allá á fines del siglo xvi en una nebulosa *Tierra de los Césares ó Elelin*. Cuenta Domínguez, que en escritura datada en la Asunción el 23 de Febrero de 1586 el teniente gobernador Juan de Torres Navarrete, que fundara la ciudad de Concepción del Río Bermejo, resolvía emprender dos expediciones, una al Este hacia la Guayrá, y otra al Sudoeste, á la Tierra de los Césares ó Elelin, é iban hacia esta tierra «por tener bastante relación de la

---

(1) Ob. cit., II, pág. 31.

(2) Azara, II, pág. 38.

(3) Guevara: *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, libro I, part. 1.<sup>a</sup>

mucha copia de naturales que hay en la dicha parte para los atraer al gremio cristiano y á la obediencia de S. M., y otro sí por la gran noticia de riquezas que tienen los dichos naturales. . . con que se podrá ilustrar esta provincia, *pues cae en su distrito y jurisdicción. . .*»

Y ¿qué era — pregunta Domínguez — y dónde estaba la *Tierra de los Césares?* . . . No puedo seguirle en sus interesantes indagaciones para descubrir el rastro de la leyenda, «de aquel Dorado. . .» Las reúne en un párrafo que copia:

«Un país fabuloso — dice — fascinó á la gente del Río de la Plata. Recibió distintos nombres: se llamó en romance *Noticia, Conquista* y *Tierra de los Césares*, y en lengua indígena *Yungulo* y *Trapalanda*, identificándose en el Paraguay, con *Elelin*, corrupción de *Linlin*, fantasma fugitivo que ondulaba á veces hacia el valle de Calchaquí. En su existencia vagabunda y misteriosa se ubicó primero en Tucumán, después al Oeste, y en seguida al Sur, acabando por estamparse su nombre en mapas, en derredor de un lago, allá en la pobre y fría Patagonia ó tierra magallánica. La historia de esa *Tierra de los Césares* prueba una vez más la necesidad de una ilusión. La primera ilusión de los hombres de hierro del Río de la Plata fué la Sierra Argentina, escondida al Noroeste. Desvanecida esta esperanza la sustituyó *Paitití*, perdido en Mojos, entre brumas indecisas, en el Septentrión lejano, y cuando este Dorado también se evaporó, en lontananzas antárticas brilló la *Tierra de los Césares*, el último Dorado que cautivó la fantasía (1).»

Es curiosa la manera como Charlevoix describe la enorme extensión del Paraguay como río y como territorio. «. . . El río Paraguay, después de salir del lago de los Jarayes y de haber engrosado sus aguas con las de muchos otros ríos. . . se junta á los 27° con otro río que corre casi paralelamente á él. . . y al cual su anchura ha hecho dar el nombre de *Paraná*, que significa mar. Después de esta junta, el Paraguay, más profundo, pero no tan ancho (2), corre en dirección al Sud hasta los 34°, donde

(1) M. Domínguez: *Elelin*, «*La Tierra de los Césares*», I fol., Asunción, 1908.

(2) «Más profundo y más ancho, de modo que pierde el nombre y se llama Paraná», añade el traductor P. Hernández, en nota.

recibe... el Uruguay. Corre al Este-Sud-Este hasta el mar, donde desagua hacia los 35° con el nombre de *Río de la Plata*. Este nombre se da comúnmente al Paraná desde su unión con el Paraguay; y cuando la región que baña el Paraná en todo su curso no formaba más que una provincia misma, se llamaba Río de la Plata. Mas, si por un efecto del uso, del cual no sería fácil dar razón, al mezclar el río Paraguay sus aguas con las del Paraná, ha perdido, no sólo su propio nombre, sino también el de Río de la Plata, que se había dado por error... ha recibido, por otra parte, sobrada compensación con haberse introducido la costumbre (que tampoco es fácil saber en qué se funda) de designar con el nombre de Paraguay toda la inmensa extensión de países cuyos límites son, al Norte, el lago de los Jarayes, la provincia de Santa Cruz de la Sierra y la de los Charcas...; al Mediodía, el Estrecho de Magallanes; al Oriente, el Brasil, y al Occidente, el Perú y Chile» (1).

«¡Paraguay!—exclama Guevara—provincia de la América meridional: en tiempos antiguos hacía un cuerpo con el Río de la Plata y era gobernada en lo civil por una misma cabeza, y por otra en lo eclesiástico, cuya jurisdicción se extendía en cuanto al terreno, casi sin límites ni linderos que le ciñesen. Desde la embocadura del Río de la Plata, en 36° de latitud austral, se dilataba hasta el nacimiento del Paraguay, en 13° de latitud, señoreando á Oriente y Poniente multitud de gentes, parte sujetas voluntariamente, parte á fuerza de armas. Por la costa dominaba desde el cabo de Santa Maria hasta más allá de la Cananea, río de purísimas aguas que corta la cordillera áspera por donde corre, para restituir al mar copiosos raudales, en altura de poco más de 25°. Por el Norte se avecinaba á los confines del Perú, en cuyos contornos estableció una colonia, en el país de los trabasicosis, que llamamos chiquitos, sobre las márgenes de un arroyo, que llamamos Guepay. Al Occidente podía dilatarse, tirando hacia la cabecera del Pilcomayo y Bermejo, hasta los distritos rayanos del Perú. Por el Sur, desde el cabo Blanco, prolongaba sus términos hacia el Estrecho, dominando con los títulos de derecho y

---

(1) Charlevoix: ob. cit., págs. 26-27.

no con efectiva conquista, la provincia Magallica ó de los Patagones, hasta los contornos de Chile» (1).

¡Gran imperio el del Paraguay! él había de pesar quizá con cierta fuerza hasta en la psicología de alguno de sus ulteriores tiranos. Pero, en rigor, más era imperio teórico que dominación política efectiva. Muy bueno para sugerir delirios de grandezas y para atraer, con las preocupaciones de minas de oro y plata, de caminos llenos de abundantes criaderos de riquezas, en rigor era sólo una vasta extensión desconocida y en la cual poco á poco iban formando pequeños núcleos de arraigo, conquistadores temporales y espirituales, aventureros, á menudo héroes, siempre arriesgados y dominadores hasta un límite máximo. En la psicología de los primeros tiempos de la conquista, psicología de explorador y explotador, el centro de gravedad tenía que ser el Paraguay, el río y su margen; de allí era de donde se partía hacia el Perú, y por allí subió Ayolas (en 1536-1537), que luego llegó hasta las faldas de la cordillera peruana, encontrando su muerte á la vuelta en manos de los imbayas ó guanes y los payaguás y también Irala (1542 y 1548), y Núñez de Vaca (1543) y Ñuño de Chaves, etc., etc.

Pero, ni aún en aquellos tiempos de conquista fragmentaria y de dominación, á menudo, teórica, era imposible mantener en una sola dirección política tan vastos territorios, poblados de gentes que no siempre se sometían de buen grado y que constantemente guerreaban contra el invasor. La Asunción se encontraba amenazada de continuo por los indomables guaycurúes y payaguás, ¿cómo proteger con éxito poblaciones entre sí tan lejanas? La situación debió llegar á ser crítica; se hicieron diversas representaciones al Rey, y por fin el gobierno de Diego Marín Negrón y el Cabildo de Buenos Aires, en 1612, comisionaron al capitán D. Manuel de Frías, teniente gobernador y procurador general del Río de la Plata, para representar ante la Corte de España, y pedir la división del Gobierno, tan excesivamente extenso, en dos. Y el Rey dictó en 16 de Diciembre de 1617 la Real Cédula de división: «...he tenido por bien—decía—que

---

(1) *Historia* cit.

el dicho Gobierno se divida en dos, que el uno sea del Río de la Plata, agregándole las ciudades de la Trinidad, puerto de Santa María de Buenos Aires, la ciudad de Santa Fé, la de Corrientes y la ciudad de la Concepción del Río Bermejo; y el otro Gobierno se intitule de Guayrá, agregándole por cabeza de su Gobierno la ciudad de la Asunción del Paraguay y la de Villa Real, Villa Rica del Espíritu Santo y la ciudad de Santiago de Jerez.»

«Fué nombrado primer gobernador de la provincia del Guayrá — dice el malogrado historiador Garay— D. Manuel de Frías el 22 de Abril de 1618, y Hernandarias, que había cumplido con exceso su período, se retiró, después de poner en posesión á su sucesor, á la vida privada, y murió ejemplarmente en Santa Fé en 1634. . . (2)». Mas, á pesar de que la división ordenada en la Real Cédula de 16 de Diciembre se llevó á cabo en 1620, el nuevo gobernador de la provincia del Guayrá—que siguió conservando su primitivo nombre de Paraguay, sancionado por la costumbre y consagrado en posteriores documentos oficiales—no entró á ejercer su empleo hasta el 21 de Octubre de 1621» (2).

De esta manera se diferencia ya, en tiempos relativamente lejanos, la *geografía política* de aquellas regiones; de un lado el Paraguay, país metido en el continente, sobre su río, sostenido por la fuerza de la tradición, por la atracción del centro de la América meridional misteriosa; de otro, el Río de La Plata, con Buenos Aires, país que tiene la desembocadura del gran río, luego el mar, y al fin, después de tantas y tantas sacudidas, la atracción de la riqueza inmensa, la riqueza que no consiste precisamente en el oro y la plata de las minas, sino en la tierra misma, una tierra fértil, fecunda, fácil para la conquista por la labor del hombre.

El Paraguay sigue su desarrollo histórico, natural, en los períodos propios de todo nuestro imperio americano: el *colonial*, el *revolucionario* y el *de nación ó pueblo independiente*. Al penetrar por primera vez por este río noble y suave, con el Chaco á un lado y la hermosa selva al otro, este río, testigo de una histo-

---

(1) Garay: *Hist. cit.*, pág. 39.

(2) *Idem*, pág. 91.

ria heroica y triste, negra y sangrienta, la imaginación tiene sobra de excitantes para llenar de atractivo psicológico naturaleza tan pintoresca, tan hermosa y bravía, tan salvaje y risueña. No se olvide que, además de ser esta tierra de tan admirables hazañas en la época de la conquista, fué la de las Misiones jesuíticas—de que oportunamente habrá que decir alguna cosa—y, por ello, tierra de un comunismo real y positivo, no de utopía, sino de utopía viva ó vivida, y, además, fué esta la región de las grandes dictaduras y tiranías; basta mentar estos nombres: *Francia, López y Solano López*. Llenan ¡y cómo llenan! estos tres nombres la historia de este pueblo, desde que se separó de España hasta que *muere*, puede decirse así, aplastado bajo la acción de una guerra de exterminio y de una cruel, loca y desenfrenada represión de adentro, en 1865 á 1870. Y por no sé qué relación misteriosa, en aquel lugar, por donde navegábamos, cerca de Humaitá, las tres sombras de esos tres hombres parecían agitarse dominando el recuerdo.

*Francia* personifica, sin duda, el movimiento revolucionario contra España, y el de afirmación del pueblo paraguayo independiente frente al resto de las regiones del Plata. Aunque el jefe de la conspiración de 1811 fué el capitán Pedro Juan Caballero, Francia tuvo que ser el alma y el impulsor de la rebelión, sobre todo, quien tenía la idea y el oriente. «Caballero—escribe en reciente libro el ilustre y culto Dr. Báez—tenía una confianza ilimitada en Francia. Este era su mentor y el inspirador de todos sus proyectos. Caballero era un patriota sin dobleces, noble, franco y decidido, Yegros también lo era, pero sin el entusiasmo del otro. Francia ejercía sobre ambos un ascendiente invencible, y á esta circunstancia se debe la independencia absoluta del Paraguay» (1).

«Lo que nadie puede discutir—dice Garay—es que la nacionalidad paraguaya y su autonomía son obra de Francia (2)».

Cierto; pero ¿á qué costa? Francia no era un hombre vulgar,

(1) Cecilio Báez *Resumen de la Historia del Paraguay desde la época de la conquista hasta el año 1880*, pág. 42 (Asunción 1910).

(2) *Historia del Paraguay*, pág. 219.

sin duda; sentía la patria con fuego, y quiso afirmarla contra todos; pero no tenía nada de lo que distingue al espíritu equilibrado y sano; de naturaleza levantado, de aliento generoso; ¿cómo encontrar verdadera grandeza de alma en esta figura extraña y sombría? La idea que llegó á formarse de la independencia de su pueblo, implicaba, por desgracia, la negación de lo que constituye verdaderamente la personalidad de una nación, como expresión viva de una humanidad que se afirma, con su nota, en el concierto libre de las naciones todas; independencia quiere decir para el tirano, aislamiento, odio á lo extraño, egoísmo cerrado que tiene por nervio la persistencia de una absorción ciega, sin freno. . .

Quizá haya mucha leyenda negra en la explicación histórica de este singularísimo y original personaje, y el malogrado historiador Garay se esfuerza por reivindicar la memoria de Francia, aconsejando calma, estudio, serena imparcialidad al considerarlo. No disculpa Garay las crueldades del *Supremo*, pero quiere explicarlas, y nos recuerda que fué de una «honradez incorruptible y de un desinterés de que dió pruebas en todos sus actos, lo mismo en vida pública que en la vida privada. . .» (1). Por lo demás, Garay parece entender por libertad sólo la condición que implica la existencia de una nación ó pueblo materialmente independiente, como entidad colectiva; así, al referirse á la intervención de Francia en la obra de independizar al Paraguay de la acción de la antigua capital del Virreinato, y de recordar que Francia estaba allí, en el Gobierno, como garantía del triunfo, añade: «Francia era quien comprendió que la libertad no debe ser conquistada á medias, una vez puestas manos á la obra, y procuró con tenaz empeño asegurárnosla, consagrando á tan sublime propósito los recursos todos de su esclarecida inteligencia, que, por desgracia, no había de ser parte á impedir las crueldades que señalan su dilatada implacable dictadura, y obscurecen, mas

---

(1) «Recibió exhaustas las arcas fiscales, y el día de su muerte había en ellas 226.422 pesos (cantidad considerable en relación con el presupuesto de gastos), aparte de lo que representaban los grandes almacenes del Estado repletos de mercancías». Garay: ob. cit., págs. 211-220.

no apagan, el brillo de su gloria» (1). Pero ¿es qué se puede llamar libertad lo conquistado hecho por Francia?

De Garay mismo son estas indicaciones, que muestran cómo el sentido de libertad *humana* no era el que propiamente distinguía al dictador llamado el *Supremo* y el *Perpetuo*. «Completamente libre de trabas su poder—dice,—Francia extremó sus medidas. El 17 de Junio de 1816 prohibió las reuniones en sitios públicos y las procesiones en día que no fuesen los señalados en el calendario, sin previo permiso firmado por él mismo» (2). «Ya por entonces —añade— había empezado Francia á deslustrar su buena obra con actos de tiranía A algunos españoles que le censuraron les costó la vida su indiscreción, y los más conspicuos ciudadanos, entre los que estaban los nobles hermanos Iturbe, fueron presos porque su conducta no merecía la confianza del dictador» (3). En el año 1817 tomóse cierta importante conspiración, descubierta por intermedio de un confesor, el P. F. Anastasio Gutiérrez; fueron encarcelados Yegros, el comandante Montiel y numerosos cómplices. . . «Partidas de caballeros—escribe Garay—encargados de capturar á los sospechosos se esparcen en todas direcciones; numerosas personas de la mejor clase social llenan las cárceles. . . Muchos de tantos infelices presos eran víctimas de injustas y calumniosas delaciones, hijas de ruin venganza. Todos los bienes de los acusados fueron objeto de confiscación, sin hacerse cargo de las familias que quedaban sin pan. Las actuaciones siguieron su curso lentamente, y hasta 1821 no tuvo la tragedia desenlace» (4).

Y esto gracias á que determinados sucesos precipitaron las cosas; hubo entonces ciertos intentos de invasión del Paraguay; parecieron complicados Yegros y los conspiradores. Y Francia «no esperó más: los que no estaban todavía fueron presos. . . se suspendieron los pasaportes para el extranjero; se activaron los procedimientos contra los acusados. . . los tormentos ayudaron

(1) Garay: *La Revolución y la Independencia del Paraguay*, pág. 170 (Madrid, 1897).

(2) *Historia*, pág. 185.

(3) *Idem*, pág. 188.

(4) *Historia*, pág. 189.

eficazmente á precipitar la conclusión de la causa, muriendo en ellos algunos de los infelices. . . los azotes no perdonaron á Yegros, que los recibió en Mayo, y para escapar de ellos, Caballero, que complicado en las declaraciones había sido preso por aquel tiempo, se suicidó» (1). Y más todavía, que el tirano lo era de veras.

«No tardó —según Garay —en pronunciarse la sentencia condenatoria y en darse principio á las ejecuciones. Aquélla declaraba probado el crimen de lesa patria. . . El 17 de Junio ocho de los más conspicuos conjurados, entre los cuales se contaba Yegros, fueron fusilados en la plaza que estaba situada frente á la habitación de Francia; al día siguiente igual número. . . y así en los sucesivos hasta el noveno día, en que sólo fueron ejecutados cuatro. Pero si las ejecuciones terminaron, no así los procesos y los tormentos, que desde Septiembre de 1821 duraron hasta Diciembre de 1824» (2). ¿No es esto monstruoso? ¿No os causa horror? ¿Cómo hablar ahora de libertad?

La política de aislamiento, de miedo á lo extranjero, fué otra característica de Francia. «La suspicacia del dictador era tan grande como su celo por la independencia del Paraguay. Veía enemigos y espías en los extranjeros que querían visitar el país y les negaba sistemáticamente la entrada. . . Con todo, era mucho más fácil entrar en el país que salir de él, pues para lo último se necesitaba permiso de Francia, que rara vez lo otorgaba» (3). Sus medidas de aislamiento fueron cerrando de tal modo al Paraguay—añade Garay—que no se podía salir de él sin su permiso, que concedía en muy contadas ocasiones» (4). «El Paraguay—escribe Reclus—se sometió á la dictadura de un amo, que llegó á cerrar su país tan herméticamente como la China y Japón, entonces inaccesibles á los «diablos occidentales». Este amo, Gaspar Francia, salió airoso de su empresa, y durante veintiséis años el Paraguay fué un país inabordable. . . Patriota ardiente, pero de un patriotismo exclusivo, hizo del Paraguay un mundo aparte; quiso que su pueblo viviese en paz y progresara

---

(1) *Idem*, pág. 190.

(2) *Idem*, 191.

(3) *Historia*, pág. 203-204.

(4) *Idem*, pág. 216.

materialmente en la ignorancia absoluta de las revoluciones extranjeras. . . » (1).

Desde otro punto de vista, Francia, no representa un resurgimiento del Paraguay; este desgraciado país tiene una historia verdaderamente extraña y triste, por lo obscura más bien negra, que enlaza, sin salto, depresiones y opresiones, desde la época colonial á la época moderna. «Nuestra evolución—dice— Don José Segundo Decoud—ha sido tardía, pero tiene su explicación lógica. . . » Decoud señala el contraste entre aquella naturaleza tropical, bellísima, que convida dulcemente á la meditación, y la falta de poetas. . . «Es preciso —añade— que causas muy poderosas hayan influido para producir tan horroroso vacío, que aterra al espíritu sólo al pensarlo. La tiranía había herido el pensamiento de la más absoluta esterilidad. . . El reinado del terror había contaminado á todos con su hálito venenoso, hasta tal punto, que la vida se había hecho insoportable y la muerte era la única aspiración deseada por todas las clases sociales, según nos refieren Robertson, el historiador de aquel periodo nefando de nuestra historia. El temor había sellado todos los labios. . . Pues bien: tres generaciones formadas y educadas con este sistema, una prolongada y no interrumpida dictadura, el aislamiento más absoluto con el resto del mundo habían extinguido los últimos gérmenes de la ilustración y del saber, y la falta de pensar vino á hacerse un hábito ordinario que ha subsistido por el espacio de medio siglo. El mayor crimen de Francia consistió en haber mantenido y perpetuado este estado de ignorancia en medio de una paz y tranquilidad jamás interrumpidas, propendiendo así al embrutecimiento más completo. . . » (2).

Y, añade, comentando á Decoud y buscando antecedentes lógicos el Dr. Báez. . . «Siguese de aquí que si la dictadura *mantuvo* el estado de ignorancia del pueblo paraguayo, es porque el embrutecimiento de éste provenía del régimen colonial y jesuítico.

---

(1) Reclus: *Paraguay*, págs. 4-5, traducción española de Olascoaga.

(2) Decoud: Conferencia sobre *La Literatura en el Paraguay*, citada por Olascoaga en su interesante prólogo á la traducción de Reclus antes indicada, Decoud añade: «Durante su sombría y funesta tiranía (la de Francia) no hallaréis un solo documento por el cual hubiese promovido la enseñanza pública. . . »

Y no hay que disertar mucho sobre este tópico, pues sabemos lo que pasaba en las *reducciones* de los jesuitas y en las *encomiendas* de los colonizadores españoles. Unas y otras fueron hormigueros humanos como las hordas primitivas, en que los indios llevaban la vida promiscuitaria, esencialmente animal, eran tratados como bestias de trabajo y pasaban su existencia en la miseria moral y material más desconsoladora. En cuanto á los meztizos y criollos que eran libres, apenas aprendían á leer y contar en las pobrísimas escuelas particulares del Paraguay, sin conseguir hablar el castellano. Entró, pues, el Dr. Francia á gobernar desde 1814 un país muy atrasado y muy pobre. Contaría éste unas 100.000 almas, á juzgar por la estadística de Azara, y la ciudad capital unas 10 ó 12.000, según los datos de Robertson y Rengger. A pesar de encontrarse el pueblo en el más deplorable estado de ignorancia, el dictador descuidó la instrucción pública, no la favoreció en forma eficaz. Y Rengger añade por vía de disculpa que, no obstante este abandono, al menos no puso trabas ni restricciones de ningún género á las escuelas particulares que existían (1).

A mi juicio, el Dr. Báez resume exactamente la obra del dictador en estas palabras: «Francia no creó más que una cosa: la independencia nacional, ó sea la República del Paraguay.» Pero no hizo *un* pueblo; no dió ó procuró dar á esta República el germen de una futura Democracia.

Por desgracia tampoco trabajaron sus sucesores como políticos creadores de pueblos, en el sentido que esta palabra pueblo ó nación tiene cuando se significa con ella el grupo de cultura, el núcleo colectivo consciente, base esencial de las democracias modernas.

Carlos Antonio López representa, sin duda, cierto respiro en la historia moderna del Paraguay. No siguió inmediatamente á Francia; éste, «que por la crueldad de sus castigos llegó á inspirar profundo terror» (2), murió de muerte natural el 20 de Septiembre de 1840; y López no inicia su gobierno propiamente dicho hasta que el 14 de Marzo de 1844 fué elegido Presidente de la República; en el interregno entre Francia y López hubo un mo-

---

(1) Báez: ob. cit., pág. 177.

(2) Garay: *Breve resumen de la Historia del Paraguay*, pág. 110.

mento de desorden, ensayándose López como gobernante en el breve período del Consulado que compartió con Roque Alonso. No es sombría la figura de López como la de Francia, y bajo su dictadura Paraguay se levantó no poco y progresó bastante en el orden material y como centro de fuerzas en la América del Sur. Pero tiene su acción diversos aspectos que dos cultos historiadores paraguayos, Garay y el Dr. Báez, consideran con distinta luz y que acaso conviene completar.

Dice Garay resumiendo la administración de López:

«Al cabo de la laboriosa administración de D. Carlos Antonio López el país presentaba aspecto muy distinto del que tenía cuando comenzó. Potencia militar poderosa, para lo que eran aquel tiempo las demás naciones de América, podía poner sobre las armas en 1850 un fuerte ejército; poseía fábricas bien montadas de pólvora y balas; fundiciones de hierro en Ibicuí desde 1854; un arsenal en la Asunción desde 1855; regular marina de guerra que, á la vez, servía al comercio. Dedicó también sus desvelos á extender la instrucción pública, que hizo obligatoria y gratuita, y, por extraño contraste... aplicó las teorías más liberales de los modernos reformadores. La imprenta entró por segunda vez en el Paraguay con López; la independencia de la República, por la cual hizo casi tanto como Francia, quedó asegurada; el comercio adquirió gran desenvolvimiento y el bienestar se hizo general en la nación. Fué su gobierno severo, pero sin caer en sanginario ni cruel; por eso, cuando en 10 de Septiembre de 1862 dejó de existir D. Carlos Antonio López, fué justamente sentida su muerte» (1).

El distinguido Dr. Báez tiene otra idea, por lo menos, una idea que entraña otra perspectiva, y que, por ende, le impone otro juicio del Presidente López. Quizá hay ó había en la concepción de Garay un supuesto ó escala de valores distintos, en razón de los cuales figuraban más en primer término la noción de la fuerza material—imperialismo diríamos hoy—y del bienestar general, bienestar económico, mientras en el espíritu del Dr. Báez predomina sobre todo la preocupación de la educación y de la cultura. Y mirando desde este punto de vista, el Dr. Báez dice de López lo siguiente:

---

(1) Garay: *Historia* cit., pág. 269.

«D. Carlos Antonio López era el hombre de los reglamentos. Los daba sobre los periódicos ó impresos caídos del exterior, prohibiendo su circulación en la República; sobre los repiques de campanas y dobles en la iglesias, hasta sobre los paramentos que debía vertir el Obispo diocesano. Reñido con la ilustración y las ideas liberales, jamás prestó atención á la educación común. Preocupábase de las cosas más triviales menos de lo más importante, como era la instrucción pública. De donde se sigue que él nunca pensó en elevar la condición moral del pueblo que desde la época colonial se hallaba sumido en la ignorancia y la degradación. Por el Congreso de 1844 hizo expedir un decreto para que fuesen educados en el extranjero dos jóvenes en química y farmacia, dos en dibujo, dos en leyes y otros en el arte de curar. Ridículo era pensar en regenerar un pueblo envilecido con dos dibujantes, dos farmacéuticos, dos leguleyos y algunos parteros. El decreto no pudo cumplirse sino *catorce años* después de dictado, por la sencilla razón de que no habia jóvenes preparados para salir del país. Tan descuidada era la instrucción pública, que por mucho tiempo no existieron en la capital sino algunas escuelas primarias. Todas las medidas de López propendían á mantener al pueblo en el obscurantismo. . . Su política económica y financiera se inspiraba en los principios de la ciencia medioeval y en el sistema del *ager publicus* de los romanos y en el régimen de las extinguidas misiones jesuíticas. . . D. Carlos Antonio López, al monopolizar el comercio de la madera, de la hierba y de los cueros y al poblar estancias llamadas de la patria, y hasta hacer plantaciones, no tenía en vista otra idea que la de enriquecer al Estado ó reducir sus erogaciones, sin echar de ver en su miopía moral ó estrechez de miras que, haciendo concurrencia á los habitantes en sus negocios y comprándoles sus cosas á precio ínfimo, les arruinaba y empobrecía á la nación» (1).

ADOLFO POSADA

(Continuará)

---

(1) Báez: ob. cit., págs. 58-60. V. además los capítulos XXX y XXXI.

# HIMNO AL VERBO DE LA BELLEZA

---

## AL SILENCIO

Cuarenta estrofas de amor rezadas  
en tu ara. Oh Belleza. Oh divina  
Musa, reina del Arte severo . . .

Abismo y cumbre, música é idea.  
Ascensión por las místicas escalas  
donde la luz de la belleza albea  
bajo una astral fulguración de alas.

Heroísmo y Verdad. Alba que viste  
de luz, la tierra y la ilusión, de amores,  
como en la soledad de un Cristo triste,  
nuevo Jethsemani de los dolores.

Eres amor y conjunción. Tu canto  
aviva el sacro fuego; llama inquieta,  
que alumbra el alma pálida del santo,  
y el verbo pensativo del poeta.

Sentimiento y pasión. Irresistible  
vértigo que los mundos desentraña,  
resplandor de la zarza incombustible  
sobre el sagrado Horeb de la montaña . . .

Himno eterno del pájaro insaciable  
que en el ara eucarística aletea,  
poblando con su música inefable  
el mundo misterioso de la idea.

Acento mudo, vibración sin nota,  
lejano acorde de la lira de oro,  
evocador silencio en el que flota  
el eco de algún cántico sonoro . . .

Espíritu profético que creas  
cuando el ensueño sobre el mármol labras,  
de una infinita música de ideas,  
el melodioso himno sin palabras.

Melancólica aurora de una eterna,  
suprema aspiración. Amor intenso;  
alma sensible de paloma tierna  
enamorada del azul inmenso.

Ídolo antiguo que alzas y columbras  
como una hostia de luz tu plectro alado,  
y, rutilante como un astro, alumbras  
la noche pensativa del pasado.

Eres huerto de luz donde la veste  
de la Diosa inmortal surge en la bruma  
vestida con la túnica celeste,  
Venus, naciendo de la blanca espuma.

Luz y verdad, que como un dios sublimas  
las sendas dolorosas que señalas,  
y vuelas como Icaro hacia las cimas  
sin quemar en el sol las blancas alas.

Celeste claridad del pensamiento,  
religioso fervor. Blanca y severa  
hostia de comunión del sentimiento  
junto al ara inmortal de la Quimera.

Fiebre celeste que ardes y consumes  
el monte sacro donde el dios reposa  
entre el ensueño azul de los perfumes  
y el ritmo de la cítara armoniosa . . .

Fuiste luz y verdad; fuiste el camino  
que en la perenne noche evocadora  
siguió la caravana del destino  
nimbada por la gloria de la aurora.

Y, ave del sol y lirio blanco, fuiste  
perfume, canto y luz, noche infinita  
donde exclamaste como el Cristo triste:  
Ego sum lux et veritas et vita . . . !

Corazón virginal que palpitaba  
en el glorioso ardor del dios agreste  
que el alma de las viñas embriagaba  
traspasado de fámula celeste.

Madurabas las uvas con tu cálido  
beso de sol antiguo en las campiñas,  
y era la gloria de tu nimbo pálido,  
una clara embriaguez bajo las viñas.

Y de los viejos lirios en la extática  
albura, y en el gran cielo amatista,  
fuiste el encanto del vergel de Ática,  
creación suprema de algún dios artista.

El sacro Verbo que en tu ideal condensa  
todo lo grande que la vida encierra  
junte á la gloria de tu estrofa inmensa,  
el canto de las lirás en la tierra!

En Tí, como en un sol alto y sereno,  
la luz, un mar de transparencias finge,  
sobre las aras del santuario heleno  
como en el templo de la muerta esfinge.

Y desde allá, desde tu inmensa cuna,  
regaste el mundo en ondas de armonía,  
musical océano en donde una  
nave, en forma de cisne, se perdía . . .

Todo el mundo de ayer, toda la historia,  
desde Dios hasta el Hombre, fué tu imperio;  
y aun permanece un Ídolo: tu Gloria,  
y perdura una gloria: tu Salterio. . .

Aun se levanta en inmortal asombro  
sobre las ruinas que cubrió la hiedra,  
fantasma de los sueños del escombros,  
gigante ayer, el Parthenon de piedra. . . !

Aun flota del Areópago en la sombra  
el velo de Phriné, blanca y desnuda,  
y hay un ritmo sin ecos que la nombra  
sobre los labios de la estatua muda. . .

Y hay un vasto silencio que congrega  
los siglos muertos en la oscura ruina,  
doñde soñara la Sibila griega,  
al fulgor de la lámpara eleusina. . .

Se estremecen los montes todavía  
con la risa del Sátiro y perdura  
en la cumbre sagrada, la armonía  
del arpa de Euforion bajo la altura. . .

Y en el divino canto que suscita  
una reminiscencia de Phrinea,  
pasa por el silencio areopagita  
como apolínea encarnación, la idea.

Llama perfecta, inspiración divina,  
con que en el sacro monte iluminado,  
sollozó la paloma venusina  
el monótono acorde del Pasado.

Brillas como una lámpara ante el ara  
de la eterna ilusión y los divinos  
hexámetros de amor con que vibraba  
la lira de los cantos peregrinos. . .

Como el torrente audaz que se desata  
con rumor de cascadas en la bruma,  
para envolver con su cendal de plata  
la montaña batida por la espuma.

Como el volcán gigante que palpita  
sobre el solemne horror de la montaña,  
y sus ondas de lava precipita,  
y sus mundos de fuego desentraña.

Carro de llamas, nube incendiadora,  
arrastras en tu vuelo al pensamiento  
hasta las altas cumbres de la aurora  
barridas por las cóleras del viento. . .

Espíritu profético que creas  
en el Sinaí severo de la gloria,  
la noble religión de las ideas  
y el nuevo Testamento de la historia.

Espíritu inmortal que se renueva  
y el esplendor del orden atestigua,  
con el clamor de la Sibila nueva  
y los delirios de la Pitia antigua.

Verbo de anunciación, Verbo de fuego,  
nuevo Jhetsemaní de la palabra,  
melancólico huerto del sosiego  
donde el misterio sus ensueños labra!

Tú eres el dios nostálgico y augusto  
que el infinito de las almas llena,  
rayo de luz en el altar vetusto  
donde empezó á morir la Anadiomena.

Mas, tu no morirás. Jamás la muerte  
inclinará tu frente de augustiano;  
no morirás, porque apolíneo y fuerte,  
eres trasunto de algún dios pagano.

Eres la cumbre, el ídolo y el mito . . .  
Todas las formas del ensueño creas  
y pueblas con tu espíritu infinito,  
el mundo colosal de las ideas.

Misionero de luz que alzas la frente  
sobre el horror de un mundo de vestiglos,  
tú alumbrarás la tierra eternamente,  
en la oscura penumbra de los Siglos . . .!

JUAN JULIÁN LASTRA.

1908.

---

## EL PLACER DE LLORAR

---

### DIÁLOGO

Sucede en una pequeña habitación sencillamente amueblada, que parece presidir un retrato de Verlanie colocado sobre el marco de la puerta del foro. Sobre el retrato una rama de laurel sombrea la frente de la imagen del poeta. Hay además en la habitación dos bibliotecas que no podrían contener más libros y sobre la mesa colocada en el centro profusión de más libros y papeles en blanco y escritos.

**ANITA**, una mujercita grácil, de profundos ojos negros que abrasan al mirar, á quien el amor ha redimido de la vida airada que antes de conocer á Alonso llevara, arregla los papeles desordenados que cubren la mesa poniendo en su labor una atención absoluta; **MARIA**, compañera de Anita durante la vida mala de ésta, la contempla asombrada del cambio que se ha operado en el alma de su amiga á quien con malignas intenciones ha venido á visitar.

**ANI.**— (*Mientras arregla los papeles de la mesa*). Todos los días hago la misma operación tres ó cuatro veces; pero algunas me dice Alonso que lo que hago es desarreglárselo más. Si hubieras visto al principio. ¡Qué barullo! Los primeros días —sabes?— él no me decía nada; pero yo comprendía lo mal que lo había hecho viéndole á él volverse loco buscando sus papeles. —Y dices que le has visto?

**MAR.**— Si, ahora mismo; pero iba tan de prisa que ni siquiera me vió.—Al que ví, y estuve hablando con él un rato largo, fué al viejo Antonio.

**ANI.**— Ah, si?

**MAR.**— Me preguntó mucho por ti

**ANI.**— Vaya! Y qué te dijo?

**MAR.**— Imagínate! Lo de siempre: que va á heredar. Ah te advierto

que está volviéndose formalísimo. Se ha vestido todo de negro y ya no lleva flores en el ojal. Quería llevarme á Palermo esta noche; pero yo me había comprometido ayer con De Ralis!

ANI. — Volvió De Ralis de Paris?

MAR. — Ah! no sabías? Es cierto! Pues, sí, volvió y me ha contado unas cosas de allí! . . . Qué cosas! Aquello es vida! Te aseguro que de buena gana me iría! Me ha prometido que me llevará el año que viene; pero yo no le creo.

ANI. — Haces bien, porque De Ralis no sabrá otra cosa, pero prometer . . . Vaya, ya está! Hoy creo que lo he hecho muy bien! (*Mirando con satisfacción el orden que sus manos han puesto en la mesa*).

MAR. — Estás desconocida Anita!

ANI. — Si vieras como me gusta que me digais eso vosotras! Y sobre todo tú, María, que eres mi mejor amiga y lo has sido siempre. Sigue mi consejo: si encuentras un hombre como mi Alonso haz que te quiera y quiérole mucho . . . mucho . . . como yo.

MAR. — Tanto le quieres?

ANI. — Tanto . . . tanto . . . !

MAR. — Me alegro y te felicito. Pero no me agrada mucho que me desees un Alonso, sin que quiera con esto ofenderte; pero es que yo estoy segura que la vida que tu haces ahora no es para mí. Me cansaría pronto . . . como tú . . .

ANI. — Yo? Ibas á decir que yo me cansaré?

MAR. — Sí mujer sí, —pero no te disgustes.— ¿Tu crees que no? pues bueno, no discutamos; al tiempo. ¡Pero en cuanto á mi, como te decía antes, no me place esa vida. Hace poco te decía que me iría á Paris, —ya ves.— Es que yo necesito reirme mucho . . . mucho . . . tanto . . . tanto . . . como tu quieres á tu Alonso, —ya ves.— Y luego, — otras cosas ¿sabes? No te ofendas, pero ayer te vi con Alonso, por Florida, sí, á las seis próximamente, y que quieres, me diste lástima: aquella no eras tú . . . que esperanza! Estoy por decirte que aquel cuerpo tampoco era el tuyo.

ANI. — ¿Lo dices por mi traje?

MAR. — No sé por qué —El caso es que me diste lastima, y hasta

perdóname, casi creo que reí un poco de tu sombrero; qué diferencia Anita! ¡Sí riete, riete; pero qué quieres! —La verdad es que no comprendo el encanto de tu vida de ahora.

ANI.—Cómo me gusta eso, María ¡No puedes imaginarte lo dichosa que me siento oyéndote: que he cambiado! que no soy la misma. ¡Amiga mía! Si vieras cuanto deseaba no ser la misma. Cambiar, ser otra, olvidarme de lo que era antes. Vivir y sentir y saber ser feliz en esta vida mía de ahora, de la que tu no puedes hablar porque no, porque no la comprendes. Si, si, he cambiado! ¡qué alegría! Ya ves, yo podría reirme ahora de tí, como tu ayer de mi sombrero sin plumas; pero entonces no hubiera cambiado, no sería otra. Solo que tú no has sentido lástima como acabas de decirme sin saber lo que decías, y yo sí, yo te compadezco — compadezco — ¿me entiendes bien? pero de verdad: porque ahora he aprendido muy bien á sentir lo que digo y te aseguro que es muy diferente. Tu risa de ayer por mi sombrero era de alegría, porque mi rivalidad ya no os asusta: no era de lastima, no: era de alegría; pero de alegría mala.

MAR.—(*Irónica*) Pero yo estoy asombrada! Cuánto has aprendido!  
¿Quién te ha enseñado todo eso hija? ¿Alonso? Si es así.....

ANI.—¿Qué ibas á decir?

MAR.—No, nada...

ANI.—Eres muy mala María!

MAR.—No digas, tú crees?

ANI.—Sí, muy mala, y eso que tú eres la mejor de nuestras amigas.

MAR.—Ah si? Gracias... gracias.....

ANI.—No venís á verme sino para hacerme daño!

MAR.—No digas tonterías! Han venido á verte?

ANI.—Si han venido: Amelia, Pepita y Estella y... todas, todas han venido á verme.—Os intereso mucho María.—Soy un caso raro para vosotras. Estáis asombradas, como dice mi Alonso, y venís á verme por eso, porque os resulta una linda novedad mi nueva vida.

MAR.—No Anita, es que te queremos, eres nuestra amiga... tu estás exagerando...

ANI.—No! A qué negarlo?—Os divierto mucho! No tiene nada

de particular! Yo me hubiera alegrado que Alonso me hubiese prohibido recibiros, así no sabriais cuantos muebles hay en esta casa, ni cuantas habitaciones ocupamos; para que no pudierais comentarlo luego mientras bebeis champagne con cuatro imbéciles como don Antonio, De Ralis, y... todos, porque todos son iguales!

MAR.—Ay! Anita, te advierto excesivamente despreciativa para todos y debieras saber que ese no es camino. Cuando eras complaciente te iba mejor.

ANI.—Acabas de decirme que he cambiado; antes era complaciente porque no sabía ser otra cosa. Qué rabia! Haber aguantado á tanto idiota! (*gesto de asco*).

MAR.—No te vayas á avergonzar ahora!

ANI.—No... ya eso sería inútil! Lo que siento es rabia... asco... yo no sé: algo muy repulsivo que quisiera olvidar...

MAR.—A ver si tienes que recordarlo pronto!

ANI.—Volver á aquello? Quisiera morirme antes!

MAR.—No será tanto, Anita!

ANI.—Como te lo digo: morirme... ahogarme... qué se yo... hasta trabajar! todo!!

MAR.—Ah! ahora tienes doncella?

ANI.—No; pero lo que yo trabajo para Alonso y para mi, no es trabajo, no pesa, no fatiga: yo creo que da vida! Tu no comprendes esto! Tu no puedes imaginarte la felicidad que causan los elogios del hombre de una á quien se ama... entiéndeme bien: AMA! cuando son el premio de un sacrificio hecho para él, para él solamente. Tú no sabes, qué vas á saber el placer de oír como la llama á una, la voz querida como mi Alonso (*dulcemente*) Anita... Anita... Si parece que el nombre fuera otro más dulce... como una caricia... en fin, yo no sé decirte cómo se oye, pero qué diferente Anita, que enormemente diferente de como la llama á una don Antonio, Ralis, vosotras...!

MAR.—(*Que hasta este momento ha hecho esfuerzos por no reirse, lanza una estripitosa carcajada*). Pero dime: Alonso es un dios? O será algo extraordinario!

ANI.—No sé ¡Dios ó extraordinario: no sé lo que es... lo que

sea ... me ama ... me ha hecho conocer lo que era eso:  
Amor!

MAR.— Ah! (*riendo*) Y tú no lo sabías?

ANL.— María, por favor, no te rías más! Yo no lo sabía y tú no lo sabes!

MAR.— Ah! Tú crees?

ANL.— Estoy convencida!

MAR.— No: estás engañada!

ANL.— Te digo que no!

MAR.— Pero Anita estás insoportable. Eres más orgullosa que antes, y ahora y ... ahora sin motivo!

ANL.— Sin motivo ahora? Pues hija, mi orgullo de antes debía ser una perfecta estupidez ... como el tuyo de antes y de ahora!

MAR.— (*Molestada*) Callate! ¿quieres? Yo no voy a sufrir ...

ANL.— No habieras venido! Mi orgullo de antes era por mis vestidos, por mis sombreros enormes, por mis alhajas, por mi cuerpo si quieres ... ya ves qué estúpido!— El orgullo mio de ahora es el de mi amor y ... riete, el de mi alma. Mi Alonso es tan altivo como don Antonio, sólo que don Antonio tiene la vanidad de vosotras, de sus caballos, de sus automóviles, y mi Alonso el orgullo de su inteligencia, de su corazón, de su Arte!

MAR.— (*Molestada*) Ah, ah! insoportable, completamente insufrible! Bueno, Anita, calma esos nervios ...

ANL.— No, si estoy tranquila!

MAR.— Yo me voy, acabaríamos riendo!

ANL.— Tú tendrías la culpa!

MAR.— Como quieras. Adios!

ANL.— (*Secamente*) Adios!

MAR.— No me das recuerdos para Pepita ó don Antonio? Te has olvidado ya de ellos? Qué ingrata!

ANL.— (*Mirándola de hito en hito*) Vete María!

MAR.— Oye: no te enojas ¿eh? Voy a darte un consejo para que veas que te quiero bien.

ANL.— (*Energica y amenazante*) ¿Te vas?

MAR.— No quieres oírme? ... Escucha, me lo agradecerás.

ANL.— (*Impaciente*) Di pronto, qué.

MAR.— Pues que te cuides mucho, lo más que puedas, y sobre todo las manos, porque fregando se estropean mucho y se ponen muy feas, y algún día puede que necesites tenerlas lindas y puede que sea tarde. (*Sonríe*)

ANI.— (*Fuera de sí*) Véte.

MAR.— (*Tranquila*) Espérate, no he terminado.

ANI.— ¿Te vas ó te echo á la fuerza?

MAR.— Te arrepentirías Anita.

ANI.— Qué malas sois; yo no lo he sido nunca tanto, ni cuando me complacía en serlo. ¿Pero por qué no os olvidais todas de mi. Me causais asco, me dais rabia. Quiero creer que me quereis y hablo con vosotras y enseguida veo que no. Yo sería capaz de pedirlos á todas y todos, uno por uno, de rodillas, que me olvidaseis. Yo ya no vivo entre vosotras, ya no os molesto; mi sombrero es más pobre que el de todas; no soy rival de nadie. Por qué me molestais? Quisiera poder ahogaros á todas para no oiros nunca y olvidarme de vuestros nombres falsos. Quisiera, yo no sé, vivir en otro mundo, yo no sé. . . (*llora*).

MAR.— Pero Anita. . .

ANI.— (*Transición brusca, yendo airada hacia María amenazante*). Si no debo llorar; os reiríais. No: debo ahogaros, y voy á empezar por tí. (*Intenta agredirla*)

MAR.— (*Rechazándola*) Pero ¿te has vuelto loca? Ya te he tolerado bastante; cuidado.

ANI.— ¿Qué? (*Amenazante*).

ALONSO.— (*Que entra en el preciso instante se detiene asombrado*). . . Eh?

ANITA.— (*Corriendo hacia él.*) Alonso échala.

AL.— (*Inquieto*) ¿Qué es esto Anita? Habla.

MARÍA.— Vea Alonso.

AL.— (*Interrumpiéndola respetuoso y enérgico.*) Chist. . . Un momento, habla tú Anita.

ANI.— Que se vaya esa primero.

MAR.— Ya me voy. (*Lo intenta*).

AL.— (*Impidiéndoselo.*) Todavía no. Anita, siéntate. (*Con respeto irónico, por María y ofreciéndole una silla.*) Señora usted aquí, no? A ver, que ha sido esto, ¿eh Anita? (*Aca-*

*riciándola*). Dime (*la besa, mientras María da pruebas de impaciencia*).

ANI.— (*Sollozando*). Son estas, sabes... mis amigas... esa es María.

AL.— (*Sin mirarla*) Si ya sé, tu mejor amiga.

ANI.— Si, la mejor, se complacen en herirme. ¿Y que las hago yo? No debieras permitir que vinieran aquí; luego se ríen.

MAR.— Qué embustera...

AL.— Chist... nada más?

ANI.— Sí, mucho más, pero todo igual.

AL.— (*Besándola*). No llores... María...

MAR.— (*Interrumpiéndole*). Ah... yo no voy á hablar? ¿Ella no le ha dicho á usted que ha querido pegarme? ¿Qué me ha dicho todo lo que ha querido? ¿Qué...

AL.— (*Interrumpiéndola*.) Para abreviar María: no es necesario que usted hable. Imagino todo lo que usted iba á decirme, y lo creo todo; pero repito para abreviar, yo le ruego á usted y por su intermedio á todas las amiguitas, que no vuelvan por aquí, y que respeten esta casa como si fuera un templo, y á ésta, á Anita, como á la divinidad que se adora en este templo.

MAR.— Qué barbaridad. La virgen.

AL.— Más aún: La diosa.

MAR.— Bueno (*rompe en una carcajada*).

AL.— No se ría usted, porque yo no he pegado nunca á una mujer, nunca y...

MAR.— (*Conteniendo la risa*). Eso faltaba, antes ella, ahora...

AL.— (*Interrumpiéndola*). Si sigue usted riéndose, yo...

MAR.— No me habías dicho tú que debieras conocerle mejor, que era cobarde...

ANI.— Cobarde? (*Intenta ir hacia María*).

AL.— (*Deteniéndola*). Déjala, sabe de sobra que no soy capaz. (*Sereno abre la puerta é indica á María que salga*). Por aquí señora.

MAR.— (*Con una reverencia exagerada y dirigiéndose á la puerta*). Qué galante. (*Al salir*) Que sean ustedes muy felices (*Irónica*).

AL.— No se caiga usted, cuidado.

ANI.— Cierra.

AL.— Son de hiel.

ANI.— No las conoces. Y todas igual. Parece que se hubieran puesto de acuerdo.

AL.— No te importe (*secándole los ojos con el pañuelo*). Así, ya estoy yo aquí. Debieran venir cuando estoy yo.

ANI.— Ya saben ellas cuando vienen.

AL.— No hablemos más de eso. No lo merecen Anita. No llores ya. Alégrate. Estás más bonita cuando te ríes. Así no me gustas. ¿á ver? Míreme usted. Qué fea! Si no se ríe me voy. (*Tono de broma*).

ANI.— Pero Alonso si no puedo.

AL.— Qué desobediente. Se ríe? (*Va á tomar el sombrero*).

ANI.— (*Deteniéndole*.) Alonso, sí, ya me río.

AL.— A ver.

ANI.— Ahora verás.

AL.— Pronto... á la una...

ANI.— Ya... (*Sonríe*).

AL.— Más, mucho más.

ANI.— Si no puedo.

AL.— Sé buena, Anita.

ANI.— Así? (*Sonríe de nuevo*).

AL.— Mírame. (*Hace una mueca grotesca*).

ANI.— Qué cara. (*Ríe*).

AL.— Por fin, mujer.

ANI.— Ya estás contento?

AL.— Eso depende de que tú lo estés.

ANI.— Yo estoy contenta siempre que estás tú conmigo. Si pudieras estar siempre!

AL.— Que graciosa.

ANI.— He dicho una tontería verdad? Ya lo sé, pero qué quieres: cuando estoy sola me pongo á pensar en tantas cosas... y sobre todo cuando vienen esas á verme...

AL.— Eso quiere decir que no piensas en mí.

ANI.— No: he dicho en tantas cosas; pero todas tienen que ver contigo. Te juro que ni una sola cosa que yo piense es aparte de tí. Ya vés, tú lo sabes de sobra Alonso.

AL.— (*Sonríe fingiendo asombro*). ¿Yo...?

ANI.—Claro no me vas á engañar, ¿no ves como te ríes?

AL.—No, yo no veo nada. . . (*ríe*).

ANI.—Pero yo sí (*sonriendo*).

AL.—Ah. . . .

ANI.—Oye, mira, (*indicándole la mesa*). A ver si merezco que me felicites ó no. Fíjate, fíjate.

AL.—(*Mirando la mesa*). Qué bien. . .

ANI.—¿No te burlas?

AL.—No, no, te felicito, muy bien.

ANI.—¿De veras?

AL.—Palabra.

ANI.—Entonces ya voy aprendiendo, eh?

AL.—Eres ya maestra.

ANI.—Que alegría. Ahora quisiera reirme mucho.

AL.—Eso, Anita mia, riete, riete mucho, mucho, que yo escuche como suena tu risa hasta cansarme. Alégrate siempre, necesito verte alegre para ser feliz, porque nuestra vida debe ser todo dicha, todo risas para que sea toda amor. ¿De verdad Anita, no extrañas nada? Eres feliz conmigo? Hoy careces de muchas cosas que antes poseías en abundancia. Yo que te haría Emperatriz absoluta del mundo, sólo puedo ofrecerte toda mi alma, porque no tengo más. Pero lo que antes te daban otros, ¿no te apena que te falte ahora? No me engañes Anita. Dímelo como lo pienses.

ANI.—Alonso, has sido capaz de dudar. . . ¿qué es lo que hay que hacer en el mundo para que se crea á una mujer? Yo lo he hecho ya todo, ¿hay algo más todavía?

AL.—Nada. (*comprendiendo*).

ANI.—Entonces, Alonso. . .

AL.—Perdóname. (*La besa*).

ANI.—No digas eso, extrañar lo pasado! Tantas veces te he dicho que sólo deseo olvidarlo. No quiero ver á esas buenas amigas mías, porque me lo recuerdan. Me molestan sus perfumes y odio sus joyas. ¿Tú sabes lo que cuestan? No podrás imaginarlo nunca. Cuanto, Alonso, cuanto y qué poco valen. Y eso no lo he sabido yo nunca hasta ahora, por ti, aunque tú no me lo hayas dicho, porque tampoco tú me has enseñado á llorar y lo sé ahora; y yo no sabré explicarte por

qué, pero soy, me siento más dichosa cuando lloro ahora, que cuando me reía antes. Todo te lo debo á tí. Todo es tuyo, por tí me río y lloro, por tí vivo, por tí me mato si quieres, por tí. . . yo no sé, ¿qué más puedo hacer?

AL.—Te adoro. . . .

ANI.—Que dicha (*imitándole*). Te adoro. . . . ¿Cómo lo dices tú? ¿Por qué cuando te oigo eso: te adoro, dicho así, me siento otra? Qué rabia, no sé explicarme. . . . ¿Me entiendes tú?

AL.—Te adivino, sigue.

ANI.—Me han dicho tantos eso mismo. . . . pero ninguno igual. Que alegre estoy. ¿Te explicas mi alegría? ¿Y por qué en vez de reirme mucho, siento en los ojos lágrimas. . . .?

AL.—Es que cuando en el alma todo es gozo y dicha intensa y sana como la tuya de ahora, se llora de alegría. Es que el alma no puede contener tanta felicidad, y generosa se desprende en lágrimas de una parte de ella, que de tan intensa amenaza ahogarla. La risa, es de otra clase de alegría, menos bella, que no emociona. Por eso lloras tú ahora. Es para tí un nuevo placer que tú desconocías: es el placer de llorar, tal vez el más intenso:

ANI.—Pues déjame llorar mucho. Tú lo has dicho. Tanta felicidad me ahogaría. Y llora tu también para que yo crea que eres muy feliz. ¿No lo eres?

AL.—Sí: mucho, pero yo he llorado ya excesivamente de tristeza y ya no tengo lágrimas. Nosotros tenemos un caudal de lágrimas que se acaba un día, en vosotras es inagotable. . . Pero no hablemos de eso, nos pondríamos serios, tristes, y ¿para qué? la vida de no vivirla dichosamente, no vale la pena de vivirla. Seamos dichosos. Sé feliz Anita: te adoro (*la besa intensamente en la boca y quedan sus labios unidos en un beso lento, ardoroso, interminable*). . . .

LUIS BAYÓN HERRERA.

Buenos Aires, 1911.

## REVISTA DE REVISTAS

---

*La Lectura.* (Madrid). — Juan Maragall, el eminentísimo poeta que en lengua catalana ha expresado algunas de las más bellas y nobles ideas modernas, traza en la primera página de esta revista, en el primer número del año en curso, un admirable *Elogio del vivir*. Maragall, empapado en los primitivos del romanticismo, en Goethe y en Novalis, admirador de Emerson y comentador de Maeterlinck, establece en ese *elogio* una fórmula de vida, una tendencia elevada y ennoblecedora de las prácticas materiales.

La vida es un perpetuo devenir, un avance obstinado, paciente y laborioso. «La humanidad es una cadena y no hay eslabón sin eslabón. Hacéos vivos y avivaos los que os tocáis y veréis la vida correr como por un reguero de pólvora, porque todos tenemos la pasta de este fuego. Pero habéis de empezar por la chispa interior. ¡Vivid! sólo se os pide esto. Después haced lo que queráis. La vida se arregla bien ella sola! y continúa luego: «Vivir quiere decir desear más, siempre más; y no por apetito, sino por ilusión. La ilusión, esta es la señal del vivir. Y desear por ilusión es amar; y amar, esto es la vida. Amar hasta poder darse con gusto por lo amado. Poder olvidarse á sí mismo, esto es ser uno mismo: poder morir por algo, esto es vivir».

Y ante los problemas que plantea esa idea de la vida, agrega Maragall: «Ama á Dios... no muevas la cabeza. Al Dios que está en tí mismo, al que vive en tí, á este te digo que ames».

Y sigue: «Ama tu carne y tu sangre, á tu mujer y á tus hijos, á tus hermanos... al humano que vez en todo hombre que, vivo, se acerca á tí». «Ama tu casa y la tierra en que la levantaste á levantarte tu mismo de ella». «Ama tu oficio, tu vocación, tu estrella»...

Esta página admirable, verdadero sermón laico, digno de igualarse á los más bellos de Emerson, abre en la literatura de España un nuevo horizonte.

*Cataluña.* (Barcelona). — D. Luis Morote, el conocido escritor se ocupa en esta revista de la personalidad de D. Joaquín Costa, el recientemente fallecido pensador español, llamándole «el heroico y sublime inadaptado».

Como estudia la personalidad de Costa desde un punto de vista interesantísimo y como un homenaje á la memoria del ilustre hombre creemos oportuno reproducir unos párrafos del notable trabajo.

«Distinguiendo de razas y de pueblos todo lo que haya que distinguirse — dice Morote, — yo no encuentro nada más parecido á Tolstoï que Costa, Como Tolstoï, Costa sueña no ya en la realización de su Patria sino en la transformación de la Humanidad. Como Tolstoï, Costa pugna cada día con el espíritu de su tiempo, con el pesar y el sentir de su pueblo, con todo lo que es moneda en cambio corriente ya sea política ó social. Como Tolstoï, Costa vive en un desierto, aislado del mundo, deseando crear para sí un retiro aún más ignorado, un refugio donde no llege ni el hálito de la respiración de sus semejantes. Como Tolstoï escribió, Costa habla y escribe en estilo bíblico por parábolas y por apóstrofes, fuera de toda convención, de todo respecto á lo establecido, entendiendo por establecido no ya lo que gobierna sino lo que vive, lo mismo arriba que abajo. Como Tolstoï resaltaba inmune en medio de cruentas, monstruosas persecuciones. Costa ha lanzado acusaciones á que nadie osó y los jueces casi sin que nadie se lo mandase han tenido que romper ante su imponente majestad moral empaquetamientos ridículos. Y hasta por parecer á Tolstoï, Costa ha estado á punto de ser víctima del celo sin duda bien intencionado, piadoso de sus devotos que querían trasladarle de mansión, de pueblo, de clima, no comprendiendo que hay viajes tan postreros como inútiles.

Tolstoï por vivir en Rusia, porque la intelectualidad de allá tiene á Francia por vehiculo de difusión, por trompeta de la Fama y además es claro por su genio colosal deja obra imperecedera. Era ya inmortal cuando vivía. Costa aún viviendo en este rincón del planeta dejará al menos en toda la península y en toda la América española, huella profunda, imborrable. Se le va descubriendo, descubriendo como á tesoro escondido en lo más recio y en lo más hondo de este viejo suelo que es campo santo de genios y de energías que jamás dirigieron».

«¿Quién es el inadaptado, España ó él? Cerebro que se adelanta á su tiempo, cerebro que concibe un programa que para desarrollarse necesitará cien años de plazo; corazón que siente las penas de su patria con intensidad tan grande que se le desgarran, ¿de qué le sirve pensar y de qué le sirve querer, si la Nación, toda la Nación, no este ó el otro partido, no este ó el otro hombre público, no experimenta en ese grado místico heróico la necesidad de cambiar? Haría falta soñar con él, rabiarse como él y el pueblo se ha resignado á todo y á lo que más se atreve es á que sus mandatarios hagan semblante de rabiarse ó de soñar.

No: lo más difícil de adaptarse son las colectividades, las masas, los pueblos. Había que hacer la política estudiando y trabajando y ya es un axioma, una prueba de buen sentido afirmar que los sabios no sirven para políticos. Había que poner sobre todas las cosas el ideal y nosotros todos, todos los que militamos en las izquierdas, todos los que propugnamos por una civilización europea, seguimos desgarrándonos, devorándonos. La inadaptación no está en tal ó cual persona, no está en Costa, está en España que no le hizo caso ni cuando predicaba á un Congreso de agricultores, ni cuando escribía los lemas del mitin de Barbastro, ni cuando redactaba el

Manifiesto de Barbastro el 13 de Noviembre de 1898, ni cuando su frase de doble llave al sepulcro del Cid no evitó que éste volviese á cabalgar por el Norte de Africa á los pocos años y todavía no cicatrizadas las heridas de la derrota.

Tal vez haya sido así mejor: la inactualidad de hoy, la inadaptación de hoy es el triunfo de mañana y la inmortalidad en el porvenir. Tal vez no ha podido ser de otra manera porque las civilizaciones que han vivido mucho como nuestra civilización española, son como los cuadros descriptos por Pierre Loti en «La muerte de Filae». Del fondo del Egipto, de su desierto arenoso surgen las momias de Nesostris ó de Ramsés que aún miran y parpadean y casi gobiernan después de cinco mil años de pudrirse en la tierra. Y nuestras momias que se llaman ignorancia, fanatismo religioso, todavía son las fuerzas ocultas que á menudo nos vencen y muchas veces nos imponen modos de vivir y de pensar y de gobernar.

¡Sublime y heróico inadaptado! El mayor título de gloria de Costa es ese. El trabaja como tantos otros trabajan para que la Esfinge hable al fin y nos señale una ruta y avente á todos los ámbitos el polvo de nuestros antepasados, de los que nos hicieron ser el brazo de la reacción religiosa y política en el mundo»...

---

## BIBLIOGRAFÍA

---

### *Argentina*

**El peligro**, (tomo XII de las «Novelas argentinas») por *Carlos María Ocantos*.—Madrid, 1911.—Un volumen de 367 págs.—El actual ministro argentino en Bélgica, don Carlos María Ocantos, cuyo nombre suele pasar desapercibido al pie de ciertos documentos é informes oficiales, es uno de los más notables novelistas de esta tierra é indudablemente el que ha sabido reproducir con mayor exactitud y fidelidad la vida argentina. Los largos años de ausencia, la distancia, su mismo carácter oficial, alejándole de la vida activa de la literatura, han echado sobre el claro nombre de ayer una capa de olvido. Recordado por los amantes de las bellas letras, tenido en cuenta por quienes aprecian los hombres por su mérito verdadero y no por la aureola de una popularidad las más de las veces falsa, Carlos María Ocantos no es considerado como debiera por el gran público, del que vive distante y á cuya memoria no acude por hácersele presente en revistas y periódicos.

Lejos de su país, lejos del ambiente donde sus primeros triunfos tejieron apoteósis hace tres ó cuatro lustros, puede tener el Sr. Ocantos la dulce tranquilidad de los que saben cumplir con su deber, la satisfacción de los que llevan adelante un vasto programa sin desmayos cobardes ni desfallecimientos ridículos.

La obra del Sr. Ocantos, que será preciso tener en cuenta cuando se escriba la historia de las letras argentinas, tan diferente de la que forman las anécdotas corrientes, es una obra de alto mérito, y será en lo venidero fuente preciosa de datos para la reproducción de un ambiente hoy poco menos que desaparecido.

Surgió Ocantos con *León Saldivar*, una obra que era toda una promesa. Y al aplauso de aquellos días, en una época de formación intelectual, respondió la actividad del joven novelista que se apresuraba á dar en las letras la nota verdaderamente argentina, en esa mezcla de naturismo y cosmopolitismo que predominaba en toda manifestación intelectual. Vinieron luego *Qualito*, *Entre dos luces*, *El candidato*, *La Ginesa*, obras hoy olvidadas, pero valiosas, tanto como *La Bolsa* de aquel pobre Julián Martel, desaparecido cuando la gloria le sonreía. Son esas obras de Ocantos y las que le siguieron, *Tobi*, *Promisión*, *Misia Jeromita*, *Pequeñas miserias*, *Don Perfecto*, *Nebulosa*,

reproducciones exactas de aquella vida en que se movía un pueblo en formación, preparando grandezas. Era el comienzo de un brillante desarrollo moral y material, cuando los primeros inmigrantes apuraban la victoria del trabajo y de la voluntad, surgiendo esa aristocracia «del tarro y del sifón» como dijo Grandmontagne, al lado de las viejas familias criollas, de vieja estirpe y rancia cepa castellana. Para tener la perfecta y acabada visión de aquellos días, con sus luchas rudas, sus tragedias tan ocultas como hondas, hay que ir á las obras de Ocantos, únicas que conservan el perfume de ese pasado ese perfume fresco y sano que surgía de los anchos patios en silencio, donde sombreaba el pozo la mancha oscura de los laureles con sus flores rojas.

Esta nueva novela, *El Peligro*, es una evocación de aquel Buenos Aires, con la fábrica de galletas y pastas para sopa de Paolo Fiorelli, allá en la entonces lejana calle de Centro América, cuando el Once era un barrio apartado. El ambiente está bien evocado y los tipos se mueven con regularidad, como cuadra á personas vivas, no autómatas.

Hay en *El Peligro* una dolorosa pintura, la de la familia criolla venida á menos, en avería, bajo la dirección de una mujer ambiciosa que ve en el palmito de sus hijas el modo más fácil para salir á flote. Concepción, la triplecilla aventurera; Parmenia, la chicuela alocada y Tecla, la mujer de Paolo el buen italiano á quien sume en la deshonor y en la locura con la complicidad de Hugo, el «fratello» amado, son tipos que viven. Pero, sobre todos, destacan Paolo, misia Gorgonia la vieja audaz, especie de suegra ilegal, Don Benigno Landin, su hija Luisa, algunos tipos secundarios que se destacan admirablemente, formando digno marco á la intriga, vieja como el mundo y que ya en el episodio dantesco tuvo su más bella descripción.

Hay en la obra pasajes admirables de psicología, novedosos algunos como la fingida escena del incendio de la fábrica; pero, lo que especialmente vale en *El Peligro* es la evocación de un ambiente desaparecido, la reproducción de una época de rudas luchas y de oscuros sacrificios por la grandeza que después habría de venir.

Carlos María Ocantos, más novelista que la mayor parte de cuantos aspiran á serlo entre nosotros, no debe de sentirse molestado por el olvido de este público que un día fué indiscutiblemente suyo. Su labor, seria, reposada lejos del atronador bullicio de las pequeñeces insustanciales, es digna de tenerse en cuenta y figurará en la historia de los esfuerzos literarios argentinos como uno de los más valiosos y dignos.

**El porvenir de la América Latina**, por Manuel Ugarte.—Valencia, 1911.—Un vol. de 324 págs.—He aquí un libro interesante y que llega en su debida oportunidad. En estos momentos en que los Estados Unidos se adueñan de Panamá, dominan en Cuba, pesan sobre Nicaragua, Honduras y Costa Rica y amenazan con intervenir en Méjico, llevando la doctrina de Monroe á una especie de absurdo y general tutelaje sobre los demás países del continente, este libro está en su lugar y es un poderoso argumento lanzado á la discusión.

Hace Ugarte un estudio completo de la obra de España en América hasta

llegar á la formación de las nacientes nacionalidades, con su carácter, costumbres y tendencias. La característica latina de la América del Sur y del Centro aparece neta y definida en ese estudio, como una concluyente oposición á las teorías del pueblo del Norte, cuya vida es completamente opuesta y cuyo imperialismo constituye el más grande peligro opuesto al desarrollo del sentimiento latino.

Establece Ugarte un paralelo entre las dos Américas: «La primera, unificada y plétórica, empieza á inquietar á los grandes imperios europeos. La segunda, fraccionada y débil, sólo está preparada para combatir dentro de sí misma, prolongando luchas y rivalidades de frontera. Esta circunstancia la han aprovechado los Estados Unidos para empujar sus límites hacia el Sur. Los girones arrancados á México en 1845 y 1848, así como la situación impuesta actualmente á las repúblicas de Cuba y Panamá, lo prueban suficientemente. El peligro se hará sentir muy pronto en algunas naciones centroamericanas, y la invasión comercial, que es la forma más moderna de la conquista, amenaza extenderse al Continente entero. Arrulladas por los congresos panamericanos, las repúblicas de origen latino pierden terreno día á día en el Norte, y las naciones del extremo Sur que como Argentina, Brasil y Chile se hallan en plena prosperidad, no pueden ver con desdén la reducción del campo en que florece el espíritu que las inspira». Si desean poner á cubierto la autonomía de la raza con todas sus prolongaciones, tendrán que salvar á los pueblos del mismo origen con ayuda de una política que el autor desarrolla en varios capítulos, y que puede sintetizarse en una sola palabra: Unión.

Los peligros entrevistos por Ugarte son los que hoy amenazan á los pueblos del Centro, los que mañana tal vez detengan el creciente progreso del Sur, si antes no surge el remedio, esa unión, esa fuerza, en la solidaridad que concentre fuerzas y elementos para evitar el más horrible de los desastres que pueden amenazar á la humanidad.

Ugarte ve el remedio: «La prosperidad inverosímil, el progreso fantástico y el estado social superior de la Argentina, del Brasil, de México, de Chile y del Uruguay, dejan sospechar lo que un gran conjunto regido por una doctrina única puede obtener en la gigantesca zona donde refflorece la tradición latina. Por eso ha de ser fácil determinar un acto de fe en los destinos inquebrantables del grupo. Una liga de la juventud hispanoamericana que haga un llamamiento á las universidades, al ejército, á las industrias, al arte, al periodismo, á los partidos avanzados, á todo lo que vive, y que apoyado en la identidad de origen, en las simpatías de España, Francia é Italia y en la consciencia de una diferenciación fundamental, pese sobre los gobiernos, intervenga en los conflictos y agite por encima de las fronteras el estandarte de la Gran Confederación posible, tiene que obtener los sufragios de todas las inteligencias y todas las voluntades que hoy se ahogan en el ambiente desmoralizador de las patrias impotentes y fraccionadas. Sólo los Estados Unidos del Sur podrían contrarrestar la fuerza de los del Norte.»

¿Diremos que el libro está excelentemente escrito? ¿qué abundan las notas documentales y que se ve en el autor un notable adelanto en el sentido de una plena y noble madurez?

Manuel Ugarte es harto conocido en nuestros círculos intelectuales para que esto sea necesario. Sólo agregaremos, á guisa de comentario, que este libro es de inapreciable valor y que con «La mentira americana» famosa obra del malogrado brasileño Eduardo Prado, es una voz de alerta y de esperanza á la raza en este difícil momento de su evolución.

**Sangre argentina**, por *Rafael Padilla*. — Madrid 1911. Un vol. de 210 + XL págs. Del Sr. Rafael Padilla, sabemos sus íntimas relaciones con la aristocracia española; su labor literaria nos es completamente desconocida, sin que hayamos sentido por ella la menor curiosidad, á pesar de los elogios de que ha sido objeto en la fácil prensa madrileña, devota de la «confraternidad».

Este mismo libro, aparece con cartas de Benavente, Rueda, Rodrigo Soriano, Blasco Ibáñez, Villaespesa, Hamlet-Gómez, Gómez Carrillo, etc., cartas que no nos convencen, á pesar de su aparente sinceridad.

En este libro «Sangre Argentina», el Sr. Padilla recopila artículos publicados en la prensa de Madrid, rectificando errores y juicios sobre este país y por ello se le puede considerar como una sana obra patriótica; nada más.

El Sr. Padilla anuncia una novela argentina y tres dramas, de éstos uno titulado *Charlotte Corday* y otro *Abraham Lincoln*

Es de advertir que el Sr. Padilla es el encargado de las copias de los documentos del Archivo de Indias, en Sevilla, lo que no se deja ver en sus obras.

J. MAS Y PI.

**Tucumán y el Norte Argentino**. *Jnan B. Terán*. Buenos Aires, 1910.—En un libro de doscientas páginas ha sintetizado el Doctor Terán veinte años de historia de la provincia de Tucumán, el periodo comprendido de 1820 al 40, rico en acontecimientos políticos y militares y no muy conocido hasta ahora. Ha sabido aprovechar su autor las fuentes inéditas existentes en el Archivo provincial de aquel Estado y dispuestos los hechos cronológicamente, los relata agregando muy pocas consideraciones de índole personal.

Surgen del libro con sus propios caracteres los actores en ese periodo caótico y los sucesos que nimios, en apariencia, creaban no obstante cambios de trascendencia dentro del país, en perpétua lucha por organizarse, y hasta se proyectaban al exterior, como los determinantes de la guerra con Bolivia.

Los Araoz, Javier López, Ibarra, Heredia, Piedrabuena, La Madrid, Oribe, Marco M. Avellaneda, etc., aparecen retratados en medio de aquel am-

biente, haciendo cada uno de ellos y á su modo, la patria que aspiraban á constituir, con ideales de libertad, uno, para satisfacción de ambiciones personales los otros, pero todos traduciendo en acción los sentimientos de que eran capaces en medio del ambiente bárbaro que dominaba á todas las provincias argentinas en aquella época.

El libro del Doctor Terán no quedará relegado en los polvorientos rincones de las bibliotecas porque encierra un buen caudal de antecedentes que merecerán ser recogidos por el historiador, que no tardará en llegar, para presentarnos perfectamente depurados y encadenados los hechos de nuestro pasado y podamos así vivirlos en el presente á través de la crítica altamente serena é imparcial.

**Leopoldo Lugones y su Obra**, por *Juan Mas y Pi*. Edición de RENACIMIENTO. Buenos Aires, 1911.—Debemos ocuparnos de la obra de uno de la casa y si cierto escrúpulo nos detiene un momento, obligándonos á meditar sobre el alcance que debe darse á la razón de honestidad intelectual, el desaparece al punto ante la argumentación de que es del libro de un escritor ya consagrado del que vamos á reseñar sus méritos, lo que aleja toda sospecha de benevolencia, tan necesaria en ocasiones cuando de animar se trata á los que recién comienzan el recorrido de un camino tan erizado de obstáculos, de falsos espejismos y á veces de crueles desengaños.

Estudiar á Leopoldo Lugones á través de cada uno de sus libros magistrales, no es tarea que pueden realizar escritores mediocres, porque difícilmente otro autor argentino ofrece una mentalidad más poliforme, abarcando todos los géneros literarios, desde el ensayo histórico—en nuestro concepto el que con menos éxito ha desenvuelto—y el hondo estudio de problemas sociales argentinos hasta la poesía modernista y las graves cuestiones de filosofía trascendental.

De aquí la necesaria *garra* en quien acometiera la empresa de su crítica y de ahí también que un trabajo de esa índole no pueda condensarse en un estudio uniforme con objetivos derivados de un pensamiento madre; en Lugones los objetivos que se desprenden de sus libros son muchos y diversos. La crítica, pues, debía ser escalonada y minuciosa, sin que esto impidiera llegar á conclusiones generales. Tal es lo que ha hecho el señor Mas y Pi en el libro que nos ocupa.

El crítico de Lugones ha penetrado bien en el espíritu de aquel talentoso autor; ha hecho trabajo de honrado y sincero análisis y si alguien supone que ese libro no puede ser un juicio definitivo sobre el literato argentino se debe reconocer que es el que hasta ahora mejor define y muestra el valor de cada uno de los libros monumentales que el autor analizado ha dado á su país y á la generación presente.

Decir que el estilo de Mas y Pi en ese volumen es atrayente, fluido y elegante sería incurrir en redundancia, una vez que se consigne que es de aquellos que se leen *de un tirón*—según el modismo criollo. Y es esta, seguramente la mejor recomendación que puede hacerse de un libro de crítica literaria.

**Pensamiento y Acción.** *Angel F. Avalos.* 2 Volúmenes. Córdoba, 1911.—Lleva esta obra como sub-título: *Escritos, Conferencias, Discursos parlamentarios*

Una amable dedicatoria del autor en la primera página, luego un prólogo del Doctor Joaquín V. González, condensado en veinte páginas que deben leer los jóvenes compatriotas en las horas de meditación acerca del porvenir de la patria. El Doctor González dice allí lo que el libro del Señor Avalos significa: rendición de cuentas de veinticinco años de labor mental en el parlamento, en la cátedra y en el periodismo. Y lo dice admirablemente retratando una época y sin perder de vista la acción desarrollada por los que, actores en ella, se dispersaron luego á los cuatro ámbitos del país. Es un ejemplo sano, noble y valeroso el que da el Señor Avalos, agrega, y á fe que ello es cierto, como exacta es esta otra aseveración del prologuista: *el horror al libro, á la pluma, á la lectura y á la producción va substituyendo en muchas de nuestras ciudades á la preocupación de otros tiempos, sembrada en los espíritus por la prédica de Sarmiento, por el culto y pasión estética de Avellaneda, que los dejaron penetrados de armonía y de perfume, como cuando pasa por medio de la multitud la dama admirada, el simbólico emblema de la alta y sacra poesía de Dante ó de Goethe.*

El Doctor González ha volcado en esas páginas inspiración seguramente nacida en la evocación de ese pasado que traslada el Señor Avalos á su libro con sencillo estilo y rebosando sinceridad y elevados propósitos de civilización.

De aquí que el prólogo del Doctor González enseñe y deleite. Una sola objeción podría yo hacer á este trabajo: la omisión de una circunstancia que si no es fundamental, puede por lo menos explicar lo que yo llamaría fenómeno de *trasplatación intelectual.*

El Señor Avalos no es cordobés; ha nacido en Corrientes y si bien llegó á la casa del fraile Trejo y Sanabria cuando recién comenzaba á vivir la vida del espíritu, llevaba en el alma eso que todo correntino—acaso por causas de orden histórico—conserva latente como una suprema aspiración de vida: ideales de libertad y de progreso. Y en el caso de Avalos se ha cumplido una vez más esa especie de ley que parece encerrarse en la constatación de este hecho: esos ideales no se desarrollan sino lejos del terruño como si el aire tropical de la provincia fuera óbice á la madurez de tan nobles propósitos.

Pero, entrando á la obra del señor Avalos podemos decir que lo muestra como un pensador, pero un pensador útil á la sociedad que escruta sus necesidades y trata de remediarlas en la mejor manera, con su prédica de periodista ó con la acción que desarrolla como miembro de la Legislatura de Córdoba. Se nos muestra también como escritor sencillo y respetuoso de la forma; pero sobre todos estos méritos se destaca uno altamente simpático y raro en el presente: en materia política; el Señor Avalos ha sido un leal; acaso el mayor galardón que puede ostentar un hombre público en esta época en que ser falso é inconsecuente con hombres y programas políticos es el pasaporte para el triunfo de los que buscan, sin patriotismo, asegurar una

posición en la sociedad, no importa que detrás de ellos los pocos espíritus honrados que todavía quedan los contemplen con la conmiseración que inspiran los seres maculados por incurable mal.

FLORENCIO CÉSAR GONZÁLEZ.

---

## *Europea*

**Domination et colonization**, por *Jules Harmand*.—París 1910.—Un vol. de la «Bibliothèque de philosophie scientifique», Flammarion editor, 379 págs.

El diplomático francés señor Harnand expone en este volumen el resultado de su vasta experiencia en las cuestiones coloniales, procediendo á un estudio comparativo de sus diversos sistemas empleados por las más grandes potencias y muy especialmente por Francia, cuyas necesidades son objeto de un profundo análisis.

Médico y naturalista, el Sr. Harnand que ha ejercido altos cargos diplomáticos en las colonias francesas, estando en contacto con el elemento nativo de las mismas, estudia las relaciones existentes entre las metrópolis y sus dominios bajo todos sus aspectos y relaciones.

Analizando las causas de esa expansión territorial á que tan propicias se muestran las naciones europeas y estudiando las fórmulas más adecuadas para hacer que la dominación se haga sin peligro y se acepte sin esfuerzo, el Dr. Harnand que aboga por una buena política indígena, planea un vasto programa de gobierno, instrucción pública, régimen fiscal, etc., terminando por reconocer la necesidad de una representación parlamentaria que asegure á cada colonia una especie de autonomía más ó menos amplia, pero siempre útil para el desarrollo de las actividades locales.

Esta obra ha causado gran sensación en Francia donde las ideas de expansión territorial continuán mereciendo el favor público y guiando la actividad imperialista de muchos políticos.

En este sentido la obra de Harnand será eficaz, pues por los ejemplos que establece podrá ser de enorme utilidad para la dirección de la nueva política.

**Eugène Carrière**, por *Gabriel Séailles*.—París, 1911.—Un vol. de 270 pags.—Armand Colin, editor.

Gabriel Séailles, el conocido sociólogo, autor de «Las afirmaciones de la conciencia moderna», ha hecho un alto en su labor de estudio social para abrir al margen un paréntesis luminoso en honor de Eugenio Carrière.

El homenaje tributado en este libro al gran pintor es de una serenidad magestuosa, magnífica. Algo de las ideas y tendencias del genial pintor de

las Maternidades ha influido sobre el escritor que nos ofrece así un cuadro literario en el que se repiten los procedimientos del artista.

Séailles analiza la vida y obras de Carrière, con tanto cariño y al mismo tiempo con tan honda compenetración de las teorías del autor estudiado que éste aparece tal como verdaderamente debió ser, especialmente en la última faz de su vida.

Es maravillosa la actividad, el entusiasmo, la fé de Carrière. Enfermo, obligado casi á dejar los pinceles, su extraordinaria voluntad sabía sobreponearse á los desfallecimientos naturales y bifurcábase en un sentido social, ampliando y al mismo tiempo complementando la primitiva acción artística.

Pintor genial de la vida nuestra, cuyos colores sombríos tenían la transparencia que daba á sus obras un aspecto espiritual, fué un admirable maestro de energías.

«Que nuestra fe de vivir por una vida superior—decía en cierta ocasión— guarde su actividad y el que declinio nos encuentre fatigado de cuerpo, pero insaciables de corazón y de espíritu». Fué un maestro cuyos cuadros se transforman en poemas y cuya vida es por si sola un admirable ejemplo de fe.

La obra de Séailles, ilustrada con reproducciones de obras suyas y un magnífico auto retrato es definitiva en este punto.

**Distruzione**, poema futurista por *F. T. Marinetti* (6 edición) conteniendo el «Proceso y absolución de Marinetti, en el juicio seguido por su obra «Mafarka el futurista».—Un vol. de 260—96 págs.—Milán, 1911.

No hay que hablar de Marinetti, ese audaz renovador de la poesía contemporánea. Su nombre es harto conocido, así como su técnica. Esta 6ª edición de «Distruzione», admirable poema, de vigor inaudito, fuerte y poderoso como pocos, no hace más que ratificar el éxito primitivo.

Préstale mayor interés un apéndice en que se inserta íntegro el proceso instaurado contra Marinetti por ultrajes al pudor y á la moral, en su obra «Mafarka el futurista» Marinetti fué defendido por el insigne Capurana, por los hon. Barzilai y Cappa y por el abogado Sarpati, siendo absuelto de culpa y cargo.

Como en otros famosos procesos de ese mismo orden, los abogados han expuesto sus opiniones sobre moral en arte, interesantes en alto grado. Especialmente el alegato de Capurana es digno de análisis y seguramente quedará en la historia literaria como documento de inapreciable valor.

**El libro mudo** (secretos), por *Ramón Gómez de la Serna*.—Prólogo de Tristán.—Acción de Gracias de Silverio Lauza.—Palabras de J. R. Jiménez.—Un vol. de 246 págs.—Madrid, 1911.

Este libro, según advertencia puesta en la carátula, no se vende; puede pedirlo directamente á su autor todo ser conocido; excelente previsión para evitar crueles desengaños de los autores al poner en venta libros raros, libros

inactuales, libros que chocan en la mediocridad intelectual de la producción corriente.

Este *Libro mudo* es un libro de reflexiones, cortos monólogos en voz baja, fragmentos de meditaciones que fluyen sobre el papel en frases á veces un poco incoherentes, desordenadas, pero siempre sinceras. Es un libro que no se puede analizar, que no se puede comentar, porque todo él es un largo comentario, una vasta meditación impasible del detalle ageno, pese á sus magníficas cualidades que á veces llenan de luz una página, como en cualquier libro de Nietzsche.

Pero, hay en ese volumen la «Acción de gracias» de Silverio Lanza y por ella nos enteramos de que su amigo D. Ramón Gómez de la Serna y él son amigos desde su juventud. D. Ramón no tenía aún veinte años y D. Silverio tenía más de cincuenta. D. Ramón es un muchacho que lleva dentro á un viejo y D. Silverio es un viejo que lleva dentro á un joven: son dos camaradas.

Estas páginas de Silverio Lanza, escritas con el *humour* en él característico, llenas de ideas, rebosantes de pensamientos nobles, concretan el mérito del *Libro mudo* en forma audaz y valiente.

Los aforismos é ideas de Gómez de la Serna, con tan excelente compañía habrán de vivir y ser recordados por los que amen los atrevimientos y no se dejen llevar por las absurdas leyes de la rutina social.

**Contre l'aigle**, por *Paul Adam*.—H. Falque, editor. Paris, 1910.

El vigoroso Paul Adam, autor de una larga serie de libros llenos de vida y de inspiración, en los que nuestra época se refleja con toda su crueldad y sus pasiones, acaba de publicar una nueva obra. *Contre l'aigle* se titula, y en su portada el gallo clásico representativo de la tierra francesa, entona su canto de triunfo, mientras un águila, ya sin corona y sin cetro, cae vencida, y asoma á lo lejos la aurora de un sol de glorias.

Dos partes cuenta la obra, una la que le da el título; *Contra nosotros* la otra, y si en la primera hay tal vez un exceso de dureza en combatir á la patria de Nietzsche y de Wagner, no menor severidad pone el autor en la segunda, cuando analiza la obra destructora de los nuevos radicalismos, que exponen á la Francia al peligro de caer desarmada é inerte al primer golpe audaz de sus enemigos.

Adam, que ha recorrido también él, la escala de las ideas, desde el cristianismo á la anarquía, se muestra hoy un puro francés, un hijo de su tierra, y aún cuando sus ideales tiendan á la supresión, por el amor, de todo cuanto separa y divide á los hombres y á los pueblos, juzga que en el momento presente no se puede mantener una excepción que sería la muerte de Francia.

Por esto, Paul Adam, aparte de los avanzados de su tiempo, sostiene la necesidad de que Francia se arme y prevenga, combatiendo las teorías del internacionalismo y las exageraciones de los sindicalistas, en los que ve la ruina y la disgregación de las viejas virtudes francesas.

**A. M. D. G. (La vida en los colegios de jesuítas)**, novela, por *Ramón Pérez de Ayala*.—Madrid. 1910.

Formidable escándalo ha levantado esta novela en España. Toda la prensa se ha ocupado de ella en medio del entusiasmo de un público por primera vez atraído hacia una obra de interés palpitante, como ya no lo despiertan ni los mismos episodios galdosianos.

Ramón Pérez de Ayala, uno de los más vigorosos escritores de la nueva generación española, uno de sus más audaces pensadores, ha tenido el atrevimiento de tocar lo irreductible, esa cosa sagrada que en España es el convento de jesuítas.

El anticlericalismo ya no sorprende á nadie. Ser anticlerical es una cosa extremadamente fácil cuando hasta el gobierno da la norma de esa actitud. Lo difícil es arrojarle contra la gran muralla del jesuitismo y abrir brecha en ella para pasar, incólume y triunfante.

Pérez de Ayala, que ya bajo el pseudónimo de Plotino Cuevas (S. J.) había llamado la atención y atraído sobre su persona la curiosidad de las gentes, se consolida como novelista y como combatiente con esa obra *A. M. D. G.* que pone de relieve las faltas, los errores y los peligros de la educación jesuita.

Las tristes aventuras, las torturas morales de Coste, Bertuco y los demás chicos del colegio, la trágica historia de Ruth la protestante convertida, la rebelión del sabio padre Atienza, todo eso deja en el espíritu del lector una amarga tristeza.

Libro un poco más duro y más crudo que el famoso de Mirbeau, da la exacta sensación de la realidad y hace pensar en aquella frase que madame Maeterlinck tiene refiriéndose á su esposo: «Maeterlinck no perdonará jamás á los padres jesuítas del colegio de Santa Bárbara su cruel tiranía. . . . Muchas veces le he oído decir que no recomenzaría su vida si para ello debía pasar de nuevo otros siete años en ese colegio. Según él no hay más que un delito imperdonable: el que envenena las alegrías y destruye la sonrisa en el niño.»

J. M. Y P.

---

## NOTAS Y COMENTARIOS

---

### La Ley de Defensa Social

#### NUESTRO CONCURSO

En momentos en que está por clausurarse definitivamente la fecha de nuestro concurso sobre la Ley de Defensa Social, sale, á circulación este número de RENACIMIENTO.

Han respondido al llamado varios de los que sin duda piensan como la Dirección de la revista, que es menester que los hombres capaces de trazar rumbos á la sociedad, analizando y discutiendo las leyes que se le otorgan para su gobierno, intervengan en defensa de los intereses colectivos.

Los trabajos que han llegado á la redacción pasarán el 1.º de Abril á examen del jurado designado con anterioridad. Y en el deseo de que el juicio público se ilustre con mayor acopio de opiniones, iniciaremos en el próximo número, junto con la publicación de trabajos premiados, la de una encuesta entre aquellos que por su cargos de peritos en la ciencia jurídica ó su experiencia en la vida pública están habilitados para emitir su pensamiento respecto á una Ley que tantas discusiones ha suscitado y suscita.

Esta encuesta la continuaremos en el número de Mayo. Tal sistema, muy en boga en naciones donde las revistas alcanzan alto grado de difusión, no ha de encontrar resistencias entre nosotros, donde si poco se escribe, no es sin duda por falta de competencia sino del tiempo necesario para hacerlo.

Con el Concurso que hemos iniciado y la encuesta que anunciamos creemos contribuir á un bien reconocidamente grande para el país, pues que de su higiene social se trata.

### Un crimen de lesa civilización

La República del Paraguay acaba de ser teatro de escenas que repugnan á toda honrada conciencia y hacen nacer en cada espíritu el anatema formidable que inspira la barbarie en acción, en medio de una época en que los otros pueblos americanos van alcanzando las pacíficas conquistas de la vida civilizada.

Un caudillo militar, con suficiente audacia para desconocer la justa posición que le corresponde en el medio inorgánico en que desenvuelve sus aptitudes y con todos los resabios instintivos latentes en su sangre aborígen, ha ahogado en el crimen individual y colectivo la viril protesta de un grupo de sus compatriotas alzados en armas contra el imperio de la ilegalidad y de la fuerza.

El fusilamiento de prisioneros, sin juicio previo y sin ni siquiera llenar las más elementales formas adquiere en esta época el calificativo de asesinato ejecutado con todas las circunstancias agravantes. Y sorprende que la República Argentina ante la evidencia de esas afrentas á la cultura de América, permanezca impasible, otorgando su reconocimiento á un gobierno surgido de los escombros sangrientos de una dictadura que está en pugna con todo ideal de libertad.

Adviértese en esta conducta del gobierno argentino que es ilógico con sus propios antecedentes. Si en la época en que su poderío é importancia en el continente era cien veces menor que en el presente orientó su política externa en defensa de los pueblos oprimidos y llevó la guerra á los tiranos ¿cómo hoy contempla impasible la consumación de atentados al más elemental derecho de gentes? ¿Es qué verdaderamente la clase de hombres de la talla de Mitre y Sarmiento han desaparecido por completo del escenario argentino?

Entristecidos por aquellos actos indignos de hombres cultos é indignados ante el zurrigazo que el caudillismo militar paraguayo ha inferido á la civilización americana, dejamos constancia de nuestra acerba protesta contra el triunfo de ese círculo, maculado en el presente y para la historia, por el estigma del más bárbaro de los crímenes de los tiempos contemporáneos.



MEDALLA MANDADA ACUÑAR POR EL GOBIERNO NACIONAL

ANVERSO



REVERSO

## Medallas del Centenario

Si algo perdurable de las fiestas centenarias de la República debe quedar para juicio de la posteridad, indiscutiblemente son los libros buenos que la magna fecha sugirió á nuestros escritores, como rendición de cuentas de un siglo de labor mental. Pero al lado de las obras de importancia—que son las menos—ha de quedar también un rastro que los metodologistas de la historia clasifican en el grupo de los restos materiales y sub-grupo de la numismática.

Las medallas acuñadas oficialmente con tal fin conmemorativo no han estado al alcance del pueblo por que la Comisión del Centenario de todo se preocupó menos de la entidad para la cual debieron ser los festejos públicos y las solemnes inauguraciones. La laguna viene á llenarla la Fábrica Nacional de medallas de los Señores Rossi, la que nos ha obsequiado con un ejemplar de cada uno de esas artísticas medallas reveladoras del alto índice á que ha llegado en el país el arte de la fundición y del grabado.

Mediante la iniciativa particular de los señores Rossi podrá conocer el pueblo y adquirir esas medallas, entre cuyo grupo se destaca la llamada Oficial porque se acuñó por disposición del Gobierno Nacional; tiene 7 ct., y 50 de diámetro y á la cual pertenecen las fotograbados que insertamos. Artísticas también son las que conmemoran la inauguración de los diversos monumentos erigidos en las plazas públicas á los próceres de Mayo y singularmente expresiva es la leyenda con datos estadísticos sobre su riqueza y educación, mandada acuñar por el gobierno de la provincia de Entre Ríos.

Si contra nuestro habitual sistema nos detenemos en la exposición de méritos de una muestra de la industria argentina, es porque entendemos que no es menester ser numismático para comprender el significado histórico que para todo argentino encierran las medallas que nos ocupa. Por lo demás, la moderna historia ha incorporado esta clase de estudios como uno de los que mejor dicen al presente de las ideas de un pueblo ó una nación en el pasado.

### **Agradecimiento á «La Semana»**

A la interesante publicación «La Semana», que dirige el Presbítero José Ignacio Yañi, agradecemos las transcripciones que ha venido haciendo de algunos de los trabajos publicados en «RENACIMIENTO», y entre estos del último, titulado «El General Urquiza y las supuestas matanzas de la Guerra Civil», escrito por el Doctor Amaranto Abeledo. Nos place dejar constancia del hecho, por cuanto «La Semana» goza de verdadero prestigio entre la clase conservadora del país.

---

**Librería Nacional de J. Lajouane & Cía. - Editores**

CALLE BOLÍVAR 270

ACABA DE APARECER

==== LA ÚNICA OBRA COMPLETA DE HISTORIA NACIONAL

# HISTORIA ARGENTINA

===== DESDE SU ORIGEN HASTA LA ORGANIZACIÓN NACIONAL =====

POR

**MARIANO A. PELLIZA**

Nueva edición ilustrada con más de 500 grabados

Dos tomos in-8, elegantemente encuadernados ..... 15 \$ m/n.

**Imprenta y Casa Editora**   

     **“Juan A. Alsina”**

FUNDADA EN 1876

**259, CALLE ALBERTI, 259**

**Buenos Aires**

U. Telef. 259, Mitre  
Coop. Telef. 1647, Central

**CASA ESPECIAL PARA LA IMPRESIÓN DE LIBROS  
DE TEXTO Y CIENTÍFICOS**

IMPRESIONES DE LUJO

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Y OBRAS ILUSTRADAS

TRABAJOS COMERCIALES

ENCUADERNACIÓN

La casa está en las mejores condiciones para producir lo mejor en el ramo al precio más cómodo.

**PIDAN PRESUPUESTOS**

**“UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES”**

por **L. V. Mansilla.** (Edición ilustrada).

**\$ 4 el ejemplar.**

# Útiles y materiales para la enseñanza

De la acreditada casa

**K. F. KOEHLER**

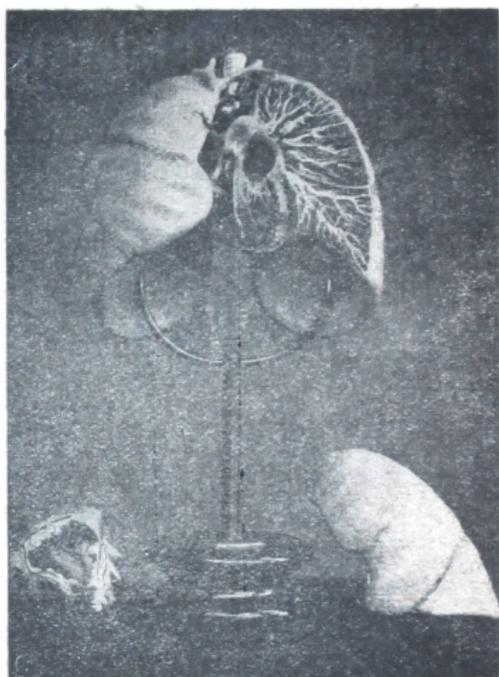
LEIPZIG

Unicos representantes:

**CURT BERGER y Cia.**

25 de Mayo, 384-92

BUENOS AIRES



- Sección I. Decoraciones y Aparatos de Escuela.
- » II. Enseñanza de Escuelas Infantiles Sistema Froebel.
- » III. Enseñanza primaria según el método natural.  
(Enseñanza de objetos .
- » IV. Religión y Geografía Bíblica.
- » V. Leer y escribir.
- » VI. Enseñanza primaria de Aritmética y de formas geométricas.
- » VII. Matemáticas para Escuelas superiores.
- » VIII. Enseñanza de lenguas.
- » IX. Geografía y Ciencias preliminares.
- » X. Historia Universal, Historia de la Civilización y de las Artes.  
Mitología y Leyenda.
- » XI. Antropología, Higiene, Microscopia.
- » XII. Zoología.
- » XIII. Botánica.
- » XIV. Geología, Mineralogía, Paleontología.
- » XV. Física.
- » XVI. Química.
- » XVII. Tecnología, Nociones sobre el trabajo y sobre los artículos del Comercio.
- » XVIII. Agricultura.
- » XIX. Dibujo
- » XX. Labores de mano, Enseñanza de la economía doméstica.
- » XXI. Gimnasia, Juegos gimnásticos.
- » XXII. Canto, Enseñanza de música, instrumentos y utensilios.

Pídanse Catálogos y visítese la **EXPOSICIÓN** instalada en nuestras oficinas:  
**CALLE 25 DE MAYO 382, BUENOS AIRES.**